

A C A N T I L A D O



Mario Satz
El alfabeto alado



EL ALFABETO ALADO

MARIO SATZ



ACANTILADO
BARCELONA 2019

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2019 by Mario Satz
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17346-92-8

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
septiembre de 2019



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos

PERDIDA POR LA BELLEZA

La mujer a la que llamaban Hoja de Cerezo—cuenta una leyenda—estaba moliendo bellotas a la puerta de su cabaña. La soledad le pesaba en los párpados, el día era sereno. Su esposo había salido a pescar, y las otras mujeres parecían absorbidas por un sinfín de tareas. Subía el humo de los hornillos, se olía la carne puesta a secar. Los niños corrían unos detrás de otros.

También el hijo de Hoja de Cerezo se aburría. Ella había nacido cuando ese árbol despide sus flores y las primeras caléndulas siembran de pequeños soles las praderas. Su pequeño, Gamo Blanco, había brotado de la tierra en invierno, cuando el agua se congela y astilla. Que los hijos y los nietos por nacer durmieran, como la hierba, en el subsuelo era hermoso y frágil: ¡cuántas futuras vidas no podían pisarse al caminar!

Gamo Blanco tiró de la falda de Hoja de Cerezo. Su madre le sonrió, dejó el mortero y ambos no tardaron en estallar en carcajadas cuando descubrieron cuán fácilmente podía salirse del aburrimiento, hasta qué punto la risa encendía luces en los ojos.

—Me parece—dijo la madre—que estás tan inquieto como yo. ¿Qué te parece si cambiamos de aires? Vayamos a las colinas, donde la brisa juega a ondularse.

Gamo Blanco no hablaba todavía. Emitía esa clase de monosílabos que encantan a las abuelas y asombran a los padres.

—Recogeremos raíces y semillas—continuó Hoja de Cerezo tomando una cestilla de mimbre—, y oiremos el canto de los pájaros.

Cargó, pues, al niño a sus espaldas y se alejó del campamento. Algunas mujeres giraron su rostro hacia ella y la llamaron, pero Hoja de Cerezo no

respondió.

El día iba aclarando sus propósitos a medida que se acercaban a las colinas. De vez en cuando la mujer se detenía, hurgaba la tierra, recogía una semilla aquí y alguna raíz tierna allá. Al mediodía se hallaron en un paraje desconocido. Hoja de Cerezo estaba casi sin aliento, y Gamo Blanco adormilado por el calor. Se detuvo a descansar debajo de un gran árbol, cuya sombra parecía el regazo de una hechicera, tan magnético era su azul verdoso. Más allá, el aire estaba impregnado por el aroma de cien flores, los pájaros dialogaban y las mariposas revoloteaban exhibiendo fantásticos colores. Hoja de Cerezo se recostó contra el tronco y miró a su alrededor con una confianza nueva.

Entonces ocurrió algo notable: una mariposa se posó en una rama cercana y la observó con un casi imperceptible movimiento de antenas. El niño estiró la mano para cogerla, pero la mariposa se escapó volando. Frotó con sus alas la cabeza de Gamo Blanco y aleteó con gracia ante el rostro de su madre. Volvieron a estallar en carcajadas, echaron en el interior de esa sombra tanta risa que el día pareció corearles la ocurrencia. La mujer intentó atrapar la mariposa con el recogedor de semillas, pero la mariposa se escapó y buscó un sitio más alto en el que posarse. La mujer se incorporó, aguzó la mirada y se acercó con cuidado a la rama con una mano extendida para atrapar la presa con un gesto rápido, pero la mariposa volvió a escapársele, esta vez más lejos.

La siguió, corrió tras ella, pero la alada criatura se le escabullía una y otra vez. Hoja de Cerezo miró hacia donde estaba su hijo y, viéndolo dormido en el corazón de la sombra, envidió su pacífica respiración. Ella jadeaba, tenía el pecho, el cuello y las axilas empapados. Pensó que Gamo Blanco no la echaría de menos si se ausentaba unos minutos más. Cogería la mariposa para él. En ese momento la mariposa, que era pequeña y azul con gotas de oro, se posó en una gramínea. Hoja de Cerezo se arrojó sobre ella y otra vez se le escapó. La situación comenzaba a ser incómoda. La pequeña criatura no quería ser atrapada, y la cazadora no quería renunciar a la persecución. Tanta atención puso en la empresa que Hoja de Cerezo se olvidó de su hijo, de su cabaña, de su esposo y del sendero que había recorrido para llegar a donde estaba.

Toda la tarde la mujer siguió a la mariposa, que parecía burlarse de ella con giros inesperados, posándose en una rama o en el suelo y haciéndole creer

que pillarla por sorpresa era fácil, pero siempre eludía sus manos mientras iba adentrándose más y más detrás de las colinas. Por fin, llegado el crepúsculo, la mujer se dejó caer agotada. Tenía las piernas y los brazos llenos de arañazos, y las ropas sucias. No sabía dónde estaba, su cansancio le impedía pensar en ello. Cerró los ojos y, aun así, ¡seguía viendo a la mariposa bailando delante de ella!

Unos golpecitos en el hombro izquierdo la despertaron. El alba había llegado con su rocío y sus trinos. Había un hombre joven arrodillado a su lado; llevaba el pelo largo y sonreía.

—Soy la mariposa que perseguiste ayer—le dijo el desconocido—: ¿Querías perseguirme siempre?

Hoja de Cerezo gritó:

—¡Sí, sí!

—Entonces seguiremos juntos—dijo el Hombre Mariposa—: En un día de viaje llegaremos a mi país y allí nos estableceremos. El camino es arduo y largo. Encontraremos muchas mariposas que intentarán apartarte de mí. Debes caminar siempre detrás, sin mirar a los costados, observando mis pasos.

Hoja de Cerezo asintió, y partieron. El Hombre Mariposa iba delante, seguro de la tierra que pisaba sin dejar huellas. Sus plantas parecían acariciar la hierba. Después de caminar un largo trecho, el Hombre Mariposa dijo:

—Detrás de ese monte está mi casa, pero ahora viene la parte más peligrosa del viaje. Estamos entrando en el Valle de las Mariposas, y hasta hoy ningún ser humano ha llegado vivo al otro lado. Estarás a salvo si mantienes los ojos fijos en el suelo y no miras a ninguna mariposa. Aférrate a mi cintura y no te sueltes. Si lo haces, te perderás sin remedio y tendré que continuar sin ti.

Hoja de Cerezo hizo lo que le decían y clavó sus ojos en el suelo. Al entrar en el valle miles, millares de mariposas los rodearon. La mujer sintió el suave roce de sus alas en todo el cuerpo, como si la acariciaran incontables manos infantiles. A pesar de las advertencias del Hombre Mariposa, levantó la vista y se quedó estupefacta ante la cantidad de mariposas de todos los colores que volaban como pétalos desprendidos del tallo de la luz, volaban y danzaban soltando sus tonos en rayas y ocelos, puntos y bordes. Hoja de Cerezo sintió que se volvía bizca de tanto mirar en direcciones opuestas.

Una gran mariposa negra como el ala de una golondrina pasó rozándole la

frente. La mujer tendió la mano hacia ella, pero al instante desapareció como si nunca hubiese estado allí. Había tantas alas distintas, tantos rojos, amarillos, azules y violetas, tantos naranjas y grises y marrones que Hoja de Cerezo quería coger todo ese tesoro y llevárselo consigo.

El Hombre Mariposa se detuvo. Miró hacia atrás. La mujer corrió hacia él al darse cuenta de que se había soltado de su cintura, pero no pudo llegar a su lado porque incluso en esa breve distancia, en el espacio de su separación, la distraían cien mariposas distintas. De manera que fue quedándose cada vez más atrás. Su misterioso guía no tardó en desaparecer ocultado por una densa nube de alas y antenas, pero ella no se dio cuenta de eso porque continuaba obsesionada con los colores y los vuelos, el aletear constante y los súbitos cambios de dirección. Y así estuvo corriendo de acá para allá y de allá para acá, saltando y tropezando.

Nunca llegó a coger ninguna, a pesar de que durante los días siguientes prosiguió con su infructuosa cacería. Una mañana la encontraron muerta, cubierta por cientos de mariposas que semejaban las vibrátiles hojas del árbol de los sueños, ese cuya altura es imponderable y cuya profundidad supera la de los océanos. Ese es el que cada fruto es un mensaje del más allá.

CHUANG TZU Y LAS METAMORFOSIS

El filósofo Chuang Tzu no fue el único en soñar que era una mariposa que soñaba que era Chuang Tzu, experiencia de la que un extraño sabor a polen en los labios le dio testimonio al despertar, si es que puede denominarse despertar a ese estado en el que uno ve su entorno en plena danza de partículas y formas, engendrándose a sí mismo y desapareciendo bajo la máscara de nuevas partículas y formas. También el zapatero Xian viajó, entre los tejidos más sutiles del sueño, por el aire transformado en *qing*, la libélula de alas azules. Y Pi Lan, el calígrafo, quien, convertido en *chan*, la cigarra, cantó todo un verano a las puertas del palacio del príncipe de Wa, junto a los oscuros lagos de las montañas del norte. En cada una de esas metamorfosis, el sueño parece ser el factor de cambio, una zona de deslices e intercambios, el más veloz teatro de ilusiones que se conoce.

Los chinos llaman al acto de cambiar *kai*, pero como esa palabra posee un homófono que significa ‘entero’, ‘todo’, ‘completo’, ningún cambio auténtico es parcial, pues afecta a la totalidad del individuo y nada escapa a su ley, tal y como estipula el maravilloso *I Ching*. En esta tornasolada e inestable realidad en la que vivimos, lo más ilusorio es aquello que detectan los ojos. Por eso, al aferrarnos a las imágenes solemos traicionar el flujo invisible que las engendró y las reabsorbe. El sueño de Chuang Tzu dio pie, a lo largo de los siglos, a que muchos eruditos se enzarzaran en discusiones sobre cuál fue el tipo de mariposa que creyó ser el filósofo, si la dorada de las marismas o la verde pana de los bosques húmedos. No es de sorprender que las cosas ocurran de ese modo: todo poema segrega sus comentaristas, a toda perla se le atribuye un linaje lunar a los pocos años de pescada en el océano. Ting Mo, vendedor de incienso de Shanghái, sostuvo que la mariposa en la que se convirtió el filósofo fue la lobito de los pinares, cuyo color marrón la hace tan

humilde como las cortezas sobre las que se posa; Mei Lu, cocinera de una escuela confuciana, al oírlo intentó desmentir esa teoría, pues creía que la mariposa de Chuang Tzu debía de ser una criatura nocturna, una esfinge de alas transparentes, ya que únicamente la transparencia de las cosas nos confunde el adentro con el afuera o, por lo menos, nos permite percibir su contigüidad. Esa observación hizo sonreír a Tao Teng, el pintor y fabricante de papel de arroz, para quien la mariposa de Chuang Tzu no podía ser otra que la manto violeta, que cuando se la toca deja en los dedos una huella como de crepúsculo de verano.

De más está decir que esas opiniones también vivieron sus metamorfosis, e incluso una de ellas, la de Ting Mo, el vendedor de incienso, retornó a él al cabo de unos años. Para entonces ya no era una lobito pequeña la que había encarnado el filósofo, sino una lobo listada, o sea, bastante más grande que como Ting la había descrito. Otros atribuyeron a Chung Tzu, y en la víspera de su sueño, la visión de una mariposa Kallima, de las que al cerrarse se transforman en hojas secas, de manera que es difícil saber si se trata de mariposas que sueñan ser hojas o de hojas que sueñan ser mariposas. Muy pocos, sin embargo, sabían lo que el filósofo había dicho o escrito. Uno de ellos era el fabricante de papel de arroz y pintor Tao Teng, que solía citar estas palabras de Chuang Tzu:

—Todos conocen la utilidad de lo útil, mas ignoran la utilidad de lo inútil.

LAS CUATRO FASES

Algunos maoríes de Nueva Zelanda creen que las mariposas transmigran como las almas, y otros que en realidad existe un solo ejemplar que crea la ilusión de ser muchos, exactamente como la mente de un solo ser humano puede, a lo largo de una vida, tener muchos sueños, pensamientos y fantasías partiendo de la misma cabeza, o como el dorado sol pinta en el agua suspendida todos los matices del arco iris. También dicen que las mariposas sólo pueden comunicarse entre sí si están en la misma fase o estadio, huevo a huevo y larva a larva. Jamás podrá, una crisálida por ejemplo, descifrar la curva de un vuelo, ni la leve criatura alada que de ella nace logrará hacerse entender por una larva. Así también ocurre entre los seres humanos, pues sólo se comprenden entre sí aquellos que están atravesando la misma fase vital. El resto es una danza de equívocos y un juego de aproximaciones. Anhelos y desencuentros, desfases de edad en los que divergen los estilos.

Dos estadios hay, dicen los maestros maoríes, que hacen de la transitoria quietud un viaje hacia el color: el primero y el tercero. Hoja o rama sostienen esa búsqueda interior. Lo ovoidal rige la primera fase, y lo recto y tenso la tercera. Las larvas, como los adolescentes, buscan trepar y trepar, y devoran todo lo que tienen a su alcance; exhiben díscolos pelos y feas protuberancias, y no escatiman venenos para proteger su debilidad. Entonces, cuando por fin la crisálida abre su húmedo ataúd a la voluntad del ala, cuando por fin emerge la imago, la mariposa adulta conoce en el aire una libertad ingrávida, pero también el peligro de que su propia belleza se aniquile en el hambre de algún pico. Sabio, dicen los maoríes, es aquel que acepta los mariposeantes disfraces del tiempo y obedece a los cambios como la nube a la presión atmosférica. Quien vislumbra en las exclusiones naturales ocasiones de explorar lo sobrenatural. Pero también aquel que comprende que el auténtico

amor, la unión verdadera, el vuelo de ocho alas sólo es posible cuando has vivido la conquista de tus propios ocelos en la soledad de tu diapausa, que ellos llaman el Suspenso de la Muerte o el Estuche del Sueño. Quien ignora la vida secreta de las mariposas, sostienen los maoríes, conoce muy poco de su alma, y quien sabe poco de su alma es una mera colección de huesos enfundados en carne perecedera.

Si un niño maorí pregunta qué cosa será eso que en nosotros piensa y siente, o quién es ese que se escuda en el movedizo y elíptico yo, le señalan el zigzagueante vuelo de las mariposas y le dicen:

—Eres el hambre que se agita en ti, la torsión que te dilata y el negro silencio que te espera. Tras lo cual una de tus alas le dirá a la otra: «busca compañía», y entonces, cuando de trompa en trompa vagues por ahí, sabrás que alma es lo que se aleja tras haberte visitado el pulmón para vestirlo de luz.

—¿Todo eso es el yo?—suelen preguntar, insatisfechos, los curiosos.

—También es el centro de la tela de la araña, el sitio vacío del que partes y al que vuelves cuando la realidad te ha ofrecido sus presas. Un mero hueco para el sueño o la vigilancia.

UN VIAJE ETIMOLÓGICO

Imaginemos la tarde en que el filólogo Corominas redescubrió, bajo el vuelo de una blanca de la col, el «María, pósate» de los antiguos padres de la Iglesia. Era abril en su ondulada y amable Cataluña, el abril de las últimas mandarinas y los tempranos narcisos. El mes que abre las cosas, como bien vieron los romanos. En su prodigiosa memoria, en su altiva perspicacia, asimilar María a la mariposa le proporcionó una felicidad semejante a la del poeta Berceo, quien vio a la *Theotokos* o ‘paridora de Dios’ encarnada en un prado de mayo con sus gramíneas, sus poáceas y sus caléndulas. Pero una cosa era el manto de la Virgen y la fertilidad de la tierra, y otra paralela esa criatura alada que los griegos asimilaron a la mente humana. ¿Era, acaso, María, la madre de Jesús, asimismo la matriz anímica en la que se había gestado, para asombro de los seres humanos, el hijo de Dios?

Corominas debió de decirse, con voz entrecortada:

—María, pósate.

Y la blanca de la col, como si lo hubiese oído, se detuvo sobre la verde columna del hinojo. Abrió las alas y agradeció al sol el que extrajera de la última lluvia un perfume nutricio.

Abrió las alas, contribuyendo de ese modo a que el lingüista repasara al vuelo media docena de palabras y sus raíces. Al mismo tiempo, se alegró de que fuera la lengua castellana la dueña del vocablo *mariposa*, apartándose de ese modo del tradicional *Papilio* latino presente aún en el catalán y en el francés.

En tiempos antiguos, los griegos la llamaron *Psique*, que hoy podemos traducir como ‘mente’ y que originalmente aludía al hálito o soplo. Por la

mágica historia de Eros y Psique sabemos que su curiosidad no tenía límites, y que de todas sus inclinaciones el amor fue la primera. En griego moderno, empero, ese nexo se extravió, reemplazándose a Psique por *petaloudia*, o sea, ‘hoja’, ‘pétalo’, aquello que crece y se abre, como en el verbo *petánumi*. La homología no es sólo bella: también es pertinente, pues tanto va la mariposa al pétalo como transfiere, éste, su color al ala. Por otra parte, y dado que en griego la palabra para ala sigue siendo *ptero*, de ahí viene el nombre científico de las mariposas, lepidópteros.

La palabra holandesa *botervlieg* precede a la inglesa *butterfly*, la ‘mosca de la manteca’, pues se creía que los excrementos de esa etérea criatura eran cremosos y blanquecinos. El alemán *Schmetterling* también da cuenta de esa creencia, pero trasladándola al mundo de las hadas y las brujas que, encarnadas en mariposas, sentían predilección por ese alimento. El hecho de que prevaleciese, en inglés, la citada palabra, no debe hacernos olvidar el antiguo anglosajón *fifoldara*, *fifalde*, en donde vemos algo que hallaremos también en italiano y en hebreo: la doble *f*, letra que al pronunciarse recuerda tanto al soplo que se marcha como se aleja el alma del cuerpo tras el último suspiro.

El alma es una mariposa en la crisálida de nuestro cuerpo, esperando que pendamos de un hilo, del sutil hilo del silencio, para nacer al color y al vuelo.

En el *feileacan* irlandés encontramos también la *f*, como en *fairy*, el tradicional cuento de hadas que aparecen y desaparecen, tienen alas y lo saben todo de todo en cada instante de su viaje. El noruego *sommerfugl* y el yídish *zommerfeigele* aluden a la mariposa como a un pájaro de verano, casi insustancial, y tan alegre que desconoce su propio peso. Los rusos la llaman *boboshka*, que significa tres cosas a la vez: ‘mujer anciana’, ‘abuela’ y ‘pastel’, aunque en ciertas regiones de ese enorme país se conserva la forma *dushichka*, de *dushae*, ‘alma’. Familias enteras de mariposas, como por ejemplo la bajá de dos colas, sienten una extraña predilección por los dulces, los higos maduros y hasta pasados, y en la red fluvial amazónica es frecuente ver decenas de mariposas a los pies de los frutales silvestres, libando hasta el éxtasis de su muerte en el pico de los pájaros.

La *farfalla* italiana que hizo decir a Dante que *il uomo è una farfalla angelica* suena parecido a la *parpar* del hebreo, cuya raíz, *pré*, ‘salvaje’, ‘silvestre’, también hallamos en *pirper*, ‘estremecerse’. He aquí, de nuevo, al

amor, su parpadeo nocturno y su pleamar de suspiros. Su indomable carácter y su potencial fertilidad. En ambos casos, el italiano y el hebreo, oscila la *f* su arte de la fuga, su fiesta de caricias. En el *borboleta* portugués, en cambio, únicamente la *b* geminada da cuenta de cierta simetría.

Llegamos, así, al chino *hu-tieh*, donde *tieh* alude a los setenta años haciendo, en consecuencia, de la mariposa un símbolo de la longevidad, cuando—por el contrario—entre nosotros se la relaciona con lo efímero y lo fugaz. Para los chinos, la mariposa es lo que nuestro Cupido, promotora y mensajera del amor, detalle que ya observamos en la relación entre Psique y Eros. Cuenta Chuang Tzu que un joven estudiante que corría tras una hermosa mariposa se introdujo sin quererlo en el jardín de un viejo magistrado, cuya hija revisaba, en ese momento, un hermoso rosal. Estupefacto por lo que consideró la transformación de un insecto en una doncella, se enamoró y tuvo tanta suerte que la convirtió en su esposa. Cabe agregar algo al relato del filósofo: nunca, en toda su vida, el perseguidor curioso narró a su mujer cómo llegó a ella. Temía que, de nombrar a la mariposa, *ésta volviese a aparecer* tornando de ese modo irreal el encuentro con su mujer. Revelar un secreto que concierne a un tesoro, dicen de los sufíes, es contribuir a su desaparición.

LA HOJA REMONTA EL VUELO

Asistir a la demostración física de un poema japonés escrito hace dos siglos y medio libera endorfinas en el cerebro, vibrante aún a causa de las primeras cigarras del verano. Las endorfinas, se sabe, son una droga interna que se expande por el organismo en situaciones de éxtasis o de relajación profunda. La música y también el amor o un sueño maravilloso pueden liberar endorfinas. En pocos instantes pasamos, bajo su efecto, de la nada a la madurez del símbolo, que como un fruto dulce se abre ante nuestros propios ojos. Entonces el mundo no nos parece absurdo sino pleno de sentido, magnífico.

El haiku o poema japonés dice más o menos así: «De todas las hojas caídas, sólo una intenta volver a su lugar: la mariposa». Cuando lo leí por primera vez e intenté imaginar el siglo de Basho, aparecieron en mi mente las sandalias de paja que se empleaban en el siglo diecisiete, las ceremonias del Shinto, las espadas y los espejos, el ikebana natural de las islas japonesas en los crepúsculos de estío, pero aun así no lograba ver el vuelo de tan sutil criatura. Escrito en versos de catorce sílabas, que es la cifra de ese tipo de poemas, me parecía exótico, inteligente y lejano. Más tarde vislumbré que la hoja que caía y la mariposa que volaba eran del mismo color, pues de otro modo no hubiese sido tan nítida ni sincrónica la percepción del poeta.

En mi memoria, el mencionado poema no era más que una anécdota estética, un hecho lírico tan remoto como perfecto. Hasta que hace pocos días pude constatar, en una visión espléndida y a la sombra de un añoso tilo que los calores recientes doraron desprendiéndole unas cuantas hojas, que una de ellas era, precisamente ¡mariposa! Un ejemplar de cleopatra (*Gonepteryx cleopatra*) de un amarillo pálido, alimonado, las nervaduras de cuyas alas contribuían a hacer más dibujado su ascenso. Sorprendida por la súbita caída

de las hojas, la mariposa, que yacía con las alas plegadas en el suelo de pedregullo, alzó el vuelo llevándome consigo a una rama vestida de verde. La rapidísima sucesión de imágenes que me sacó de mí mismo, trasladándome a la secuencia homóloga presenciada por el poeta hacía irrisorio el tiempo, volvía intrascendente la Historia.

El suceso sería banal si no volviese a plantear el dilema wildeano de «la naturaleza que imita el arte», o bien del arte como «sobrenaturaleza», según sostenía Pascal. ¿Era inocente mi mirada, la cita traída a colación, el japonismo de los elementos del cuadro observado? De ningún modo. Pero sí lo eran mi felicidad, mi alegría y el convencimiento de que la belleza, cualquiera que sea su categoría, siempre está hecha de esas sincronías inesperadas y muy humanas en las que la semejanza, como un *simillimum* homeopático con sus pequeñas dosis, establece una correspondencia entre el afuera y el adentro. Así, lo que sabemos de las leyes físicas y lo que esbozamos en las leyes poéticas se convertía en curación y goce. El universo me había revelado, a mí y a un poeta japonés antes que a mí, su cara gratificante, su constante aspiración a la luz. La aérea sustancia de la que están hechos los milagros. Entonces me invadió otra vez el orgullo de la poesía, el mismo que hizo decir a Goethe en relación con la manzana de Newton que cae del árbol a tierra: «El señor Isaac Newton nos ha explicado por qué cae la manzana del árbol, pero no nos ha dicho nada de cómo llegó hasta la rama». Se trata, obviamente, de un orgullo no pecaminoso. La certeza de constatar una vez más que lo que llamamos humanismo, desde el Renacimiento a nuestra época, existe para que esas pequeñas y bellas cosas de la vida no dejen de emocionarnos.

LAS DOS ABUBILLAS

En todas partes, pero sobre todo en el Oriente Medio, la literatura popular ama la exageración y cree que la felicidad es facilidad: sus personajes, seres humanos, animales o espectros, atraviesan paredes, fronteras y siglos, y pesan poco, tan poco, que se adhieren al aire de nuestra atención cuando las palabras que los evocan ya han acallado su curso. Se cuenta que Salomón tenía una abubilla amaestrada y la reina de Saba otra; la del rey hebreo se llamaba Yafur y la de Belkis—también conocida como reina Makeda—, Anfu. Un día él se entera de que una criatura excepcional, maravillosa, vendrá a visitarlo y quiere anticiparse, conocer el origen y el ambiente de su futura amiga, de modo que envía a su abubilla a las tierras y dominios de Saba. Yafur, una vez en palacio, atravesando habitaciones que son violetas y cajas de música, se encuentra con Anfu, y entonces las dos abubillas se ponen a conversar sobre las virtudes y los dones de sus amos hasta que conocen, en un doble suspiro, el nexo entre el amor y la predestinación.

De regreso a Jerusalén, la abubilla Yafur—ante un rey que comenzaba a impacientarse por su demora—desgrana con elocuencia lo que ha visto. Describe los ojos de la reina tan grandes y almendrados que hasta se los ve de perfil; habla del árbol de la canela y de mariposas de seis colores; de la esbelta figura de la muchacha, del tono oscuro de su piel y de las plegarias del agua que fluye en su proximidad. Simultáneamente, en Saba, en un jardín minúsculo y mientras la joven reina escucha una música lejana, Anfu, su abubilla mensajera, le describe lo que ha podido saber del soberano hebreo. Es alto, no muy delgado, sus ojos son claros y sus pausas tan hondas que a la gente que las percibe le recuerdan la dubitativa oscilación del helecho o el vacío de las cuevas del desierto en las que se aman los antílopes. La caravana de la reina de Saba no tardará mucho en partir hacia Jerusalén. El hijo de

David intuye que, frente a la ilustre desconocida, su corazón se rendirá casi sin luchar.

Las dos abubillas, Yafur y Anfu, no sabemos si hembra y macho o al revés, vuelven a encontrarse en un bosque de las afueras de la ciudad de David, allí donde Judea alza sus ciclámenes y exhibe sus asfódelos. Eso sucede dos días antes de la llegada de la reina a la corte de Salomón. Esta vez las mensajeras no hablan, ni pían, ni sienten otra cosa que el enigma de la separación así como antes habían entrevisto el milagro del encuentro. Ser un ave mágica no es suficiente para atenuar el ardor de un corazón encendido o para mitigar la pena de uno roto. Por fin, Yafur le dice a Anfu:

—Si el viento se quedara siempre en el mismo sitio, la atmósfera no se limpiaría nunca.

—Si el amor—responde Anfu—poseyera por completo el cuerpo de su deseo, dejaría de peregrinar hacia la belleza del alma.

Claro que en el lenguaje de las abubillas no suena exactamente así, pero Anfu y Yafur, Yafur y Anfu, entendieron que aludían a otra cosa y que el pudor les impedía ser más explícitas. Todo lo excepcional es breve, y lo que viene de muy lejos aspira a llegar más lejos aún.

Sarahil, la vieja nodriza de la reina de Saba, tan vieja que había amamantado a su abuelo, la vistió para el encuentro con el rey hebreo con siete magníficas túnicas. El primero de los vestidos era de seda azul y aludía al mar del amor; el segundo tenía el color de los albaricoques maduros y encarnaba el sol de las caricias; el tercero de los hábitos imitaba el tono de las granadas abiertas; el cuarto era amarillo como las caléndulas, y el quinto del color de las naranjas a la hora del crepúsculo. El sexto era verde, y el séptimo, rojo, parecía tejido de aire, tan sutil y transparente era su aspecto. Así vestida fue la reina de Saba a ver al rey Salomón, quien no tardó en caer en una gradual estupefacción.

Lo hermoso, de todos es sabido, narcotiza sin dormir y despierta sin que ninguno de nuestros miembros atine a moverse.

Sarahil leyó en los ojos del rey que éste quería ver más allá de la belleza, y entonces ayudó a Makeda a quitarse los siete vestidos, uno a uno. Fue, pensaron las abubillas al ver la escena desde el alféizar de una ventana, como si la nodriza estuviese quitándole pétalos a una flor y la luz de la hora lentificara su caída al suelo. Leve es el sonido del brocado que se desliza y el

del algodón que cae, pero más leve aún el de la seda. Cuando la joven reina de Saba estuvo desnuda, y el rey vio sus tensos pezones, el ombligo perfecto y los hombros luminosos, y la zona en la que la sombra se perdía en la sombra, decidió imitar a su padre David delante del Arca de la Alianza.

—Tu cuerpo es la casa de los misterios de mi Dios—atinó a decir Salomón, dando los primeros pasos de danza.

Entonces lo lejano se hizo próximo, y lo próximo giró y saltó. Una mano del rey señaló el cielo y la otra la tierra, y bailó alrededor de la reina como planean las golondrinas en la tarde de su llegada al punto de partida de sus antepasados, y bailó frente a ella con tanta emoción que la reina sonrió, y en su sonrisa las abubillas Yafur y Anfu, que no eran tontas, comprendieron que esa noche los suspiros vencerían a las palabras y que el silencio de después sería aún más hondo que el silencio de antes.

Para atenuar el dolor de la separación, una vez en Saba la reina pidió a sus mariposas que le rozaran su frente cuando dormía la siesta para teñir sus sueños de colores. Anfu y Yafur, las dos abubillas mensajeras, vivieron muchos años con el recuerdo de que su encuentro había sido el preámbulo de uno mucho más grande.

EL TIGRE ENJAULADO Y LA «CALLIMORPHA» LIBRE

Antes de deslizarse en el que sería su último sueño, el viejo tigre vio entrar en su jaula a una *Callimorpha dominula*, mariposa perteneciente a la crepuscular familia de los ártidos, cuyas alas superiores tanto se asemejaban a su propia piel. Creyendo soñar, le preguntó con un ronco gruñido:

—¿Eras mi propia vida, el coloreado soplo final de mis pulmones? ¿Te vistes con mis manchas para consolar mi pronta desaparición o, quizá, permaneces tan quieta para anticipar la inmovilidad de mi propia muerte?

—¿Y tú quién eres?—quiso saber la criatura crepuscular, revoloteando en torno al cansado hocico del felino.

—Soy un viejo tigre encerrado tras un rígido y simétrico juncal de hierro. Me sorprende que no veas que compartimos diseño, al menos en parte.

—Procedo de tres estadios anteriores y ninguno de ellos se parece al otro. ¿Por qué debería confiar en los parecidos? ¿Qué son las formas sino disfraces del aire?

—Me hubiese consolado un poco saber que el vuelo atigrado de tus alas llevaría al intrépido viento mi memoria. Desde que estoy encerrado no hago más que pensar en los seres más libres que yo. Quiero creer que la casualidad es, por lo menos esta vez, afortunada.

Compadeciéndose del viejo tigre, la mariposa que llaman *Callimorpha dominula* fue a posársele en el entrecejo y exclamó:

—Si crees en mí, aunque mueras, algo tuyo sobrevivirá, y si yo creo en ti (y ciertamente creo), algo mío continuará luchando en otro sitio para defender nuestros comunes colores.

—Gracias—dijo el tigre, y expiró.

—Gracias a ti—respondió la mariposa, alejándose.

Allí donde se cruzan semejanzas, la soledad es menos drástica. Incluso en el vacío de las distancias, cuando hay atención crece gentil la flor de las analogías.

LA MENTE PAPALOTL

La sacerdotisa de Itzapálotl había perdido un ojo mirando al sol de frente cuando era niña, de ahí que sus padres decidieran consagrarla al Espíritu Nocturno de las Estrellas y hacerla partera. Se llamaba Yoalli, que quiere decir ‘Noche’, y estaba en la edad en que su saber debía traspasarse a una partera más joven. Yoalli recorría las adyacencias de la Casa del Canto nerviosa porque su discípula, la delgada Aima, era incapaz de concentrarse y descuidaba, en la asistencia a los alumbramientos, el incienso, la yesca, el agua caliente o uno de los ingredientes de las hierbas medicinales cuyos aromas debían aspirar las parturientas.

—La atención es un arte difícil, niña mía—le decía Yoalli a Aima—. Cuando un ser viene al mundo su madre está quieta, pues no se puede parir en movimiento. Pero cuando un alma va al mundo no se debe estar quieta, porque la mente es papalotl, percibes sus vuelos pero eres incapaz de decir hacia dónde dará el próximo giro, cómo será su siguiente aleteo.

—Tal vez me cueste tanto concentrarme porque soy una papalotl integral, una mariposa inconstante—solía responder Aima—. ¿Cómo puedo aprender a ser paciente conmigo misma si tú no lo eres al enseñarme, Yoalli?

La partera no respondió nada esa tarde, pero recogió unas cuantas frutas, una calabaza con agua y, despertando a su discípula al alba, la obligó a acompañarla a las inmediaciones del templo de Itzapálotl. Cuando salió el sol, los colibríes comenzaron a danzar. La brisa trajo hacia las mujeres un aroma de orquídeas y cacao tostado. Aima vio cómo Yoalli miraba primero a la derecha y luego a la izquierda buscando algo, husmeando, escrutando con una atención de iguana el menor signo aéreo que delatara la presencia de lo que estaba esperando. No tardó mucho en aparecer una mariposa de las que, en el país, llamaban popularmente medianoche. Yoalli sonrió. Sus mejillas se

hincharon por la exactitud de la cita.

—Ha venido, ha acudido a mi llamado. Ahí tienes a medianoche. Verás cómo se posa en mi mano.

En efecto, la hermosa mariposa negra punteada de estrellas ejecutó un giro de ciento ochenta grados y vino a posarse en la arrugada palma de la partera. Latió unos segundos, como un cielo de verano que festeja el nacimiento de mil constelaciones nuevas, y acabó por estarse quieta. Parecía que siempre hubiese formado parte de aquella piel oscura, ducha en caricias y cordones umbilicales.

—Has de aprender, de la quietud, confianza, y de la confianza—le dijo a Aima—, que el saber se comunica en la atención, jamás en el revoloteo.

—¿Podría convocar yo también a medianoche?

—Podrás siempre y cuando diferencies la atención de la expresión. Cuando un ser viene al mundo tienes que estar ahí; cuando eres tú quien va al mundo—agregó la partera arrojando la mariposa al aire—, puedes bailar como quieras. Si debes coger algo, la mano necesita firmeza, pero si tienes que darlo, soltura. Observa cómo vuela medianoche. Así es la mente, la mente papalotl.

—¿Insinúas con ello que el saber requiere fijeza y el ser movilidad?— indagó Aima.

—Cuando va de acá para allá, medianoche mezcla sus estrellas, cambia sus constelaciones, pero al posarse las define. Inteligente, busca apoyo cuando se comunica y libertad cuando se expresa.

Bebieron un poco de agua y volvieron hacia la Casa del Canto. Antes de entrar, la partera le pidió la mano a Aima y, depositando en ella un poco de polvo de papalotl, unas minúsculas escamas de medianoche, agregó:

—Si quieres recoger la sabiduría del cielo, no muevas las manos. Pero si quieres ser el cielo, jamás dejes de moverte, haz de lo súbito e inesperado el sendero de tu independencia.

DOS VECINAS

De las dos mariposas que revoloteaban junto a la cascada, una era brillante, grande y azul como un límpido cielo de mediodía, y la otra pequeña, listada y transparente. El aire que las sostenía estaba cargado de humedad, y en la penumbra cercana nacían las orquídeas epífitas con un imperceptible gemir vegetal. La más pequeña le dijo a la más grande:

—Cuando te veo volar, tengo la impresión de que un trozo de cielo se ha fugado del cielo.

—Di mejor que mi vestido de escamas hace lo posible por imitar su color aunque no su ingravidez. Desde que supe que la luz del sol borra estrellas en la misma medida en que dibuja los contornos de la tierra, comprendí que la belleza es una ilusión compartida, una totalidad que se oculta tras la relevancia de uno de sus detalles.

La cascada no paraba de reír, el agua de saltar, las gotas de escurrirse, la mañana de extender sus límites.

—De todos modos—dijo la pequeña—, tú te pareces más al cielo de lo que me asemejo yo.

—La transparencia no es desdeñable—comentó la mariposa grande—: detrás y delante son para ti casi iguales.

Dieron un giro a baja altura y luego volaron un trecho juntas, por encima de un macizo de cañas.

—Cierto—suspiró la más pequeña—, pero como el aire que nos lleva, siempre estará debajo del azul del cielo.

Entonces, y por toda respuesta, la mariposa grande y azul se posó en un barrizal y aleteó llamando a su compañera de vuelo.

—Ya lo ves: el cielo llega a cualquier punto de la tierra cuando ésta es

aceptada y comprendida como es. El oscuro vaso de su sostén, un cáliz para su flor de horizontes. Ignoras que es juntando la transparencia de mis escamas como le hago lugar al cielo, y que tu privilegio consiste en que los demás puedan ver a través de ti una continuidad que su opacidad les niega. Alégrate, pues, de negar las separaciones, que yo a mi vez me regocijaré evocando insólitas unions.

TOCATA Y FUGA DE LA MARIPOSA THECLA

Entre las miles de mariposas diurnas cuya belleza iguala su inteligencia, está la Thecla barajo de Sudamérica, que aletea entre el golfo de México y Panamá, y verdea aún más hacia Colombia. Pertenece a la familia de las licénidas, y las caras de sus alas superiores imitan, en sus rayas y con frecuencia también en su pelaje, al gato montés. Pequeña y frágil, la terminación de su cola se parece, plegadas ambas alas, al perfil de su propia cabeza, ardid creado para confundir a sus predadores, los pájaros insectívoros. El tiempo, el peligro, la ansiedad, la pasión propia y la de los otros le han enseñado a la Thecla a vivir la paradoja de pensar por atrás y huir por adelante, de tal modo que, incluso ante las leyes azarosas de la caza, puede apelar a su tocata y fuga con un mínimo margen de error.

Cuando se siente amenazada y la sombra del atacante se cierne muy cerca de la planta en la que está posada, nuestra mariposa prepara su huida con una gracia ejemplar: gira los grados necesarios como para que el pájaro se confunda y luego suelta su cuerpecito de felino lepidóptero al aire vivo de la libertad, salvándose una y mil veces de sus devoradores. Los médicos aborígenes de Panamá dicen que así debe hacer el cuerpo con el pensamiento que quiera obsesionarlo, con la idea que ansíe parasitarlo, pues sospechan que —con más frecuencia de la imaginable—, la cabeza está debajo y el trasero arriba, y que analizamos allí donde deberíamos sintetizar y retenemos donde deberíamos soltar. Maestra del error en el ojo de los otros, la Thecla se siente por completo inocente en el centro de sus propios omatidios, plurales y facetados como un diamante de precioso rocío en los amaneceres boscosos. Poco importa que quieran atacarnos por fuera, y mucho reconocer que ante el

enemigo interno conviene tener, por lo menos, dos cabezas, aunque una de las dos sea falsa.

ARGUS AZULES

Los entomólogos denominan Pequeños Cupidos a las Niñas o Argus azules, cuya envergadura no sobrepasa los veintiún milímetros y su peso la cuarta parte de un gramo. Mariposas que, al sobrevolar los prados y jardines con una gracia decididamente ingrátida, reservan su color cielo para los machos y el pardo terrestre punteado de negro y blanco para las hembras. Llamar a ambos miembros de la especie sólo por el color del macho es injusto para con sus compañeras, que protegen de mimético modo (al igual que la esposa del faisán, bajo sus plumas de color canela y polvo, custodia los huevos brillantes que encierran su descendencia), extáticas y atentas, del pico veloz de sus depredadores alados, el quieto instante de la puesta. Tan mínimas como notables, las Argus azules moran sobre la hiedra, la falsa acacia y ciertos arbustos perfumados como el hinojo o el romero. Verlas en agosto, cuando se aparean al mediodía y suspenden su cópula sobre alguna mata baja, es una fiesta algebraica de asteriscos y números microscópicos. Sus alas están plegadas y cada cabeza mira en dirección contraria, enfocando sus omatidios hacia un vago éxtasis de espera. Deben aguardar a que el trasvase de amor se realice por completo, tienen que esperar a que el último de los temblores ceda paso a una invisible serenidad. Tal vez sueñen, entonces, con el arándano negro o la hiniesta bajo la cual morirán. De las dos puestas anuales, sobrevive mejor la de la primavera. De la sustancia que desprenden sus alas si las tocamos en el instante de la cópula emerge la sensación de una ceniza feliz pero amarga.

A ese engarce le seguirá muy pronto la muerte, al abrazo la extinción. Pero antes irán de acá para allá, el macho embriagado por un espacio diurno que replica sus celestes bordes, enceguecido por el sol de la pasión; la hembra, húmeda y con las alas pesadas por una responsabilidad fecunda a la que

deberá hacer frente sola. Si tenemos la suficiente paciencia y devoción como para inclinarnos, espías románticos, junto al punto de apoyo de su enlace, comprenderemos que se las llama Argus por la mítica ave de muchos ojos que en las leyendas griegas lleva el mismo nombre, constatando que tales ojos, aparte de los suyos, semiesféricos y plurales, son, en las mariposas, los muchos ocelos y ocelillos que adornan el revés de sus alas. Pero a estas criaturas de la familia de las licénidas también se las llama Pequeños Cupidos, quizá porque al verlas volando en el campo, entre abril y septiembre, alguien, hace mucho tiempo, pensó en las flechas certeras del amor, cuyo disparo nadie conoce antes del impacto y la herida. O creyó adivinar, en su mitad cielo y su mitad tierra, separados hasta el tiempo de la seducción, hasta qué punto el horizonte es un abrazo. Tales fragmentos cromáticos, esas dos caras de un mismo rostro alado, ocultas bajo un idéntico despliegue de muescas o notas musicales, recurrentes e invariables, ligeras y perfectas, se reúnen cada año para que dos convoquen a un tercero y éste llegue más lejos en las corrientes del aire, más acá en las danzas de la especie. Y para que no digan que falta belleza a ras del suelo, inquietud espléndida sobre la muda impavidez de la roca.

«POST TENEBRAS, LUX»

Se conserva una fotografía en tono sepia de Walt Whitman en la cual el viejo poeta, semiparalizado, entre atónito y sereno, observa una mariposa nocturna que por algún inescrutable rasgo del destino se ha posado en uno de sus brazos como si se tratase del tronco de un árbol muerto. Aquel que cantara a los grandes ríos, el bardo de las muchedumbres democráticas y la vida física, estaba, en el momento en que se tomó la placa, en pleno declive, débil, somnoliento y sin embargo en posesión completa de la mirada azul en la que el océano había dejado el sello de su grandeza. Su pequeño yo estaba sin cuerda, pero el grande continuaba anudado al paisaje americano que incluía, por supuesto, a la oscura mariposa (para algunos se trata de una *Composita credula*) detenida y abierta en su brazo.

—¿Qué ve en esta inesperada visita, Walt?—le preguntó uno de los visitantes, que asistía a la sesión fotográfica, al percatarse de su expresión.

Whitman no parecía prestar atención a los seres humanos que lo rodeaban. Ya no volvería a pisar las hojas de hierba de sus regiones predilectas, ni miraría ni cantarían a la luna con una ramita de sauce en la mano; ya no escribiría más ni, probablemente, tampoco dictaría a otros lo que le pasaba por la cabeza.

—Veo a la noche—dijo, con un débil suspiro—, que viniendo de lejos ha querido detenerse en mi piel unos momentos. ¡Callada criatura, antiguos destellos en el brazo de un viejo cansado!

El fotógrafo sonrió. Quien le había formulado la pregunta, en cambio, no.

—Cuando trabajaba de enfermero, durante nuestra desgraciada guerra—prosiguió Walt Whitman—, atendí a un muchacho que deliraba a ratos y a ratos me contaba su pasión por las mariposas. Dijo que las había diurnas, vespertinas y nocturnas, y que todas procedían de los velludos ejemplares que

vuelan bajo la luna y las estrellas. Dijo también que Eros, el amor, es hijo de la noche y no del día, y también hermano de Hipnos, el sueño. Todo procede de lo oscuro y vuelve a él. Sangraba mitología, su dolor era una mezcla de saber y no saber que se iba a morir. Le acaricié la frente y le dije, por decir algo, que la primavera estaba cerca. Que los arcos soltaban ya su dulce savia y que el aire, más allá de la quemante pólvora, era un concierto de trinos felices.

Un asombro grato dilató las pupilas de quienes oían al viejo poeta. La mariposa seguía allí, en el brazo de Whitman, con sus pequeñas alas negras punteadas de blanco. Efectivamente semejante a un trozo de noche, a una partícula cósmica en reposo.

—Es extraño que nos estremezca el infinito espiralado de las galaxias— dijo el bardo con una voz bien modulada—, y que nos consuele de ese estremecimiento algo tan frágil como esta mariposa, que sin duda ha venido para anunciarme un retorno.

—¿Un retorno?—indagó el fotógrafo repasando su trípode.

—Un retorno—repitió el poeta—. El mío, pues pronto volveré a ser viento, y lluvia, y rocío sobre los cerezos salvajes. La apariencia de mi rostro se disolverá en la ruta de las nubes, mi último latido bajará a la más honda vena de agua de la tierra.

—¿Cómo sabe todo eso, Walt?—le preguntó una señora que no cesaba de tomar notas.

—Lo está leyendo ella—respondió el poeta señalando a la mariposa—, en el más diminuto de mis poros. Tan vacío como la bóveda celeste que sostiene nuestra tierra, tan íntimo como la noche inminente.

LOS SOBREVIVIENTES

Cuenta Francisco Clavijero, en su *Historia antigua de México*, que después del diluvio universal hubo una confusión de lenguas, una dispersión de especies y un trasiego de tierras, ríos y colinas. Nada estaba en su lugar y ninguna criatura, en su fuga o agonía, sabía si el mundo continuaría existiendo. De ese diluvio, que por lo visto no es el único cuya memoria se conserva en los mitos y las fábulas, se salvaron un hombre y su mujer, Coxcox y Xochiquétzal, quienes tras mucho navegar llegaron a una rada, abandonaron su canoa, y viendo que la tierra firme que se extendía bajo sus pies era hermosa y estaba viva, se instalaron en un lugar llamado Colhuacán. Allí prosperaron y tuvieron muchos hijos; recogieron bayas, volvieron a plantar maíz y frutales, se entregaron a la flor y al canto y trataron de olvidar la acuática tragedia a la que habían sobrevivido. Aunque Coxcox y su mujer Xochiquétzal hablaban, todos sus hijos nacieron mudos. Cuando querían algo lo señalaban. Sus ojos y sus manos y sus pies eran muy expresivos, pero el silencio que los rodeaba visitaba sus sueños y sus casas e iba de acá para allá sorprendido de que los padres nombraran a sus hijos pero éstos no pudieran nombrarlos a ellos.

Llamó a una paloma, el silencio llamó a una paloma y le dijo que enseñara a hablar a los descendientes de Coxcox y Xochiquétzal, y así fue como, más tarde, sus hijos aprendieron las distintas lenguas del país. Ahora bien, ¿quién había enseñado a hablar a la paloma?, ¿en qué colegio de árboles o en qué lago de sílabas se bañó hasta devenir políglota? Unos dicen que su maestra fue Tletl, la lumbre, la llama de fuego, porque el fuego que crepita dice de qué están hechas las cosas que consume y lo alimentan; otros, que fue Ocuilin, un gusano, quien enseñó a la paloma a hablar, porque era el único que se acordaba de los idiomas anteriores al diluvio y de la humedad de las lenguas humanas, y era elástico como ellas. Otros más sostienen que la paloma lo

aprendió todo del señor Temiqui, el sueño, porque en el sueño vemos todos los colores, y todas las edades son contemporáneas, los muertos viven y los vivos vuelan y parecen saberlo todo. Al fin y al cabo, el lenguaje es tan omnisciente y aleatorio como él.

Lo cierto es que algunos viejos campesinos mexicanos narran lo que Clavijero no llegó a consignar: que la paloma no hizo de inmediato el trabajo encomendado por los sobrevivientes del diluvio. Aunque aceptó de buen grado la tarea, consciente de que debía prepararse para ella, voló de acá para allá buscando preposiciones y adjetivos, nombres propios y conjunciones. Floja en gramática, le pidió a los árboles que le enseñaran el nexo entre la raíz y la copa, el sonido y el sentido. Fue hasta el mar y les pidió a las olas que le enseñaran a enrollar y desenrollar las ideas que toda lengua tiene; viajó a la selva, que había renacido tras el diluvio, y le pidió al quetzal que le enseñara sustantivos y adverbios. Allí donde iba, la paloma procuraba aprender el lenguaje de las cosas y de los seres visibles e invisibles. Una vez que hubo recogido tantas palabras como granos de cacao tienen cien mil frutos, emprendió el regreso, pero a medio camino se detuvo en seco, aterrizó sobre una roca negra y se dijo: «Me estoy olvidando de lo esencial: las personas del verbo».

Entonces volvió sobre sus rutas, preocupada por lo que dirían Coxcox y Xochiquétzal al comprobar que sus hijos e hijas aún eran mudos. En un claro vio a una mariposa de las que llaman macaón, que era negra, amarilla, roja, azul y naranja. Se le acercó y, tras saludarla, le preguntó:

—Tú, que como yo vuelas de acá para allá, ¿tienes idea de cuántas son las personas del verbo? Y si acaso lo ignoras, ¿sabes quién puede enseñármelo?

—Te lo enseñaré a condición de que no le cuentes a nadie que he sido yo la que te confió el secreto—dijo la macaón, parpadeando—. Yo es el que habla, tú el que escucha y él el tema de la conversación. Yo es el que crece, tú el que profundiza y él el que aprende. Yo es el corazón, tú la mano y él los ojos del lenguaje.

—¿Y cuando hay más de tres seres juntos?—quiso saber la paloma.

—Nosotros es la familia del yo—respondió la mariposa, revoloteando alrededor de la paloma—, vosotros los hermanos del tú, y ellos, ellos son los demás.

Dicen, pero es improbable que accediera a ello, que la paloma invitó a la

mariposa a que la acompañara y le ayudara a enseñarles a hablar a los hijos de Coxcox y Xochiquétzal. A las mariposas no les gusta demasiado el bullicio y, al revés que a la paloma, lo doméstico les parece menos interesante que la vida libre y despreocupada. En cada paloma vibra el deseo de un nido, y en cada mariposa la simple, solitaria ambición de un néctar.

Cuando los descendientes de Coxcox y Xochiquétzal aprendieron a hablar y sus lenguas se separaron, solicitaron de la paloma que hiciera de mensajera entre ellos. Para entonces, la mariposa ya había vuelto al sol, su casa de fuego.

AL AZAR DEL VUELO

Flecha de Oro, que fuera uno de los emperadores de la dinastía T'ang, reputado ornitólogo y ajedrecista, Jian Chin o Flecha de Oro amaba la casual disposición de las hojas del otoño en los jardines y los dibujos geométricos de las arañas en los rincones oscuros de su palacio de verano. Hombre exquisito, conducía sus placeres íntimos de una manera hartamente singular: una vez dispuestas sus esposas, concubinas y favoritas en el Pabellón de los Perfumes, cada atardecer, cuando canta la oropéndola y los relojes de agua se oscurecen, hacía venir a sus secretarios con jaulas de mariposas a las que una suavísima música de cuerdas liberaba en grupos de veinte o cincuenta ejemplares. Había danaidas, piérides y ninfálicas, además de melitaeas ocreas del Pamir criadas en los huertos imperiales. Aunque había bastante luz en el pabellón como para que las aladas criaturas se animaran a orientarse, cuatro o cinco faroles rojos con el ideograma *fu* de la felicidad pintado en su centro agregaban al lugar un temblor sutil y misterioso. La inminencia del amor tornaba laxa y redonda la hora.

Las mujeres adoraban y detestaban a un tiempo ese ritual previo al afortunado destino de una o dos de las presentes, según fueran las fuerzas del Hijo del Cielo. Como nadie sabía, por anticipado, en cuál de las doncellas se posaría la primera mariposa determinando así la elección del emperador, la suspensión de los alientos duraba hasta que los insectos detenían su vuelo atraídos por algún perfume o por el leve almizcle de un sudor. Tanto confiaba Jian Chin en sus mariposas y en el valor del azar, que solía comenzar las caricias y los besos por el sitio en el que se había posado la electora.

—¿Por qué hará esto?—protestaban algunas concubinas.

—Su discernimiento, en materia amorosa, es tan pequeño como el de las criaturas de las que se sirve—decían las menos afortunadas.

Sucedió una vez que una concubina de Lob Nor, cuya familia cultivaba setas en boñigas de cabra, una hábil muchacha de pómulos altos y senos mínimos, se las ingenió para atraer sobre sí a las mariposas que los secretarios del emperador soltaban con puntualidad cada tarde. Cuatro fueron las ocasiones en que no una sino tres mariposas buscaron su frente y rozaron sus axilas antes de posarse en su cabeza. Aquella repetición agradó a Flecha de Oro, pero molestó al resto de las mujeres y a los secretarios, ya que cuando el azar se repite deja de ser lo que es y viola, convirtiéndose en ley, lo aleatorio del devenir.

En la segunda noche compartida la curiosidad abrió la boca del emperador:

—¿Cómo haces, cómo haces para que las mariposas vayan a ti?

—El secreto, mi señor—respondió la concubina de Lob Nor, una región de fríos lagos azules junto a los que prosperan los albaricoques y las ciruelas hijas de la noche—, el secreto estriba en que guardo trozos de frutas que dejo pudrir y macerar junto a mi lecho. De niña aprendí que las mariposas aman los fermentos y la putrefacción, de modo que me unto con esos aromas para atraer su atención.

El emperador se incorporó asombrado y le miró los pequeños senos. Después, tomándole la barbilla, le dijo:

—¿No esperarás que me crea tamaño absurdo, verdad?

—El Hijo del Cielo confía en el azar—respondió la doncella—, yo confío en mi experiencia. El Hijo del Cielo confía en las alas, yo en el apetito.

—De acuerdo, de acuerdo—dijo, impaciente, Flecha de Oro—. Pero ¿por qué amarán más el fin de las frutas que el néctar de la flor que les dio su volumen?

—Las setas que mi padre cultiva crecen en el estiércol, majestad—contestó la muchacha—. Es probable que el aspecto más exquisito de la belleza consista en posarse sobre el horror.

Al sonar el primer gong del alba, Flecha de Oro miró a la mujer que dormía a su lado y, tocándole el flanco, comprendió que le haría un hijo. El padre cede los ojos, dicen los sabios en genealogías y herencias; la madre, la inteligencia con que miran.

DE LA CIANOSIS AL CIELO

Cuando el padre salesiano Stefano da Gioa llegó a la zona guayano-amazónica en la que pasaría el resto de su vida, tenía poco más de treinta años. Era un hombre silencioso y delgado a quien, mientras cursaba cuarto año de medicina, unas fiebres altas le provocaron en cuestión de días la crisis espiritual que lo enfrentó con su destino. Para redimirse, y tras unos años de estudio, buscó lo remoto. Para curarse de un pequeño amor escogió uno más grande, el de Jesús. Lo remoto estaba en Sudamérica, el gran amor en todas partes y en todo tiempo. Había leído en H. L. Roth que los indios cubeo, entre quienes vivía, consideraban a la mariposa *Morpho* de grandes alas azules un ser peligroso, una criatura que obedecía a los brujos y al espíritu del mal. Al preguntarle el porqué de esa creencia a un anciano, éste le respondió que cuando se cruzaban con ellas la respiración se les hacía más difícil y los rostros no tardaban en oscurecerse, contagiados por el azul de sus alas. A partir de ese momento, bastaban días o a lo sumo un mes para que el pobre que había visto una *Morpho* sucumbiese entre jadeos, con los ojos desorbitados y las manos frías.

Stefano da Gioa investigó el tema descubriendo que, en casi un noventa por ciento de los casos, la enfermedad contraída era una suerte de cianosis que cursa, precisamente, con una coloración azul o lívida en la piel y en las mucosas, debida, en parte, a ciertas anomalías cardíacas, provocadas a su vez por una insuficiente oxigenación de la sangre. Aunque hereditaria, esa enfermedad suele cebarse más en los hombres que en las mujeres, razón por la cual, y entre los cubeo, éstas las temen menos e incluso piensan, al verlas volar, que son las almas de las doncellas muertas en parto, creencia que—respecto de las mariposas—también tenían los antiguos aztecas. Atrevido, valiente, el salesiano se propuso atenuar la incidencia de la cianosis entre esas

gentes, para lo cual encargó a los amigos de su orden que le enviaran grandes cantidades de vitamina C, remedio que, como se sabe, fija en sangre más oxígeno del habitual. Pasaron seis meses, llegaron las lluvias y con ellas algunas islas nuevas, guacamayos felices y flores violetas en las copas de los árboles. Creció el número de capturas en los ríos, volvieron las sonrisas, y al disminuir el número de cianóticos crónicos a quienes había administrado vitamina C, Stefano da Gioa se propuso transformar el odio y el rechazo por la *Morpho* azul en admiración y afecto.

Había observado, para entonces, que las mariposas aman embriagarse casi tanto como los hombres, yendo, como van, de los recipientes de cerveza al alcohol que fermentan las bayas caídas, para acabar dando tumbos y perdiendo toda noción de vuelo. Procuró que su propia embriaguez no llegase al extremo de impedirle razonar, y se acostó cuan largo era junto a las calabazas visitadas por las *Morpho*, pretendiendo, después, haber sostenido un diálogo con ellas que acabó en risas y lágrimas de gozo.

—¿Qué te han dicho?—le preguntaban, inquietos, los cubeo.

Si fue difícil hacerles comprender que las pastillas de vitamina C eran las responsables de parte de su mejoría en la cianosis, más fácil les resultó aceptar la historia que les contó Stefano apelando, para ello, a un mito de su propia creación.

—Dicen que ningún brujo las manda—comentó—, que vienen de lo más alto del mediodía, de allí donde el aire es más puro. Su padre se llama Claridad y su madre Agua, y quieren ser amadas como el más pequeño de vuestros hijos. El día en que dejéis de temerles será también el de la transformación de vuestro miedo en confianza. En la región de la que proceden crece el Naranja Feliz, y éstas son sus semillas. Me las han dado para que vosotros lo cultivéis aquí.

Y así fue como las mujeres, las mujeres antes que los hombres, aceptaron las semillas con que Stefano les obsequió, de modo que la vitamina C que consumieron de ahí en más no provino únicamente de las pastillas que ingerían sino también de los frutos que, con el tiempo, el Naranja Feliz, custodiado por las mariposa *Morpho*, puso al alcance de sus sorprendidas manos.

LA HORA DE LAS FEROMONAS

Con el fin de atraer y seducir, los seres humanos aprendieron el arte de la perfumería de las flores, de los animales como el ciervo almizclero y la ballena, de la madera y de las semillas de anís. En cuestiones de amor, el olfato es más decisivo que la vista: actúa incluso cuando no hay luz, huele lejanías y progresiones, fragancias allí donde la brisa se ha detenido a descansar apoyando sus invisibles flancos en un río o un manantial. Las mariposas, por su parte, inyectan en sus cartas de feromonas uno de esos perfumes primitivos e irresistibles mediante los cuales hembras y machos intercambian preámbulos de danzas y promesas de antenas que se frotan. Lo curioso, lo extraordinario, es que entre las mariposas diurnas sea el macho el que secreta el aroma del amor, mientras que entre las nocturnas es la hembra la encargada de hacerlo.

El arte de la perfumería tiene horarios predilectos, horas para recoger el jazmín y la rosa, generalmente al amanecer o a la hora del crepúsculo, cuando Venus, la estrella de la pasión, es bien visible. No sabemos con exactitud por qué, como no sea por la correcta proporción entre la humedad ambiente, la gravedad y la velocidad del viento. La lluvia es enemiga de las feromonas, ese alfabeto de deleites que las mariposas descifran desde distancias inauditas. La lluvia y también un exceso de sol, porque sus rayos disipan el olor antes de que haya alcanzado la altura suficiente como para viajar a gusto. Al encontrarse, macho y hembra se sorprenden de sí mismos, y es entonces cuando las antenas, como el tacto entre nosotros los humanos, transforma espacio y volumen en blanco preciso del deseo. Ella mantiene las alas plegadas, tímida amante en su horqueta de discretas ramas; él, en cambio, se pavonea y vuela de atrás para adelante y de arriba hacia abajo emitiendo ultrasonidos que, imaginamos, son poemas en lengua lepidóptera, versos que

proceden del fondo oscuro de los bosques, reminiscencias de helechos y hojarascas. En todo caso, la irradiación perfumada de feromonas prosigue un tiempo, hasta que el acoplamiento—que puede durar minutos o, incluso, horas—, los enlaza por el último de los segmentos corporales y cada uno de los amantes mira en dirección contraria, permaneciendo cola contra cola en un estado que va del gozo a la atención extrema, del éxtasis al anonadamiento. Posibles víctimas de un depredador, de ese modo las mariposas se cubren mutuamente las espaldas. Para salvarse podrían volar enlazadas, pero preferirían no tener que hacerlo, ya que es en el reposo cuando el amor mejor engarza sus dones.

Algunas especies prefieren mantener las alas abiertas durante la cópula, otras plegadas y otras más optan por un temblor que nos recuerda la felicidad de ciertos espasmos y jadeos. Ella piensa, si acaso lo hace, en la planta sobre la que depositará los huevos, sueña verdores y tallos, mientras que él se mantiene atento al perfume cercano de otra posible amante. Ella calcula, *a priori*, el área o el perímetro de la zona en la que sembrará el futuro de su especie. Él no siente más estímulo que el vacío generado en sus pequeñas entrañas. Que para las mariposas el olfato es superior al mundo que le revelan sus omatidios lo demuestra el frecuente dimorfismo que confiere a los machos una apariencia muy distinta a la de las hembras. De confiar en los ojos, el error podría serles fatal. Por tanto, es en la difusa esencia de las feromonas que los amantes inminentes cifran su encuentro. A veces, y para que éste pueda cumplirse, se arrastran peligros de espinas y de picos voraces, se viven persecuciones y ataques. Es mejor llegar con un ala trunca que no llegar; es mejor fenecer en el viaje hacia una felicidad efímera que no alcanzarla nunca. Sobre el amor entre las mariposas, escribió el poeta chino Wang P'u:

Vuelven al tallo del que han huido
impulsadas por el dolor del corte,
y eso es todo el amor:
una herida que nos cura.

Si nuestro hueso esfenoideas no tuviera forma alada, verdad que los chinos denominan *tie ku*, ‘mariposa-hueso’, podríamos pensar que entre su amor y el nuestro no hay nexo posible. Pero también para nosotros el amor es una herida que nos cura, un «cauterio suave», que decía san Juan de la Cruz. A veces, es

cierto, demasiadas heridas no admiten más cicatrices, y volamos sin destino hasta desaparecer fundiéndonos con la línea del horizonte, aire en el aire disueltos.

LAS FIESTAS DEL MAÍZ

La niña recibió de manos de Poli Mana, la Muchacha Mariposa, una *kachina* de madera que la reproducía. A lo largo de todo el año agrícola, y en el calendario de los hopi, el maíz es el gran protagonista, y los hombres y mujeres sus celebradores. En sus fiestas y ritos el disfraz lo abarca todo, el mundo se vuelve de juguete y los actos de los seres humanos divierten por igual al polvo y al sol. Aquél era un día grande, pensó la niña, el día en que los danzarines del Clan de la Mariposa se disponían a bailar su *bulitikibi*, la ronda que les es propia, pues la primavera estaba a las puertas del poblado y había que favorecer las lluvias y su cortejo de brotes tiernos. Pipho, Pluma Redonda, que así se llamaba la niña, se había atrevido a espiar los preparativos oculta tras los graneros. Vio a Poli Taka, el Hombre Mariposa, bajar cabeza abajo de una de las terrazas, y le asombró que no se cayera. También vio a Poli Sio Hemis, la *kachina* mariposa de los zuni invitada para la fiesta y de la que no se podía saber si era macho o hembra, vieja o joven, tan pintada iba.

El suelo estaba sembrado de granos de la cosecha anterior, de las casas colgaban panochas secas y cientos de barbas de maíz ondeaban al viento. Pipho, Pluma Redonda, famosa entre los de su edad por el racimo incesante de preguntas que salía de su boca, no pudo, esta vez, disfrutar tranquila de los colores y los ritmos de la danza, pues quería saber por qué los payasos rituales, incluidos los disfrazados de mariposas, accedían a la fiesta tras reunirse en las terrazas y acomodar la escalera que los bajaría al mundo de los seres humanos. Moverse con sigilo no era lo suyo, y su impaciente corazón le latía con fuerza mientras el grupo de danzarines de la *bulitikibi* se apiñaba en la plaza ¡exactamente como lo hacían, en el desierto, las sedientas mariposas amarillas tras la lluvia! El que danza, le habían dicho sus padres, llama con

sus pies a los minúsculos seres que habitan bajo tierra con el fin de que despierten y reciban con alegría las aguas erráticas de la primavera. Las fiestas propiciaban esa colaboración.

Más allá, asustando como siempre al público, estaban los que llevaban serpientes enroscadas en los brazos o sujetas entre sus dientes. Hervían los calderos con las viandas, y un flautista azul, con una joroba falsa, evocaba los primeros ancestros de los hopi. Con la *kachina* sagrada entre sus manos, Pipho se las ingenió para seguir los pasos de quien se la había regalado, Poli Mana, que en realidad se llamaba Palátala, Luz Roja del Amanecer, y era la madre de una de sus amigas. La risa había bajado de las bocas a los vientres, encantando a muchos y desconcertando a pocos. Los payasos y las payasas rituales eran grandes imitadores. Miraban a las personas y las copiaban como copian, los espejos de agua, los gestos que uno se atreve a mostrarles. Pipho, la niña espía, no contaba con el hecho de que también los graneros formaban parte de la fiesta: hasta ellos se iba a buscar panochas de maíz o bien para ofrecerles gotas de algún manantial sagrado. La descubrió Poli Taka, el Hombre Mariposa, quien no tuvo empacho en llevarla ante Poli Mana.

—¿Por qué me seguías, niña?—le dijo la bailarina mariposa a punto de subir la escalera hacia la terraza de los preparativos.

—Por curiosidad—respondió Pipho—. Me gustaría saber por qué los payasos bajan al revés las escaleras. La cabeza hacia la tierra y los pies hacia el cielo.

Poli Mana, la Mujer Mariposa, se quitó el tocado y pasó una mano por la frente húmeda. Estaba acalorada, y la presencia de la niña le recordó a su propia hija.

—Mariposas y payasos—dijo por fin—, payasos, mariposas y *kachinas* proceden de las nubes, y lo que para ti es izquierdo para ellos es derecho, y lo que para ti es derecho para ellos es izquierdo. La risa, como la alegría, es el revés del dolor. La risa es un rayo de sol entre dos nubes, la alegría un vaso celeste que no tiene límites, y nuestro trabajo un apoyo a la fuerza del maíz.

—Algún día—dijo Pipho—también yo bailaré.

—Algún día.

—Algún día también yo bajaré las escaleras sin temor a caerme.

—Algún día.

—Algún día—suspiró la niña al sentirse acariciada por Poli Mana, la

Mujer Mariposa—sabré contar los granos de maíz de las panochas, y entonces los números me serán tan preciosos como las palabras.

—Algún día.

—Sí—dijo Piphó—, algún día. Pronto.

EL CÍRCULO DE KAMA

En las afueras de Bombay, en un pueblo llamado Bandra, vivía un hombre sencillo que se ocupaba de la limpieza del santuario de Hanuman, el mono gramático. La gente lo estimaba a pesar de su silencio y de la escasa expresividad que denotaban sus facciones. Nadie lo había visto nunca en compañía de una mujer, y él tampoco las miraba. Un día cayó enfermo, y cuando su gravedad fue inequívoca, mandaron a llamar a su cuñada y a su sobrino para que lo cuidaran llenando de afecto sus últimos días. Cuando estaba en plena agonía, una mariposa blanca de la familia de las licénidas, tan pequeña como la uña de un dedo pulgar, vino a posarse en los labios del enfermo. Inquieto por esa aparición, su sobrino la apartó, pero el insecto volvió dos veces más al lecho del moribundo.

Hubo que cerrar las puertas y ventanas para que no regresase. Pero la alada criatura daba suaves golpecitos en el cristal queriendo volver a entrar, de manera que el sobrino del enfermo salió al jardín y comenzó a perseguirla con una rama, que la mariposa esquivaba una y otra vez. Así llegaron a las afueras del pueblo, entraron en un bosque de viejos bambúes, la luz blanqueando aún más las alas fugitivas, el sobrino seguro de estar haciéndole un bien al alma sufriente de su tío. Quienes vieron la cacería interrumpieron su labor, dejaron sus azadas o soltaron las riendas de sus bueyes calculando, mentalmente, cuánto tardaría el hombre en darle con la rama a la mariposa. Los monzones habían pasado ya, y el aire estaba húmedo y pesado. Por fin, tras una larga carrera, llegaron a los pies de un gran árbol en donde la mariposa, cansada, buscó apoyo para su delicado cuerpo.

El sobrino descubrió, en la corteza, dos nombres grabados a cuchillo, uno de los cuales era el de su tío y otro el de una mujer. Un poco más abajo, esta frase: «Ida con la sonrisa de la fiebre, la luz de tus ojos seguirá en mí». Era la

letra de su tío, que reconoció de inmediato pues solía escribirles de cuando en cuando. Al pie del árbol había un bol con agua y un ramo de flores silvestres. El improvisado cazador decidió dejar con vida a su presa, y al volver supo que su tío había muerto.

—Se detuvo en un viejo árbol—le contó a su madre—, en cuya corteza estaba escrito el nombre del tío y el de una mujer: Cayana.

—Era su prometida. Murió días antes de la boda—sollozó la hermana del muerto.

Tras la cremación, y mientras esparcían sus cenizas, un vecino del fallecido contó que cada día, con lluvia o sol, el hombre silencioso solía ir hasta ese árbol con el fin de dejarle unas flores a la memoria de quien fuera su prometida.

Al regresar, más tarde, a la casa del difunto, con una resignada sonrisa, la hermana dijo:

—Cuando él no pudo visitarla más, fue ella la encargada de venir a verlo.

—Las flechas de Kama, el amor—comentó el joven—, son las únicas que, disparadas con rectitud, acaban por dibujar un círculo.

EL PEREZOSO Y LAS PIRÁLIDAS

Son muchos los que en el Amazonas creen que el perezoso, peludo mamífero perteneciente a la familia de los bradipódidos, dormilón y lento, es en realidad una hamaca disfrazada o bien el viejo que, en el principio del mundo, inventó el artefacto para dormir. La analogía es fácil: ambos, animal y hamaca, cuelgan y oscilan a la hora de dormir. Entre todos los animales, el perezoso es el único que deja que ciertas algas crezcan en su pelaje y, más aún, la única criatura entre cuyos vellosos mechones anidan las larvas de las mariposas llamadas pirálidas. De costumbres saprófagas, estas larvas viven precisamente de las algas que cubren al perezoso.

¿Por qué habrán dejado, estas mariposas de hábitos crepusculares, su progenie a cargo del perezoso? Mejor dicho, ¿qué aspecto de esa decisión concierne a una y a otra especie y cuál es, en definitiva, el parentesco morfológico que exhiben sus respectivos hábitos? Algunos naturalistas sostienen que durante la noche el perezoso emite una suerte de «Ha, ha, ha» que, más que las sílabas de una risa, parecen los suspiros de placer de un soñador inveterado. Tal vez a las pirálidas les haya gustado su voz, o quizá, incapaces de dormir por causa de un insomnio antiguo, buscaran en su lentitud onírica la pauta de una relajación más honda. El perezoso come poco, y por tanto sus excreciones son espaciadas; las pirálidas, como ellos, aman la penumbra de la selva y las cuerdas de las lianas en las que se anudan misterios de alcaloide. Gris es el color que privilegian, y cuando llega el momento del amor, la hora de juntar alas y frotar pelos, se cuelgan cabeza abajo haciendo, con sus antenas, promesas tibias e insistentes. He aquí, por tanto, la semejanza: ¡el perezoso pende de sus patas y ve, en el mundo al revés, cómo lo que cae se suspende a medio camino entre el silencio y el crepitar de las cortezas! Tarde o temprano, el parásito acaba por tener un ligero parentesco

con el ser que lo acoge.

Allí donde la luz del sol no entra, o apenas si recorre con débiles rayos la maraña, pardos, negros y grises ignoran los verdores de la fotosíntesis. Allí donde la oquedad mezcla los tiempos y confunde las germinaciones, el perezoso recorre en días o meses lo que los monos visitan en minutos. Llegada la hora de salir de sus pupas, que ya no están en la piel del perezoso, las pirálidas buscan las ramas más secas para estirar sus sedosas alas oscuras. Sienten, ante la inminencia del vuelo, que el aire es cuna y desliz, perfume y distancia. Aunque lo quisieran, no pueden aparearse demasiado lejos del hábitat de los perezosos, no fuera a ser que sus huevos se quedaran sin hogar. Otra costumbre que las mariposas han aprendido del perezoso es dejar sus minúsculos excrementos en tierra, a diferencia de los monos aulladores que, como los pájaros, manchan hojas y ensucian por doquier sin pensar en los que habitan en el sotobosque.

No tiene prisa, el perezoso, por recorrer con sus largas garras la hojarasca. Tal vez piense que vive más quien menos se agita. Quizá ha llegado a saber que en las algas que alimentan a sus inquilinos, hijos de las mariposas crepusculares, un lejano y distante mar evoca su quietud.

UN RUMOR MARAVILLOSO

La primera vez que el trovador Jaufré Rudel oyó hablar de la princesa de Trípoli apenas había cumplido los diez años, en medio de una peste fugaz que se llevó con la misma velocidad bestias y hombres, dejando en el aire una mezcla de piedad y pavor, llantos y suspiros. Hacia fines de la primavera vio una cleopatra, esa dulce mariposa cuyas alas amarillas y naranja le hicieron imaginar el jardín oriental en el que se paseaba la princesa. Los cruzados que venían de ultramar—responsables, en parte, de la peste—traían en sus ojos desiertos y lirios azules, un fervor desconocido que la fatiga deslucía. Jaufré Rudel les preguntó si conocían y habían visto a la princesa de Trípoli y si el rumor sobre su maravillosa belleza era cierto.

Nadie responde esas preguntas a un niño, como no sea otro niño que está entrando en su adolescencia, mira al otro por encima del hombro y miente para viajar. El embustero le dijo que, en efecto, la muchacha era tan hermosa y seductora que las ramas de los árboles se inclinaban a su paso para proteger su tez en verano y, al revés, se retraían para que le diera el sol en invierno.

—¿Acaso la viste en su jardín de naranjos y limones?—preguntó el trovador, suponiendo que la mariposa cleopatra que había visto era, sin duda, un fragmento del paisaje que ya contenía su amor.

—No la vi—confesó el embustero, estirando su mano para que Jaufré le diese algo—, pero me contaron que irradia una tibieza aromática, hecha de una corteza que llaman canela, agua de rosas y menta, y que siempre lleva, en la cabeza, una diadema de jazmines vivos.

El trovador le puso una gastada moneda en la mano, y el embustero se marchó convencido de que, con frecuencia, la mentira es mucho más elegante que la verdad y también más convincente. Jaufré se tambaleó presa de una emoción nueva que le picaba a la altura de la nariz. ¿Cómo sería su rostro? Y

sus manos, ¿tendrían los dedos finos y largos o pequeños y oscuros? Cuando pensaba en su voz, de la que nadie le había dicho nada porque el rumor sólo mencionaba la belleza de la princesa sin especificar ni su edad ni el color de sus ojos, la imaginaba aguda, casi infantil, una voz de golondrina que deshacía nubes y atraía las burbujas de la lluvia. Vestiría sedas y calzaría, en su cálido clima natal, sandalias de cuero de cabra joven. Cantaría poemas en su lengua bárbara, y aceptaría la limonada que le ofrecerían sus criados.

En el Año del Señor de 1146, Jaufré Rudel partió en la segunda cruzada a las órdenes de su primo Guilhem de Talhafer, conde de Angulema. El fragor de los caballos, el ajeteo de los puertos y el quejido de los vientos no lo apartaron ni un instante de su obsesión por la princesa de Trípoli. Se figuró inclinado ante ella recitándole sus versos sin preocuparse de si los entendería o no, y una noche, en alta mar, le pareció que la luna dibujaba en las olas su cintura, y estuvo a punto de arrojar al agua para abrazar la proyección de su talle. Jaufré Rudel era un *gentils hom* de Blaia a quien el peligro le tenía sin cuidado, y el Santo Sepulcro le infundía respeto pero no devoción. Desde el día en que escuchara a los viajeros procedentes de Antioquía hablar de la doncella de Trípoli, toda la devoción de su mente la tenía ella, que sólo era un rumor maravilloso cada vez más cerca de transformarse en realidad. Cuando su arte alcanzó cierta madurez le compuso canciones y melodías, tan simples que hasta una mujer con voz de golondrina podía entenderlas.

—Cantas a quien no conoces en una lengua que no entenderá—le decían otros trovadores para burlarse de su fervor.

—Lo que cuenta es el aleteo—respondía Jaufré pensando en la mariposa cleopatra, que a más de evocar naranjas y limones tenía el nombre de una reina egipcia—, el vuelo de mi corazón en pos de su imagen.

Días antes de desembarcar, Jaufré Rudel enfermó gravemente. Dándolo por muerto, ya en Trípoli, lo llevaron a un hostel de ventanas verdes. Alguien le hizo llegar a la princesa la noticia de la llegada del trovador. Dejó el bastidor en el que bordaba una nave de velas del color de las violetas y se acercó al lecho de aquel que durante años la soñara. Se sentó a su lado y le tomó la mano derecha con su izquierda. Jaufré despertó y sonrió. Recuperó de inmediato la vista y el oído para constatar que la muchacha era aún más bella de lo que el rumor había difundido mar adentro. Agradeció a Dios el que le hubiera mantenido con vida hasta poder verla, y mientras sus compañeros de

cruzada se aprestaban a continuar su viaje aferrando con decisión los pomos de sus espadas, el trovador se entregaba desnudo a la muerte.

Antes de expirar le preguntó por el jardín de naranjos y limones, y ella le dijo:

—No existe, pero lo plantaré en tu honor para que cada primavera el azahar te recuerde.

La princesa hizo enterrar el cuerpo de Jaufré Rudel en la Casa del Temple, regresó a su domicilio y nunca más volvió a salir de allí. Cuando estaban a punto de dejar la ciudad, preguntó a los amigos del muerto cuál era el más agraciado de sus versos y lo estuvo repitiendo noche y día, día tras día, imaginando los labios del trovador. Nadie le explicó nunca lo que esas palabras querían decir, pero algo, en los primeros azahares de su jardín, parecía entenderlo.

LA SEÑORA DEL ENSUEÑO

Cuando llegó la primavera y el salmón saltó sobre las aguas, la abeja saludó a las primeras flores y la luz creció sobre los campos y las llanuras, la Señora del Ensueño también se despidió del letargo invernal. Al soltarse la cabellera, que casi le llegaba hasta el suelo, Luna Creciente, la Señora del Ensueño, hizo el primero de los gestos de su danza ritual. Afuera la esperaban mujeres y hombres ansiosos. Los niños, inquietos porque repartiría pequeñas panochas de maíz adobadas con miel, las madres esperando recibir el polen y los hombres, bueno, ¡los hombres con cierta envidia por aquel baile único del que no serían más que espectadores!

Luna Creciente tomó su abanico de plumas, ajustó su faja y revisó sus morrales. Era una mujer enorme, de pies planos y mirada plácida. Su propia hija le ayudó a ponerse las alas de mariposa y el vestido de resplandecientes turquesas.

Los ancianos anasazi la respetaban, y también los navajos, los apaches y los hopi, que venían a presenciar su danza. Se echó agua por donde habría de pasar, y las mujeres más viejas recordaron que antaño, cuando se escogía a la Señora del Ensueño, se tenían en cuenta la elasticidad de sus brazos, sus ojos y muy en especial su peso: debía ser gorda, bien plantada, feliz de carácter y generosa. Ahora seguía siendo así, pero las mujeres controlaban más su peso; ayunaban, caminaban más y con una endemoniada prisa que parecía provenir de los blancos. Tal vez, en el futuro, la moda y el hambre privaran a los humanos de la Señora del Ensueño.

Días antes de la ceremonia, Luna Creciente había salido a buscar una visión, a copiar, con atención y delicadeza, los movimientos de la primera mariposa que encontrara y de la que ella misma era, en cierto modo, su encarnación, la Señora del Ensueño.

La primera que descubrió fue una pequeña mariposa violeta, sobrevolando un hormiguero. Los antiguos la llamaban Párpado Loco por su velocidad. Eso indicaba que la danza debía de ser más rápida que nunca. Aunque el vestido era pesado, tenía que demostrar que su destreza y su voluntad podían con él; tambores y flautas acompañarían sus pasos al comienzo, pero luego sería su propia voz, sus jadeos, susurros, suspiros y gritos agudos, típicos de la Señora del Ensueño, los que recorrerían el espacio donde se la esperaba.

También proferiría palabras, siempre las mismas:

—He llegado, estoy aquí, he llegado, estoy aquí.

La Señora del Ensueño nacía, cada año, entre los reflejos azules de las nieves, en los picos de las montañas lejanas, y descendía con los hilos del deshielo despertando a las raíces. Un día llegaba a la casa de su encarnación temporal, le rozaba la mejilla dormida y entonces comenzaban los preparativos para la fiesta.

—He llegado, he llegado, estoy aquí—cantó Luna Creciente.

Llevaba un collar de crisálidas vacías y un sonajero, y también mocasines del color del polen. Agitaba su abanico de plumas, y todo el mundo sabía que, en ese momento, los pájaros distantes o cercanos acataban sus órdenes. Repartió dulces entre los niños, lo fértil entre las mujeres y la altivez y el orgullo de su rostro los reservó para los hombres. En su seno vivían el trueno y el mundo subterráneo, de sus huellas nacían los surcos de los campos que pronto serían visitados.

—He llegado, he llegado—repetía, agitando sus alas de mariposa, hechas de las más finas telas que podían encontrarse, revisadas y recosidas cada año.

La mujer no era joven, tenía parte de los cabellos blancos y muchas, muchas arrugas, pero aún era fuerte y se esperaba que bailase muchos años más. Podía tocar lo que quisiese, un vientre, un rostro, una mano. Así también era la primavera, una intrusa deliciosa, un derrame de colores y semillas voladoras acariciándolo todo. Por eso se la llama la Señora del Ensueño: porque flota entre la fría y cruda realidad de las noches estrelladas y el mediodía excitado de las avispas.

Sólo un día al año baila, el día en que el fuego debe esperar a que el agua y el polen se le adelanten, el día en que los hombres, rendidos de admiración, quieren ser tocados por aquella que concede vigor y mañanas de columnas rectas. Ese día, empero, es el día del que todos los demás extraen la gracia de

sus horas. Ese día, se dicen los niños que presencian la danza, no debería acabar nunca.

EL SELLO DE LA TRISTEZA

Para Issa, uno de los grandes maestros japoneses del haiku, a la fugacidad budista había que agregarle un punto del universo en el que confluían sílabas e imágenes si es que uno quería acceder, como él quiso, a ese pálido, dulce consuelo que es la belleza. Un punto transitorio pero significativo. Issa (1762-1826) creía que este mundo merece que disfrutemos de sus detalles a condición de que, acto seguido, estemos dispuestos a abandonar sin más nuestro gozo o nuestro dolor a la vera de los caminos. Pero Issa fue algo más que un poeta: oía el rumor de las olas en la distancia y, sin ver el mar, distinguía por su vuelo más de dos docenas de pájaros y se sabía de memoria los horarios de las flores; Issa era amigo de los mendigos y de los peregrinos, amaba oír historias en las posadas y leer, en el humo de las varitas de incienso, la dirección de las brisas. Issa coleccionaba naderías con las que luego tejía sus poemas, era un cazador de ángulos, un buscador de partículas de luz en las penumbras de los bosques de cedros. Con todo y disponer de esa preciosa atención, dueño de unos ojos límpidos y sinceros, no podía superar el sello de tristeza que veía en las cosas.

Issa solía decir que no hay un único maestro para muchas cosas, sino multitud de enseñanzas para atenuar una verdad inevitable: la pérdida. Todo nos indica impermanencia, el agua que se escurre, el crepúsculo que se apaga, la mano amada que dice adiós, la taza de porcelana que se rompe, el terremoto que ruge bajo nuestros pies, los heridos por una guerra que no entienden y los niños que, como él mismo, quedan huérfanos a edad temprana y se convierten en un papel arrugado que la madrastra arroja lejos. Ante todas esas pérdidas, ¿qué cosa es la poesía sino un monólogo compensatorio, un pequeño dique de suspiros puntuados por palabras que, semejantes a las cicatrices en la piel, apenas si aclaran el lugar de la herida? Un mediodía en que Issa caminaba por

el campo vio una gran mariposa piéride de alas negras a la que perseguía, sin éxito, un hambriento gorrión. La alada fugitiva parecía mareada por el susto, tanto que se golpeó contra una rama antes de desaparecer en las sombras de un jardín.

Issa se acercó a la rama y descubrió el rastro del polvo de sus alas. Suspiró emocionado y compuso este poema:

Agitada mariposa,
también yo estoy hecho
de un polvo que se desvanece.

Sólo que a él lo perseguía no un gorrión sino el viejo dolor de una infancia desvalida, la incomprensión de los parientes cercanos y la indiferencia que hallaba en las gentes que cruzaban su destino. Se casó tarde con una mujer a la que doblaba en edad, tuvo cinco hijos y la desgracia de verlos morir. Sobre esa pérdida escribió que no es mejor el destino del rocío sobre los pétalos de las rosas: algo tan grato como un rayo de sol acaba por llevárselo a lo invisible.

Issa compuso unos mil versos sobre animales e insectos porque a su juicio era mejor ser que no ser, volar un instante que no volar nunca. Hacia el final de su vida, una geisha, al reconocerlo, le sonrió. Incluso en la bondad de ese gesto estuvo presente la idea de que ella y él eran un polvo que tras aletear se desvanece.

COLOR, DOLOR Y TIEMPO

En las afueras de Nápoles la primavera es una fiesta cítrica en la que participan el mirto y el laurel, la rosa canina y las caléndulas. Beppo y su padre, el jardinero Giovanni, paseaban por el gran jardín del conde Parodi en cuya finca crecían araucarias y ágaves, especies locales y flores exóticas.

—¡Mira, padre!—exclamó Beppo.

Había visto una crisálida en el comienzo de su apertura. Temblando, un ala de la mariposa pavo real asomaba su perfil con dificultad.

—¡Cuánto le cuesta nacer! Ayudémosla.

—Imposible—dijo Giovanni—. Sólo ella conoce su tiempo.

—Pero está sufriendo, padece—insistió el niño.

El jardinero sonrió encogiéndose de hombros. Tenía prisa por llegar a la gran casa, donde lo esperaban.

—Ten paciencia, tarde o temprano acabará por salir. Hay tanta sabiduría en la fijación de su color como en el instante de su vuelo. Regresaré pronto.

—Pero...

Padre e hijo se separaron. Giovanni le dijo a Beppo que lo esperara allí y que de ningún modo interrumpiera el proceso de nacimiento de la imago. Era la primera vez que veía algo así, pero su progenitor ya le había hablado de ello, y también de las ardillas y los caracoles, los nidos abandonados y las plumas grises de las palomas. Beppo estaba inquieto, ansioso. A él, cuando tardaba en levantarse de la cama le tiraban de las mantas. ¿Y si ayudaba a la mariposa a salir de su crisálida? ¿Y si adelantaba su labor? Era tan evidente su esfuerzo como, pensó, su sufrimiento. Daba pena. Aquel nacimiento tan difícil quizá pudiese evitar parte de su tensión si acaso él...

El mediodía doraba las copas de los árboles. Los pájaros se ufanaban ante

la inminencia de sus amores. Beppo aguantó todo lo que pudo su impulso, se mordió los labios y mantuvo los ojos fijos en la crisálida, pero el ala tardaba tanto en salir que decidió participar en su emergencia, de modo que acercó su mano a la criatura que estaba por nacer y tiró de ella para descubrir, al sacarla del todo de su pupa, que los colores cesaban a partir de un punto revelando una superficie gris y deforme. Inacabada.

Cuando llegó su padre, el niño lloraba. Levantó el puño que encerraba a la mariposa agonizante y Giovanni supo de inmediato lo que había hecho.

—Te dije que ella sabía el tiempo que le llevaría la formación de su color. Cada mariposa conoce la medida de su esfuerzo y el instante de su vuelo. De este modo no has apurado su nacimiento, sino su muerte.

—¡Lo siento!

—Ayudar es bueno cuando te lo solicitan, nunca antes.

—Nunca antes—repitió Beppo, secándose las lágrimas con el pañuelo que le tendía su padre.

HAMADRYAS

Que los entomólogos sepan, sólo hay una especie de mariposas, las Hamadryas, que hace ruido al volar. Se trata de un característico repiqueteo que es producido por un mecanismo especial que tienen en sus alas, y que sólo en determinadas ocasiones suena.

Decidido a grabar ese sonido, el biólogo francés Luc Dubois viajó a la región de las cataratas del Iguazú con el fin de estudiar a la *Hamadryas arethusa*, que es negra con motas de un celeste pálido y pertenece a la familia de las ninfálidas. Le precedía, en el tiempo, el médico alemán Hans Drunken, quien escribió, en su obra *Exotische Schmetterling* (Berlín, 1920), que su voz o repiqueteo recuerda el crujir de las hojas del castaño en otoño. Lo percibió una mañana soleada en las afueras de Misiones, Argentina, y para el alemán, que murió de tuberculosis en 1935, aquella audición fue el momento más revelador de su vida como amante de las mariposas. En honor de su predecesor, Luc Dubois llevaba en su mochila hojas de castaño de la región de Burdeos.

Suponiendo que el citado repiqueteo era una suerte de llamado amoroso, un anuncio sexual, el francés empleó durante semanas y como reclamo el sonido de las hojas al frotarse, pero ninguna mariposa se detenía cerca de él o buscaba su compañía. Por fin, el mismo día en que olvidó entrechocar las hojas secas, Luc Dubois lo oyó y pudo grabarlo con un micrófono para ultrasonidos, pues la mariposa pasó y volvió a pasar a su lado emitiendo su peculiar y asombroso repiqueteo, y el joven biólogo le dio las gracias. Esa noche, excitado, anotó en su diario de campo las circunstancias del suceso. Consignó la hora, la temperatura, los rasgos principales del paisaje y muy en especial la acre fragancia de la hojarasca húmeda. Como la mayoría de las ninfálidas, la *Hamadryas arethusa* se alimentaba de fermentos, exudaciones y

frutos caídos. Hubo de descartar la teoría del llamado a la hembra porque sólo vio, en las inmediaciones, ejemplares de otra clase. Tampoco le pareció el sonido, una vez que lo amplió para escucharlo, semejante al de hojas que se frotan. Eso indicaba que Hans Drunken se había equivocado o bien que, y tal cosa era bien posible, la mariposa en cuestión emitía más de un tipo de repiqueteo. ¿Acaso mirlos y mosquiteros silbadores, calandrias y zorzales, ruiseñores y verdecillos no varían sus cantos según les induzcan a ello la luna o el sol?

A la hora del desayuno, en el modesto hotel en el que se encontraba, Luc Dubois solía saludar a una indiecita de andar sigiloso que le servía. Se llamaba María, y era de un poblado cercano al sitio de su grabación del repiqueteo.

—Escucha—le dijo, llamándola a su lado—. Escucha: este ruido como de papel que se arruga, o de corteza que se frota, lo produce una mariposa de tu tierra.

El francés no cabía en sí de orgullo; su viaje parecía coronado por el éxito. La comunidad de entomólogos tendría ocasión, en algún congreso próximo, de intentar un descifrado más exacto del repiqueteo.

—¿Cómo era?—le preguntó con timidez la indiecita.

—No muy grande, negra y con motas celestes en las alas superiores e inferiores, además de una franja marrón entre ambas.

—Mi tío Eulogio Varela—sonrió María—sabrás seguramente lo que dice esa mariposa.

Perplejo, Luc Dubois no supo qué contestar. Al cabo de un minuto, afirmando su profesionalidad, dijo:

—Es un simple ruido, María, no un lenguaje.

—Pues hágaselo escuchar para salir de dudas.

Escéptico, el entomólogo francés le pidió la dirección, y la muchacha se ofreció a acompañarlo esa misma noche. Brillaba la luna sobre los palos borrachos cuando llegaron a la casa de Eulogio Varela. Luc le llevó de regalo tabaco y cerveza. La pobreza del lugar no era ofensiva, el hombre vivía solo. Bebieron y fumaron, y Luc le mostró un dibujo de la *Hamadryas arethusa* antes de hacerle escuchar la grabación de su famoso repiqueteo.

—Bueno—sonrió por fin Eulogio Varela—. Algunas se entienden y otras no.

—¿Y ésta, qué dice ésta?—inquirió el francés, dispuesto a oír lo que fuese.

—Dice: «La lluvia escribe adiós con dedos de agua».

Hubo tres sonrisas. La de María y su tío Eulogio, de triunfo; la del entomólogo francés, de plácida incredulidad. Nada probaba que aquello fuera cierto, ni tampoco falso. Volvieron a fumar y a beber. La despedida fue cortés, y Luc la coronó con un poco de dinero.

Al alba, en el hotel, lo despertó la lluvia. La muchacha morena dormía a su lado con una ancha sonrisa.

«La lluvia escribe adiós con dedos de agua», se repitió el francés en su quebrado español.

Tal vez Eulogio se refirió a otra cosa, igualmente cercana y misteriosa. Quizá—de considerar huellas y señales—no sólo los seres humanos escriben, hablan o piensan. Aquello no era ciencia sino fantasía, suspiró el entomólogo. Menos exacta, pero más recurrente.

EL PEINE DE LALIQUE

Hacia 1900, cuando ya la fama del diseñador René Lalique se expandía por los cinco continentes y tanto sus joyas como sus muebles, sus floreros y sus vitrales eran admirados y codiciados por la alta burguesía, le fue solicitado un peine y un cepillo de tocador labrados en carey o concha de tortuga por un industrial que tenía una hija autista de exquisita belleza. Se creía, por entonces —y hay quien lo cree aún hoy—, que las tortugas confieren serenidad, salud y larga vida, por lo que emplear su caparazón mejora nuestra suerte.

La muchacha autista se llamaba Jeanne, tenía unos enormes e inexpresivos ojos azules y una cabellera de color rubio ceniza que le ondulaba hasta la cintura. Lalique sólo la vio dos veces, la primera cuando acompañó a su padre a formular el pedido, y la segunda cuando se probó, en presencia del artista, el peine o peineta con la ayuda de su mucama. El objeto tenía grabadas, en relieve, cuatro mariposas cuyos cuerpos eran de plata incrustada con piedras preciosas. Lalique pensó, al diseñarlas, en las limoneras de su infancia, del color del azufre, o en las flores de la mimosa, que se alimentan del espino cerval y vuelan en junio y en septiembre, pero dejó de lado los cuatro puntos pardos que adornan sus alas superiores e inferiores porque la textura irregular del carey los hubiese reflejado mal. Tanto le gustó esa pieza que mandó confeccionar otra de cuerno, pálida como la miel más pálida y del mismo tamaño.

Tras un tiempo de usar la peineta, Jeanne comenzó a mostrar cambios positivos en su carácter: parecía menos ensimismada, cantaba en voz baja canciones indescifrables y el tono de sus cabellos se volvió más dorado. Dejó, incluso, de lado los monosílabos y los gruñidos. Acompañaba a sus padres y a sus hermanos en los paseos dominicales, y repetía el amén de las misas con soltura e intensidad. Debido a su enfermedad, su adolescencia se había

prolongado más allá de lo previsto, sus familiares la mimaban y seguían sus movimientos en la casa apartando de su paso cuchillos, objetos punzantes y también dulces, porque Jeanne los robaba y engullía con una velocidad pasmosa. Esperanzado por los signos favorables que veía en su hija, el industrial quiso saber si la peineta de Lalique era mágica y si, de usarla su mujer, mejoraría su taciturno carácter, así que se la quitó a Jeanne y, durante unos días, le sugirió a su esposa que la usase. Pero como no sucedió nada digno de mención, devolvió la pieza a su dueña.

Entretanto, el cuerpo de Jeanne floreció. Sus sentidos se abrieron, dejó de comer dulces y comenzó a leer asombrando a todos por su memoria. Su padre, que no dejaba de pensar en la peineta o peine de Lalique, le preguntó al artista si acaso creía en la magia simpática. Cruzó por su mente la idea de que la mejoría de Jeanne se debía al genio del diseñador.

—Los antiguos chinos—respondió Lalique—sostenían y todavía sostienen que la mariposa o *hu-tieh* es una flor sin tallo, y que allí donde se posa, hoja, roca o rama, el universo se abre para que sus corrientes de simpatía se mezclen y prolonguen. Ignoro si mis mariposas de carey han sido benévolas y auspiciosas con Jeanne, pues lo que a unos despierta a otros adormece, lo que a pocos favorece a muchos deja indiferente.

—Entonces—dijo el industrial—, si no son sus mariposas, es el carey de las tortugas.

—Quizá—suspiró Lalique—. La superstición ayuda cuando el resto de creencias falla.

—¿Por qué lo dice?

—Simplemente porque es lo que sobrevive a todo escepticismo.

Un año más tarde, normalizada por completo la vida de Jeanne, su madre descubrió que ésta solía peinarse, todas las noches y antes de dormirse, largo rato con el objeto de carey fabricado por Lalique. Al comunicárselo a su marido, éste volvió a ver al artista para narrarle ese hecho.

—Es probable que el peine le conceda, noche a noche, el resto de caricias que le faltaban para crecer—dijo el artista.

—Entonces—comentó el asombrado industrial—no son las mariposas ni el carey, sino sus propias manos, las responsables de su extraordinario cambio.

Lalique le sonrió, abrió sus brazos en señal de perplejidad y respondió con una pregunta:

—¿Acaso no es mejor, mientras esperamos lo que nos falta, concedernos a nosotros mismos lo que creemos merecer?

LA VANESA ATALANTA Y LA ORTIGA

Al principio, tan al principio que las cosas no tenían nombre y las especies jugaban a buscarse, encontrarse o perderse de vista, la Vanesa era la fácil víctima de los pájaros y las lagartijas. Abría sus hermosas alas al sol, exhibía sus colores lacre, negro y blanco a la ávida luz de la mañana y, no bien lo había hecho, un pico o una lengua sorprendían su éxtasis, porque no hay momento más laxo y frágil para esta exquisita mariposa que mostrarle al sol sus dibujos a cambio de una tibia caricia, ni peor instancia que el reposo para ser sorprendida por sus enemigos. Sufriendo amenaza tras amenaza, le era imposible sembrar sus huevos con calma en las nervaduras de las hojas.

Sus días sobre la tierra hubieran sido pocos de no ser por la ortiga, que le ofreció cobijo y alimento para sus larvas a condición de que la tocara, tan despreciada se sentía la pobre a causa de sus urticantes y diminutas agujas.

—Ven, ven a mí—le dijo—, tú que bailas entre el color de la tarde que se apaga y el tejido de la sombra a ras del suelo.

Agitada tras salvarse de un reciente picotazo, la mariposa dirigió sus múltiples ojos a la ortiga y le confesó:

—Los peligros que afronto son mayores que mis goces, así que aceptaré tu invitación.

Y fue así como la cáustica ortiga y la temblorosa Vanesa sellaron una alianza: la primera daría cobijo a la segunda con tal de ser visitada por alguien, aunque eso le costara, después, ser el alimento de las orugas descendientes de su huésped. ¡Nada, en la vida, puede sustraerse al intercambio! La seguridad es un sueño que se resiste a despertar y hay, allí donde se mire, más fugas que quietudes.

Una fina hoja de gramínea que había escuchado el diálogo entre la ortiga y

la Vanesa, al ver que al poco de esa alianza las orugas de la mariposa devoraban sin piedad la planta que las sostenía, le dijo a la anfitriona:

—¿No te duele que paguen tu hospitalidad con mordiscones?

La ortiga expandió un poco sus hojas y respondió:

—Les cedo, como defensa, el mismo rechazo que aleja a mis enemigos, y todo a cambio del aleteo de su madre, pues unos instantes de hermosa compañía bien valen largos días de soledad y desprecio.

Los invisibles archivos del viento conservan, para quien sabe leer en ellos, la proclamación feliz de la Vanesa, la cual, al verse bien protegida por la ortiga, difundió a diestra y siniestra la noticia de que es posible, en este mundo, hallar afinidades y apoyos. Amistades de hoy para la continuidad del mañana.

Fue así como, haciéndole caso a la Vanesa, la antiope halló la gracia de sauces y álamos, la prótea se hizo amiga del lúpulo y la lobito marrón encontró refugio en los zarzales.

«La felicidad del hallazgo juega a las escondidas con el desastre de las pérdidas—pensó la mariposa antes de morir—. No siempre gana, pero es libre de escoger su mejor refugio».

LUNA DE LA INDIA

En la corte de un rey del Rajastán se convocó un torneo de sabiduría para ver quién ocuparía el puesto de vigilante de la Torre de las Mujeres, fortaleza que albergaba a las esposas del soberano y a sus muchas concubinas. Los enigmas a resolver eran tres: por qué las hormigas van en fila, por qué el viento estría las nubes y por qué la mariposa llamada Luna de la India es verde como las hojas jóvenes. Únicamente un hombre, o mejor una mujer sabia, podía hacerse cargo de la Torre de las Mujeres, alguien cuya memoria rozara el prodigio, una persona que resistiera bien el sueño y cuya conducta fuera impecable.

Vinieron de Bikaner, de Jaipur y de Agra. Eran peluqueros, pastores, planchadoras, pescadores, herreros, cantantes y hasta adolescentes cuya única virtud era el atrevimiento. Uno dijo que las hormigas caminan en fila para proteger mejor sus flancos y cantar mientras avanzan; otro que el viento que estría las nubes tiene forma de peine, y otra más que la mariposa nocturna era verde por ser hermana de la luna que se mira en el agua.

—¿Y cuál es esa luna?—quiso saber el rey, observando con atención a la mujer que había hablado. Su sari azul era del mismo color que la tarde que entraba en el palacio por el oeste.

—La luna que se mira en el agua—sostuvo con una sonrisa de grandes dientes la mujer, que se llamaba Aliga, era hilandera y procedía de Kanpur— es la luna que visita los estanques donde crecen los nenúfares y custodia pétalos y peces. Cada vez que se inclina a mirar su reflejo, surgiendo de las hojas, su hermana la mariposa le dice: «Dile a nuestro padre el sol que a pesar de mi exilio aún lo amo».

La corte entera quedó, al oírla, tan perpleja que los que estaban sentados se pusieron en pie y los que estaban de pie se sentaron. Se veía de lejos que Aliga era sagaz y rápida, pues cuando dijo que las hormigas caminan en fila

para labrar sus rutas y reconocerlas luego, todo el mundo asintió; y cuando comentó que el viento estría las nubes no porque use un peine sino porque posee la hoz de los cielos que separa las estaciones y corta las tormentas, todos prorrumpieron en un «Oh» de admiración. En cuanto a la Luna de la India...

—¿Por qué razón—indagó el rey—la mariposa verde, que según tú es hermana de la luna, está en el exilio?

—Por ladrona.

—¡Ladrona!—gritó la corte entera, echándose a reír.

—¿Y qué fue lo que robó?—volvió a intervenir el rey.

—Un poco de algodón del cojín del sol.

—¡Algodón!—rio, esta vez con más estruendo, la corte.

—No veo el motivo ni la razón por la cual, y según tu historia, el que un hijo le robe a su padre un poco de algodón—dijo con seriedad el rey pensando en sus propios vástagos—deba ser castigado con el exilio.

—Es que hubo algo más—sonrió Aliga la hilandera—. No bien supo que vendría desterrada a la tierra, la mariposa también se trajo las cuatro caras de su hermana Luna para orientarse en el tiempo, y al descubrirlo fue ésta la que le pidió a su padre que no la dejara volver al cielo.

Había que tener el arte narrativo de Aliga para seducir como ella lo hizo, empleando sus manos y sus suspiros con suave, gentil flexibilidad. Percibiendo en el aire que el rey ya no les prestaba ni les prestaría más atención, los demás concursantes renunciaron a favor de la hilandera de Kanpur, la fuerza de cuya inteligencia había anulado la suya. Se disponían a marcharse cuando un gesto del rey los detuvo. El monarca se puso en pie y habló:

—¿Puedes darnos una prueba de lo que dices? La mentira desfigura, a la larga, la boca del mentiroso.

—Dentro de un rato oscurecerá—dijo la hilandera—. Que los ayudantes del rey busquen a la Luna de la India y la traigan aquí.

Fue menos fácil de lo que en principio parecía, pero pasada la medianoche, en medio de los somnolientos y los dormidos, de quienes mascaban betel y de quienes bostezaban, apareció un servidor con la verde y gran mariposa que llaman Luna de la India.

Se hizo un círculo, y se convocó a los portadores de lámparas. La mariposa era enorme y parecía aturdida. Aliga la hilandera tendió su dedo índice y señaló su cuello.

—Ahí está el algodón del cojín de su padre. Tenía frío y se protege con él—dijo la hilandera.

Era verdad: ¡una suave vellosidad blanca se expandía gradualmente de las alas superiores a las inferiores!

—Y si miráis con atención—agregó, con orgullo, Aliga—, ahí también están las cuatro caras de su hermana, sus manguantes y crecientes, sólo que pequeñas y no tan exactas como para ser iguales. Una prueba segura de su parentesco.

Era cierto: ¡cuatro hermosos y pequeños ocelos, dos en las alas superiores y dos en las inferiores, remedaban las distintas fases de la señora de la noche!

La corte se animó de pronto, como si la gracia de esa revelación los llenara de un gozo antiguo y merecido. El rey anunció que el puesto de vigía de la Torre de las Mujeres sería, sin lugar a dudas, para Aliga la hilandera, pero antes de premiar con una buena cena a la joven narradora se acercó a ella y le preguntó:

—Sin embargo, sin embargo, aún no nos has dicho por qué la Luna de la India es de color verde.

—Para ocultarse mejor de los larguísimos dedos de las estrellas, majestad—sostuvo Aliga de Kanpur—, no quiere que la priven del algodón de su padre ni del cuádruple sello con que su hermana organiza el tiempo. De tanto visitar hojas y enramadas ha adquirido su color. Eso no la hace, dada la relativa rapidez con que la hemos hallado, más difícil de encontrar, pero le ofrece el consuelo, ya que está lejos de los suyos, de parecerse a ellos.

—Extraordinario—dijo el rey, calibrando si una esposa como Aliga le ayudaría a frenar los inevitables hurtos de los que su reino era objeto.

EL ESPEJO DE PITÁGORAS

Pitágoras tuvo un espejo. Egipcio. De bronce. En ese espejo leía el pasado y el futuro, que siempre era más cruel que el presente. Se lo había regalado un sacerdote de Isis a orillas del Nilo, tras decirle, pasando un lino húmedo sobre la superficie reflectante:

—El espejo es el reposo de la luz, la luz un fluido espejo que viaja en pos de identidades.

El joven filósofo de Samos no olvidaría nunca aquella enigmática frase porque la víspera se produjo la invasión de Cambises y él sería llevado, con otros cautivos, a Babilonia, en donde pasaría doce años. Toda la belleza que Pitágoras había conocido en las dos décadas que vivió en el país del loto y de la abeja se hizo trizas en cuestión de horas, las momias se cortaron en dos para extraerles escarabajos de oro; las barcas solares fueron hundidas o incendiadas; las doncellas violadas y los ancianos escarnecidos. Los papiros desgarrados, y los pebeteros de alabastro quebrados por la codicia. A partir de ese momento, el filósofo aprendió para siempre que la guerra es un desastre recurrente en medio del cual la ignorancia obnubila el saber y el dolor supera al placer en modo, duración y aspecto. Ningún número cierra entonces una herida, ninguna caricia detiene una espada. Ninguna idea es más audible que un grito.

Cuando regresó a Samos, Pitágoras tenía cincuenta y seis años, una red de finas arrugas en torno a los ojos y el convencimiento de que la armonía es cosa de pocos para alegría de muchos, a condición de que esos pocos estén dispuestos a soportar el ruido, el crimen, la envidia y la maledicencia, y sepan que la herencia del sabio es escueta y límpida como una fórmula. Cifras y verbos para consolar penas y declives.

Solía refugiarse del calor en un bosquecillo de retorcidos algarrobos y

contemplar la danza de las horas sobre su espejo egipcio. Una mañana de fines de mayo, una mariposa de las que llaman Niña Celeste vino a posarse en su espejo creyendo, tal vez, que ese brillo quieto era agua detenida. Aquel pequeño ser parpadeaba, vibraba, temblaba de excitación primaveral. De un azul pálido pero vivo, la cara superior del insecto fue para Pitágoras un relámpago del cielo, un resplandor de mediodías pulidos por el viento, mientras que la inferior, con sus muescas y sus puntos, de un color pardo y gris, le pareció la tierra misma, plural, múltiple, opaca y vasta. El filósofo se acercó al espejo para verla mejor, y en un abrir y cerrar de alas de la mariposa aceptó que así vive el ser humano, con frecuencia ignorante de que su parte superior mira la profundidad de su origen y la inferior la superficie de su fin.

Aún se demoraría unos minutos más en el espejo de Pitágoras la Niña Celeste, percibiendo el anticipo de un calor que el mes todavía ocultaba bajo sus piedras y raíces. El filósofo se puso en pie y evocó las palabras del egipcio que le hiciera tan valioso regalo:

—El espejo es el reposo de la luz, la luz un fluido espejo que viaja en pos de identidades.

Pronunció las sílabas con una cierta felicidad, sabiendo que él era, a partir de ese momento, una de aquellas identidades a la que la luz saludaba. Alguien cuyo rostro estaba surcado por los sinsabores del mundo y en cuya mente florecía, aun así, el firmamento. Tras un instante de silencio, pasado, presente y futuro se abrazaron en el espejo de bronce que había abandonado la mariposa. Años más tarde, en Crotona, Pitágoras hizo grabar en el reverso del espejo la silueta de aquella grácil visitante.

LA MARIPOSA Y EL ÚLTIMO SUSPIRO

Tantos son los pueblos que ven en la mariposa un símil del alma humana como aquellos que creen que al morir nos transformamos en los lepidópteros de la más increíble belleza, y eso independientemente de nuestra conducta. Otros, como los japoneses, sostienen que al morir nos vamos a las estrellas y hasta devenimos una de ellas. De sus destellos nacen las mariposas nocturnas que siempre buscan la luz. El hecho de que en hebreo el vocablo mariposa, *parpar*, tenga la misma raíz que *pirper*, que significa ‘agonizar’, hizo pensar a más de un lingüista que tanto los griegos—quienes ven al alma o psique alada semejante a una mariposa—como los hebreos, mediterráneos ambos, podrían haber bebido de un mismo mito o imagen. En Egipto se creía que si uno era visitado por una mariposa negra, alguien de la familia moriría. Las razones por las cuales se da esta equiparación entre las mariposas y el alma es comprensible: también nuestros corazones parpadean y vuelan, abren y cierran sus latidos subcutáneos; también nuestra respiración vive de la luz solar, como las alas dibujadas de esos hermosos insectos.

Por supuesto que es mejor creer en esas cosas que no tener preferencias a la hora de convertirnos en otros seres al morir. No da lo mismo pasar a ser, en el momento de la agonía, una *Papilio* azul o una *danae* que una piedra abandonada, aunque hay piedras y piedras. Dado que, y numéricamente, la mariposa hebrea o *parpar* vale 560, que también es la cifra de *ben shajar*, un hijo de la aurora o simplemente la aurora, para ciertos maestros *la muerte es un nuevo amanecer hacia el que vamos volando*. Al mismo tiempo, y si consideramos la raíz hebrea *fer*, presente en la mariposa, vemos el nexo entre estos maravillosos insectos y la *fertilidad*. Los románticos alemanes como Herder pensaban que la lengua, el idioma, es poesía petrificada a la que el talento lírico despierta y moviliza. Lo que estamos viendo parece una prueba

evidente de que es así. A quienes, como yo mismo, las mariposas fascinan desde niños, les causa asombro que alma y mariposa sean, como la onda y la partícula en física, una misma y ubicua realidad. Vivimos, sobre todo en primavera, rodeados de milagros coloreados y volátiles. Descubrirlos acentúa nuestra ingravidez, tanto como pensar en su amenazada fragilidad nos asusta.

Hay, sin duda, algo tranquilizador en esta relación entre la belleza de un aleteo que pronto desaparecerá tras las huellas de un remoto arco iris, y las mariposas que aprendieron a vestirse observándolo en los confines del cielo. El vacío del que procedemos y hacia el que eventualmente regresamos se sobrevuela mejor si nuestro vehículo es ameno y su cromático tesoro finge simetrías y ocelos. Así, también, es mejor el consuelo que el desconsuelo, el sentido que el absurdo, el valor—por pequeño que sea—que lo que no tiene ninguno; los seres humanos hemos construido maravillas con nuestra imaginación, pero las nervaduras verdes y doradas de los ropalóceros nocturnos o sus antenas como helechos minúsculos nos superan en alegrías, estampados y revelaciones. Escribió Rudolf Steiner que si queremos conocer el mundo debemos mirar hacia el alma, y si queremos conocer el alma tenemos que mirar el mundo, de tal manera que hay conocimientos que se nos muestran por espejo transformando lo izquierdo en derecho y al revés. Claro que antes de ese ejercicio debe desaparecer, al menos por un rato, el incoloro ego de nuestras desventuras. Ese que cree ser el único en existir y muestra más torpezas que habilidades.

UNIÓN, DISTANCIA Y REUNIÓN

Cuando en 1856, y para ampliar el mercado de la seda, unos atrevidos misioneros importaron de China la *Samia cynthia*, un bello satúrnido de gran tamaño, hacía ya milenios que esta mariposa se apoyaba en los ailantos para hilar su descendencia. Se trataba de reforzar el trabajo de la laboriosa *Bombyx mori*, cuya voraz larva preda en las hojas de la morera. A diferencia de esta última, que llegó a Occidente de contrabando en el interior de una caña hueca y de la mano de un monje cristiano, la samia, de un bello marrón jaspeado de ocres y negros, viajó sin problemas. Oriente hacía rato que había perdido el monopolio de la porcelana, la seda y el té.

Al principio, las mariposas tuvieron dificultad en hallar los puntos de apoyo para sus huevos y larvas. Buscaron la amistad de los olmos y los sauces, fueron avanzando poco a poco hacia los bordes de los caminos más húmedos e intentaron que sus amores no atrajeran a los depredadores. Como la seda que producían no era de la misma calidad que la gestada por la bómbox, su cría sistemática fue dejada de lado y a los ejemplares fugados fueron a agregarse aquéllos liberados voluntariamente. La pronta adaptación de los primeros fortaleció la fragilidad de los segundos, y en menos de una década unos y otros sacaron partido de los encinares y los algarrobos. Sin embargo, las mariposas europeas nacían con un tono más oscuro que sus antepasadas en China. Parecían añorar una claridad. No el clima, ni siquiera las constelaciones que presidían sus cortejos y sus vuelos nupciales, simplemente el follaje de una claridad.

Asumiendo su nostalgia buscaban, por todos los medios, como colonos recientes, que la nueva tierra les aumentase el gusto por su polen y su néctar. Cavilaban sobre mimetismos y troncos a la luz de la luna, advirtiéndose unas a otras de los peligros del búho, gran cazador de alas mudas. Pasaban los

inviernos, las primaveras y los otoños, y cuando llegaban los veranos volaban en pos del fermento de las bayas o la dulce miel de los higos. Las lluvias las adormecían en sus refugios de piedras, ala contra ala. Permanecían quietas bajo hojas de curvas nervaduras mientras las brisas les traían perfumes de ríos y de muchachas jóvenes. Pero aquella nostalgia indefinida, aquel sabor de ausencia y lejanía en medio de una atmósfera generosa, persistían. No era algo que captasen sus facetados ojos, gustasen sus palpos o percibiesen en la tibia luz sus alas.

Años más tarde la herida se cerró, pues sólo cuando aparece lo que nos pertenece desde siempre el ahora colma nuestro vacío.

—Hemos llegado—dijeron los primeros ailantos abriendo sus flores amarillas y verdes—. La greda es grata a nuestras raíces, las alas de nuestros frutos aceptan este cielo.

Más lentos que las samias en su dispersión europea, también los ailantos llegaron de China a Europa, pero no hicieron nada para recuperar la vieja amistad, pues bastante tenían con equilibrar su sombra y su sed. En 1870 ya se contaban por cientos en Francia y en Italia, y una docena de años más tarde España y Portugal mostraban, a quien supiera verlas, sus anchas y altas copas.

Las viejas alianzas persisten en la memoria, huellas de agua en las cavernas, señales de olas en las espinas de las caracolas. Así que cuando la primera mariposa y el primer ailanto se reencontraron, leyeron en el cruce de sus destinos que sus vidas no habían olvidado la una el gusto de la otra. Y entonces cesó la nostalgia, se apagó la añoranza, resurgió el afecto. Los huevos volvieron a las hojas ancestrales, porque hay hábitos que son fidelidades, y viajes que parecen fugas y abandonos y no son más que retornos, reconocimiento y fulgor. A izquierda o derecha, un remolino gira en cualquier lugar del mundo para abrazar sus aguas.

ESTACIÓN SECA Y ESTACIÓN HÚMEDA

No siempre lo obvio es perceptible ni la razón alcanza para explicarnos el porqué de las formas y los colores de la realidad que nos rodea. Por encima y por debajo de sus nichos ecológicos, los seres, especies y plantas revelan una inteligencia y una capacidad de adaptación asombrosas. En el lienzo de la vida, el agua pinta y el sol seca, la lluvia confunde los verdes y el calor funde los contornos. En África hay una mariposa llamada *Precis octavia* que es de un ocre brillante con bordes alares negros cuando no llueve, y adopta tonos azules, negros y grises cuando la humedad ambiente ha propiciado, antes de su nacimiento, frondes de helechos, procesión de musgos y ternura de gramíneas. Si acaso ocurre que la fertilidad acerca, en el tiempo, a las dos generaciones distintas de *Precis*, hijas de distinto microclima, la seca y la húmeda se miran a los ojos y se explican las bondades de nacer en unas u otras circunstancias.

—Los dibujos del fuego—dice la seca—huyen de sí mismos, quieren apagarse allí donde acaban nuestras alas. El agua es para mí un tesoro que los días alejan, y el horizonte una fatiga que tomo por maestra.

—Haces bien, haces bien—dice la húmeda—. En cuanto a mí, las gotas me traen la voz de los pozos y la sonrisa de los manantiales. Llevo su oscuridad en mi cuerpo y también la promesa de una germinación cuyos giros desconozco.

—Somos y no somos iguales—prosigue la seca.

—Nuestros perfumes no respetan los límites del clima—le contesta la húmeda—. Cruzan la larga noche para reunirnos.

—De todos modos, las apariencias, siendo, como son, una ilusión flexible—dice la seca—, acaban por enderezarlo todo.

—¿Por qué lo dices?

—Acompáñame—le dice la seca a la húmeda.

Las mariposa de la estación seca y la de la estación húmeda volaron juntas hasta la rama en la que, a punto de nacer, una tercera de su misma especie activaba sus discos imaginales.

—Su verticalidad responde a las órdenes del cielo—dijo la seca.

En efecto, había allí una concentrada crisálida la perpendicularidad de cuyo esfuerzo sólo era perceptible para las de su misma especie.

—Nacer trae más olvidos que recuerdos—suspiró la húmeda.

—¿De qué manera?—interrogó la seca.

—No estoy segura de que nuestros colores provengan de ese retorcido adentro.

—Es que a ti el agua te ha enseñado a no retroceder—dijo la seca—, y nunca vuelves por donde has ido, y a mí el fuego me ha cantado su retorno al sol. Tú eres el delante de todos tus vuelos mientras que yo, con todo y pertenecer a la misma familia, percibo en el atrás la dicha de la primera expansión.

Al separarse luego de volar un rato juntas, la tarde extrajo del capullo de la tercera mariposa sus inquietas antenas, las cuales tardarían aún una hora en decidir si optarían por lucir en sus alas el naranja del fuego o el azul de los lagos. Con tanta equidad repartía la atmósfera frescores y tibiezas.

TEODORA, EMPERATRIZ DE BIZANCIO

Hay destinos determinados a ser los primeros en algo, precursores de un estilo o un hallazgo, destinos sensibles al dolor por haberlo padecido. Teodora, quien de niña hubo de arrastrar por las oscuras galerías del hipódromo de Constantinopla su silueta de ligera mariposa de los besos y los abrazos comprados, vivió una de esas suertes. Conoció el olor acre de leones y los belfos espumosos de los caballos; oyó el grito de los contusos y heridos y el falso gemir de las prostitutas que, como ella y sus hermanas, se entregaban por un plato de lentejas o un trozo de lengua en salmuera a los ásperos soldados o a los risueños palafreneros. Cualquier recodo era, en el hipódromo que también oficiaba de circo, un improvisado nido de amores fugaces. Una arcada protegía los ojos de las infamias más tristes y un pajar amortiguaba los estertores de los jinetes. Enorme, una pila de agua recogía los líquidos no queridos y un continuo llanto de niños recordaba a las madres ausentes. Mientras verdes y azules, las dos facciones en pugna, se disputaban favoritos e intercambiaban improperios, en tanto Justino, el emperador, concedía premios y desprecios con mano lánguida y ánimo tranquilo, Teodora y sus hermanas recorrían los sitios más oscuros del hipódromo ofreciéndose por una vianda o un collar.

Las llamaban moscas por el zumbar de sus ofertas, zorras o hetairas baratas. Pero el epíteto más común que las identificaba era el de mariposas de un rato, piérides—pues vestían de amarillo o azafrán—de las monedas y esclavas efímeras. Teodora y sus hermanas competían con los eunucos y los homosexuales en la seducción de los incautos y los solitarios. Inquieta, corría a dividir, una vez obtenido el pago por su trabajo, en partes desiguales su

dinero con los proxenetas para evitar rechazos y castigos. Sus veranos eran tórridos y fétidos, y sus inviernos melancólicos y ahumados por el fuego de los pobres. El teatro primero y las fiestas comunales después la sacaron de ese horror temprano para forjarle renombre de actriz y de recitadora. Años más tarde, cuando por fin volvió al hipódromo del brazo de Justiniano, ya había conocido la tragedia de perder un hijo e incubado el desprecio por quien fuera su padre, un mediocre gobernador de Pentápolis. Había experimentado la conversión espiritual propiciada en Alejandría por el patriarca Severo e iniciado el camino de una educación irregular. Era tan raro como sombrío observar el hipódromo desde arriba, lejos de los orines y los orgasmos simulados. Ya no era suyo aquel mundo de manos no queridas y bocas vulgares, pero todavía recordaba sus sonrisas de hielo y sus adioses de alivio.

Tras la muerte de la emperatriz Eufemia, que se oponía a su casamiento con Teodora, Justiniano reemplazó a su tío Justino en el trono de Bizancio e hizo de su esposa la mano que ejecutaba sus órdenes. Entonces, la mujer que había padecido en carne propia arrebatos y olvidos, que había sido insultada y vejada cuando apenas era una niña, formuló un decreto que prohibía la prostitución. Ofreció dotes y bienes a quienes se retiraran del oficio y dictaminó reclusión para quienes persistieran en él. Segura de su nueva posición, hizo algo más notable aún, digno de su pasado teatral. Mandó capturar cientos de mariposas amarillas, blancas y marrones, las hizo transportar en jaulas de finísimo mimbre al hipódromo y ordenó que las soltaran allí para alegría de todas aquellas que habían vivido humillaciones y encierros, abortos y tristezas.

Alas libres por cada par de brazos que habían estrechado contra su voluntad cuerpos desconocidos. Vuelos sin trabas por cada mujer víctima del desamparo de los instintos.

UN BREVE DESPERTAR

La amarilla limonera olió el adiós de las lluvias, y al sentir que un inesperado calor se llevaba, deprisa, las últimas gotas, despertó. Abrir las alas cuando aún no ha pasado el invierno es un privilegio que conocen pocas mariposas, y la limonera es una de ellas. Dejó entonces la oquedad en la que observaba su diapausa—ese sueño frío y hondo, esa quietud meditativa—, y voló en pos del tibio éxtasis que exhiben los dientes de león, las cerrajas y las lámpanas, familia de flores compuestas que tiene, también ella, en el amarillo su emblema y su orgullo vegetal. La limonera voló y voló hasta que pudo ver, allí abajo, el espino cervical para sus futuras larvas.

El aire aún era frío. Las pequeñas verónicas celestes asomaban sus minúsculos rostros para ver pasar a marzo, cuya fiebre de bulbos latía con tanta fuerza que los narcisos se miraban entre sí asombrados de que la belleza fuese una igualdad de pétalos claros. El único perfume que le gusta al invierno es el del valiente ciruelo, pensó la limonera rozando una solitaria mata, y en ese paseo el mundo le pareció tan fresco que aún temblaba aquí y allá con el crecimiento de la luz. Pero el temblor era suyo, como suyos eran el asombro y el deseo de que ese breve despertar durara más de un día.

Buscó primero azúcar y luego sal, néctar y greda. El azar de su vuelo la llevó hasta una ventana en la que una anciana observaba la temprana dispersión de los amentos de los avellanos y calculaba los años que hacía que habían muerto sus padres. En el cruzarse de las miradas, la mariposa limonera descubrió el tono ultravioleta de la nostalgia y la anciana una mañana de infancia con ese mismo ser alado y ella en otra ventana, ansiando la llegada de una primavera que, como todas, estaría hecha de aromas, suspiros y bodas de pájaros.

«Todo pasa—suspiró la mujer—, todo menos el amor».

«Todos reposan menos yo», pensó la mariposa, no sabiendo cómo responder a esa mano que detrás de la ventana saludaba su aparición.

Con tanta emoción, la anciana recorría las caras que le devolvía su memoria, que la limonera hubiese bebido de sus lágrimas de poder atravesar el cristal de la ventana. La anciana mordía, en su labio inferior, el gusto apócrifo del recuerdo, y el insecto sorprendió, en esa flor humana, el tierno hola de las sincronías. Eran más de dos, si se cuentan los seres evocados por la anciana y los huevos que portaba en su interior la mariposa. Eran el pasado y el futuro frente a frente. Eran la proximidad del inspirar y el expirar, invisibles perlas de un mismo collar. Eran un breve despertar y un ensueño consolador. Eran las décadas vividas y los pocos meses por vivir. Eran el dentro y el fuera, y el puente de la mañana erigido sobre pilones de dicha.

«Gracias—volvió a suspirar la anciana—por devolverme a la que fui detrás de otra ventana».

«Gracias—pensó la limonera—por esa mano alzada no para matar sino para imitar la forma de mi vuelo».

Cuando el universo parpadea, el ojo del sol descubre, en el oro de sus reflejos, que ningún abandono supera al magnetismo de las fuentes.

La mujer cerró los ojos. La mariposa, al volver a su diapausa, plegó sus alas.

BANDEJAS DE ALAS

Vivía, cerca de la ciudad de Manaus, en una cabaña del estuario del Amazonas, una niña llamada Marisa con su abuela Paulina, únicas supervivientes de una familia diezmada por una inundación de la que sólo se recordaban sus pérdidas y sus muertos. Por las mañanas limpiaban las maderas para las bandejas, y por la tarde se internaban en la selva para contactar a los vendedores de *Morphos* con cuyas alas azules hacían círculos y armaban cuadrados resplandecientes.

—¿No se acabarán nunca las mariposas?—le preguntó una noche, antes de dormirse, Marisa a su abuela.

—No mientras sólo capturen a los machos—sonrió con tristeza Paulina.

Era flaca y magra, con el rostro levemente triangular de las gentes del norte. Entre la mandioca, el arroz y las papayas, había pasado casi toda su vida haciendo bandejas de mariposas sin pensar en su sexo hasta que un europeo que las estudiaba le contó eso: que sólo se cazaban los machos para que la especie pudiese continuar. También ellas, Marisa y su abuela, había sobrevivido a la desgracia de agua que deshizo islas y desfiguró canales. La pequeña para comenzar de nuevo, la vieja para tirar del hilo de su añoranza hasta que la madeja del olvido decía basta. De noche, tras encender una espiral que ahuyentaba a los insectos, se acomodaban en sus respectivas hamacas para mirar la luna y sus relieves de distante ceniza. No hablaban, pues de hacerlo era inevitable que volvieran al diálogo los nombres de los ahogados, y la abuela prefería, en lugar de cultivar la nostalgia, expurgar sus plantas de ruda, tabaco y hierbas de adivinar. Soñaba con un buen destino para su nieta, así que solía anotar, sin que Marisa lo supiera, mensajes en la parte de atrás de las bandejas como un marinero que siembra el mar de botellas con promesas y señuelos escritos con letras anhelantes y torcidas, palabras tan

llenas de errores como las suyas.

«Si bienes te daré mi corasón—escribía Paulina—. Para mirar tu rumbo el río me sedió su color». Había entrevisto, inhalando el humo de una de sus hierbas de adivinar, que alguien vendría a buscar a su Marisa para llevársela lejos y que ella pudiera morir sin el temor de otra inundación.

Distraída, hermosa en el fin de su adolescencia, la nieta no repasaba nunca el trabajo de la abuela. Pensaba en pescadores de anchas espaldas, en aparatos de música y en vestidos llenos de flores que nunca se cierran. Distraía sus silencios y mutismos con deseos indefinibles que dilataban el ardor de sus latidos. Si la abuela tenía secretos para con ella, también Marisa encerraba los suyos en los puños apretados del sueño.

Las infinitas curvas del gran río, el núcleo de las nubes y también el azulado reflejo de las alas en las bandejas quisieron que uno de esos mensajes fuese leído por un hombre enfermo del corazón que, precisamente, comerciaba con bandejas y piedras semipreciosas.

Cuatro pares de manos habían tardado los posavasos, salvamanteles y demás piezas adornadas con alas por Marisa y Paulina en llegar a las suyas. Al principio, al leer esas frases de dudosa ortografía le pareció que los mensajes estaban allí por casualidad y que la pobreza de los artesanos los obligaba a usar papeles ya escritos. Pero como no siempre la parte de atrás de los souvenirs era de papel, y las palabras también aparecían escritas sobre la madera, el hombre enfermo del corazón se tomó el trabajo de averiguar el sitio exacto del que provenían, delegó sus ocupaciones y responsabilidades en un empleado y fue a Manaos. No era joven, ni guapo. De tan romántico, no se había casado para no morir de vergüenza en un infarto de besos y jadeos. Prefería soñar a sus amantes y vivir, como un reloj delicado, atento al estigma de su soplo y al peligroso tictac que limitaba sus esfuerzos. Pero cuando leyó: «Si bienes te daré mi corasón», creyó que la palabra «bienes» no era un error, sino la constatación de que algo lo aguardaba allá, junto al río.

Que un corazón se ofreciera, sin conocerlo, a las debilidades del suyo, y que eso le llegara en bandeja, y que la bandeja, además, tuviese un espejo de alas devolviendo sus reflejos al sol, era el premio a toda una vida de fantasías amorosas.

Paulina le ofreció aguardiente de caña y él declinó la invitación. Las mujeres masticaron ramitas de menta a la luz de la luna, orgullosas de que su

trabajo fuera apreciado tan lejos. Nunca venía nadie a verlas, jamás sabían quién compraba o regalaba sus círculos y cuadrados de alas de *Morpho*.

—Los he leído—dijo por fin el hombre, que se llamaba Pedro Alvar, vestía de blanco y tenía la voz suave y cuidadosa de los frágiles—. He leído los mensajes.

Marisa no comprendió el porqué de la sonrisa de su abuela, y creyéndose excluida de un trato que no le concernía, se adormeció oyendo la imaginaria música de un birimbao.

—Discúlpeme—dijo entonces la abuela—, he pensado y escrito por ella. Todos los sobrevivientes en el sitio de su desgracia tienen la esperanza de abandonarlo, ¿no cree?

Pedro Alvar escuchó con atención los detalles de la inundación sin prestar demasiada atención a los nombres de los muertos. A la tenue luz de la lámpara, en medio de las volutas del humo del espiral, con un fondo de insectos cercanos, sólo tenía ojos para la adolescente, que parecía ser el eco exacto de sus antiguos deseos.

—Las hembras deben continuar—sostuvo Paulina, citando las palabras de aquel europeo que tanto sabía de mariposas—, más allá de la muerte de los machos. Puede que ellos insinúen con brillo la cercanía de las lluvias, pero será nuestra gris existencia la que, en la cuna de sombra, acaricie la esfericidad de los huevos. Sí señor, aquí o allá las hembras deben continuar.

EL CAZADOR DE MUERTE

En una entrada de su diario de campo escrita el día seis de enero de 1857, el naturalista inglés Alfred Russel Wallace da cuenta del siguiente hecho. Mientras perseguía mariposas con una vaporosa red celeste en compañía de su ayudante, un pícaro y joven malayo de la misma isla de Ké en la que se hallaba, Wallace observó que era seguido de cerca por un anciano nativo de labios abultados y mirada atenta. Era el último día del naturalista allí, y en su haber tenía trece especies de aves, ciento noventa y cuatro de insectos y tres tipos distintos de moluscos de tierra.

El viejo no daba crédito a los gestos y a los zarpazos falsos del cazador de mariposas. Mantenía la distancia adecuada, y cada vez que se producía una captura rompía a reír hasta que se le doblaba la cintura, para volver a los tres o cuatro segundos a su mutismo habitual. El joven malayo no le hizo ningún comentario al inglés, ocupado como estaba en guiarlo por los estrechos corredores de la selva y por los irregulares claros de bosque en los que veinte o treinta pares de alas de colores cruzaban sus vuelos.

El viejo veía cómo el inglés introducía sus presas en frascos de ancha transparencia y se rascaba la barbilla. Aquel extranjero no estaba bien de la cabeza. Ciertamente poseía más cuchillos y tabaco que nadie, era gentil y serio. Había venido del hondo mar y pisado la blanca bahía con más calma que los apurados mercaderes chinos, pero ese minucioso interés por los seres del aire y el subsuelo le intrigaba, y por eso expresaba esa intriga con ruidosas carcajadas, golpes en las nalgas y los ojos húmedos de alegría.

Wallace, que escribiría muchos años después acerca de su aventura en el archipiélago malayo, entonces no sabía que ese viejo sería mencionado en su libro, rescatado entre centenares de notas con sus latines y sus juicios sobre corrientes marinas e islas de ensueño en las que los escarlata pasaban

rozando el estupor humano y retornaban a sus cerradas florestas más allá de las colinas. La más estruendosa de las carcajadas que el inglés oyó se produjo, cuando con toda la delicadeza de la que fue capaz y con una emoción de visir que desnuda a su amante favorita, apresó a una *Ornithoptera priamus* de dorados flecos, la mariposa llamada Alas de Pájaro por su enorme envergadura. El satinado verde de sus caras superiores e inferiores, junto al negro untuoso y fragante que las veteaba, cortaban el aliento. No era el primer ejemplar que de esa especie veía, pero sí el primero que Wallace capturaba. Para encerrarla fue menester un frasco distinto y más grande que los dos que había usado hasta el momento.

La risa del viejo pareció molestar al ayudante malayo del inglés, que se giró con mal disimulada ira hacia él.

—¿Por qué se ríe de ese modo?—le preguntó el explorador.

—Se lo preguntaré—dijo el joven.

Wallace observó la escena, pero no oyó las palabras del diálogo. El viejo gesticuló llevándose las manos a la boca y volviendo a reír. A lo lejos, la tarde era rosada sobre los arrecifes de coral.

—Cuando me preguntó por qué cazaba usted insectos y mariposas—le explicó al inglés su joven guía—, y le dije que por placer, para saber más de ellos, y agregué que no se los comía, me respondió que entonces había hecho bien en reírse.

—¿Por qué?—insistió Wallace.

—Dice que es usted un cazador de muerte, no un amator de vidas—prosiguió el joven malayo.

—¡Caray!—suspiró, incómodo, el inglés—. Tal vez sea cierto.

—Detener una belleza—agregó el guía—le parece ridículo.

—¿Por qué?—preguntó una vez más el naturalista.

—La hermosura está en el mundo—dijo—para alar nuestros pies, no para apresar nuestros pasos.

EL LOBITO PERDIDO

Hoy, ahora mismo, en los lindes del bosque mediterráneo, en los caminos en flor, vuela la mariposa que llaman lobito agreste, cuyo fondo de alas pardo amarillento y sus ocelos apicales de blancas pupilas gemelas ignoran por completo que deben su nombre a un remoto mamífero carnívoro.

Ocurrió así. La madre loba con sus lobeznos recorría lentiscos y marañas de monte bajo con el fin de enseñar a sus cachorros a robar huevos de mirlo, cuando una de las crías se despeñó, golpeándose la cabecita de tan mala manera que no pudo pedir auxilio. Tampoco la madre loba percibió nada anormal a sus espaldas. La luna de abril era nítida, y las estrellas tendían redes de luz por encima del mar de las coníferas. Quienes se mueven de noche consideran las sendas por recorrer más fascinantes que las ya recorridas. Al abrir los ojos, el lobito emergió a un mundo desconocido. Aún le dolía la cabeza, tenía hambre y estaba solo. Ningún olor le era familiar. Podía gemir, pero no lo hizo. Seguramente pronto regresarían a buscarlo. En el suave brillo de sus ojos no destellaba el temor por ningún enemigo, ni su pelambre se erizaba ante la sombra del peligro. Pasaron dos, tres y hasta cuatro horas, y viendo que nadie reclamaba su presencia, el lobito empezó a caminar en sentido contrario al de su madre y sus hermanos, creyendo, de ese modo, desandar la senda hacia la guarida que protegía su camada.

Apareció un zorro, rojizo, delgado de patas y avieso de mirada.

—¿Dónde vas, lobito?—le preguntó tras olfatearlo un poco y segregar jugos gástricos.

—Estoy perdido—respondió la cría—: ¿Podría usted acompañarme a mi casa?

El zorro miró a izquierda y derecha, oteó el horizonte en búsqueda de señales, y se dijo que aquella oportunidad era única. Una rápida mordida en la

garganta de su víctima y sus propias crías tendrían comida para varios días. Pero como era más fácil hacerla caminar por sus propios medios que arrastrarla, el zorro le mintió.

—Sígueme—le dijo el zorro—, y te dejaré en buena compañía.

Si los lobos hacen círculos y óvalos en su peregrinar, a los zorros les va mejor el zigzag, los retrocesos inesperados y sutiles. Hubiese sido imposible para la mamá loba, lejos ya y confundida por cientos de olores, hallar el aroma de su hijo perdido.

El camino era largo y difícil. El lobito jadeaba y jadeaba. De pronto apareció un arrendajo y le dijo:

—¡No vayas, no lo sigas, es una trampa!

—¿Qué dices?—se giró el zorro.

—Nada—respondió el lobito, asombrado de entender el lenguaje de los pájaros.

Al rato, más adelante, fue una tortuga la que habló:

—¡No continúes, no sigas!

—¿Qué has dicho?—volvió a preguntar el zorro.

—No he dicho nada—suspiró, agitado, el lobito, emocionado al darse cuenta de que había entendido lo que decía la tortuga.

Por fin, tras una larga marcha por el bosque, cuando estaba a punto de ofrecerles a sus crías una buena porción de carne viva, el zorro lamió con orgullo su astucia.

—¡Salta, salta!—oyó la inminente víctima que le decían dos mariposas que volaban a escasa altura, rozándole casi el húmedo hocico—. ¡Salta o te comerán!

—¿Qué dices?—gritó el zorro—. Ten un poco de paciencia, ya llegamos.

Para entonces el pequeño lobito ya sabía que aquél no era su paisaje natal, y también que tantos avisos comprensibles no podían ser falsos, de modo que giró sobre sus zarpas y saltó al abismo que se hundía entre torrentes y bordes rocosos. De un costado le esperaba una muerte segura, del otro el vacío inseguro.

Quiso su buena fortuna que entre el follaje de los pinos carrascos y una gran telaraña amortiguaran la caída, salvando así su vida. Las mariposas, que fueron las últimas en advertirle del peligro que corría, acabaron por adoptarlo

y, aunque nunca aprendió a volar, una vez que fortaleció huesos y andares, comió caracoles y lagartijas, el lobito volvió a la foresta en busca de los suyos. Tanto llegaron las mariposas a querer a su extraño huésped, tanto les divertían sus saltos y cabriolas, que comenzaron a llamar lobitas a sus propias hijas.

Es por eso que hoy vemos, titilando sobre flores y retamas, en las romas colinas de la primavera, a las lobitos listadas, a las lobitos que llevan anillos y a las que tienen, en sus negros ocelos, partículas de carbón. Evocan el recuerdo de un auxilio, la memoria de una salvación. Algo, por no decir mucho, del color de aquel animal perdido se les quedó para siempre en las alas.

Créase o no, ésta es la historia que cuentan los pastores sardos a sus hijos para que aprendan a oír las voces no humanas que hacen más humana nuestra existencia. Créase o no, los nombres viajan más rápido que las especies.

LA REVELACIÓN DE LOS OCELOS

Infinidad de mariposas tienen, ya sea en dos de sus alas o en las cuatro, ocelos que se parecen mucho a los ojos de los vertebrados que son sus enemigos. Sin embargo, muy pocas proceden como la tropical del género *Caligo* que, al sentirse perseguida, se sitúa en una rama en posición ventral invertida transformándose, en ese giro, en la máscara de un búho, el gran, silencioso depredador nocturno. Un instante antes sus alas estaban cerradas (las mariposas diurnas duermen con las alas plegadas, las nocturnas con las alas abiertas), y un instante después, presintiendo el peligro, ¡he aquí que la víctima mira al depredador en el acto de comérsela! Se trata de un juego que puede ser salvador o mortal, y cuya intención secreta es provocar lo que podríamos llamar una culpa genética, el miedo a ser objeto de lo mismo que infrinjo. Tan dramático debe de ser, en el reino animal y entre los más frágiles de todos los insectos, el hecho de ser comido, que de todas las posibles imitaciones las mariposas han escogido tatuarse ojos falsos para amedrentar a una voraz mirada verdadera. La mariposa dice: «Mira, no soy lo que parezco, también yo puedo devorarte a ti. Aunque mis ojos plurales no sean como los tuyos, conozco tu mirada, a ti y a mí el pavor nos es familiar». La destrucción, el asesinato, la trampa, el picotazo y la dentellada forman parte de nuestro común paisaje. Ninguna crueldad parece mayor que comer algo que todavía está vivo, tal es el origen del vegetarianismo. Ningún ojo más temible que el de las serpientes, que carecen de párpados. El mayor golpe de efecto que producen los ocelos brota de su fijeza.

Pero el ocelo dice algo más aún, cercano al hombre. Postula que el mal de ojo se aparta o desplaza lejos de nosotros con un fijo ojo de vidrio o con una cinta de color rojo. El mal de ojo, que los expertos dicen que comienza con una leve hipnosis y acaba con una gradual parálisis y un desconcierto total, es

una creencia universal que nace, precisamente, del mismísimo ojo humano, ventana del alma que puede irradiar bondad o maldad, desprecio o envidia; puede fascinar a distancia y descubrir lo oculto, puede hablar sin emitir palabras y puede llorar de falsa compasión como el cocodrilo tras comerse a su presa. Un órgano tan proteico no podía, entonces, engendrar otra cosa que desconfianza. Entre los vertebrados, la caza de la víctima a devorar comienza por su descubrimiento visual, de ahí que las pobres mariposas hayan leído bien el mensaje que les estaba dirigido.

¿Cuándo, en qué momento la primera mariposa intentó copiar en sus ocelos los ojos de otras especies, por lo demás tan distintos a los suyos? El día en que se descubra ese hecho, Darwin sonreirá en su tumba y Bates, el gran explorador del Amazonas, hará florecer en el polvo de sus huesos mohos de dicha. Es preciso situar al ocelo entre las pruebas orgánicas de una inteligencia operativa que se revela y oculta según sea la necesidad de sobrevivir. Las cripsis o camuflajes son sabias mentiras necesarias, escudos de otros para custodiar nuestra propia debilidad. Puede, ciertamente, que, como reza el dicho evangélico, la verdad libere al hombre de sus propios errores y falsedades, pero sólo la mentira le permite escabullirse de sus enemigos cuando lo superan en fuerza o en número.

Los ocelos no son ojos reales, pero nos advierten de lo que los órganos de la visión pueden hacer en la insaciable e ininterrumpida cadena trófica de la que formamos parte.

MIENTRAS EL MUNDO DUERME

—Mientras el mundo duerme—dijo Friedl a los niños—pintemos el despertar. En tanto nos acecha el invierno de los hombres, dibujemos la primavera de las mariposas.

Friedl sabía que aquel encierro era para siempre, pero para los niños aquella palabra fatal no tenía sentido. Era inútil explicarles que no volverían a ver ríos, bosques ni, por supuesto, mariposas reales.

Se adelantó Hans y pintó un insecto azul en la pared. Después lo hizo Grete, que esbozó una mariposa roja con puntos negros. Friedl Dicker-Brandeis los vio trabajar con la misma seriedad de los adultos en sus planos de casas y puentes, torres y caminos. Marga pintó una zigaena, estilizada y con motas de un gris plomo, tal como las había visto el verano anterior fuera de Praga. Aquellos niños, los que estaban a cargo de Friedl, apenas eran unas cuantas docenas entre los quince mil que estaban internados en Terezin.

—Mientras la tierra es sorda al clamor de sus hijos—prosiguió la maestra—, imaginemos el susurro de las mariposas, que recogen las voces no oídas y las transportan más allá de los siglos y las eras.

Se adelantó Franz y pintó dos mariposas besándose. Luego se acercó Teresa y pintó una *Papilio* enorme, tal y como la había visto impresa en un libro. Reclamó el amarillo que le faltaba y no se olvidó de las dos pequeñas manchas de color naranja de las alas inferiores.

Adrian no quería pintar, estaba triste, muy triste. Friedl se acercó a él, le acarició la cabeza.

—¿Qué pasa, cariño?

—Veo jardines en los que nunca estuve, playas llenas de gente que sonrío, caballos blancos de ojos negros.

—¿Y...?

—Sé que no están aquí, que nunca estarán aquí, que nunca los veremos—
lagrimeó.

Friedl le tomó la mano y, llevándolo a la pared, le dijo:

—Hace mucho, muchísimo tiempo, hubo en Francia un abad llamado Suger que hizo paredes de cristal en las iglesias para que entrara la luz, y la luz entró, con un hermoso haz de colores entró. A lo mejor, si pintamos muchas mariposas, el sol vendrá a despertaras. Puede que un batir de alas no desvíe el aire, pero cientos, qué digo, tal vez miles de alas levanten en su vuelo esta pared.

Adrian aferró el lápiz con mano temblorosa y trazó el fugaz perfil de una piéride. Eso animó a Milena, que pintó una Vanesa y después, con más entusiasmo, una Hoja Muerta del Roble, semejante a la que había visto hacer días antes a Friedl en un papel viejo.

El muro que antes era opaco se llenó de colores y de alas, cuya pasmosa quietud iba a durar más que la vida de sus entusiastas pintores. Friedl Dicker-Brandeis había estudiado en la Escuela Bauhaus y alcanzado la fama a edad temprana. Deportada y encerrada en Terezin, en ese momento ignoraba que hallaría, más tarde, la muerte en Auschwitz.

—Ese señor, el tal Suger—le preguntó Carol—, ¿también estuvo encerrado como nosotros?

—Era cristiano—sonrió Friedl con amargura—, y además amigo del rey de Francia.

—Por eso—sollozó Teresa—, por eso vino la luz a su ventana.

Algunos niños suspiraron, y dos o tres amagaron con llorar.

—También para nosotros brilla la luz todavía, Teresa—explicó la maestra—. ¿No nos estamos viendo, acaso? Mira nuestras pupilas: hay en ellas una chispa que no se apagará nunca, que va de ojo en ojo atravesando los milenios.

Ése fue el comienzo. Tras la pared pintada, los niños llenaron hojas de cartulina, restos de periódicos, cajas de zapatos con imágenes de mariposas. Días más tarde alguien proporcionó las maletas y otra persona las ocultó. Antes de que las sacaran de Terezin, empero, Friedl plegó con cuidado, como una fervorosa entomóloga, aquellas obras infantiles. Muchas recibieron sus lágrimas, pocas sus caricias.

Diez años después del ocultamiento, acabada la guerra, uno de los cien supervivientes de Terezin reconoció su propio dibujo entre los muchos que, saliendo de sus mudas crisálidas de cuero, revelaron las muy vivas y muy tiernas alas de Hans, Milena, Teresa, Carol y Adrian.

PERFECTA IMPERFECCIÓN

La cripsis, o el camuflaje perfecto, no se aprende en una sola vida, tal vez se necesiten varias, dos o tres generaciones de observación minuciosa del entorno hasta que color, superficie y bordes regresan de lo animal a lo vegetal de modo tan sutil que lo que tardó miles de años en formarse emplea segundos en recorrer el camino inverso. Mientras eso no suceda todo es fuga, un esquivar aquí y un volar allá, temblar de miedo o contar con los favores de una nube que disimule porte y postura.

Las Kallimas (*K. inachus* o *K. paralecta*) son mariposas de la familia de las ninfálidas que viven en el Sudoeste Asiático y que al plegarse se transforman en hojas secas, mientras que abiertas de par en par sus caras superiores exhiben tonos verdes, celestes, ocres, blancos y negros. Su belleza es esquivada, difuminada, su vuelo errático y crepuscular.

El dolor, tal vez el desgarramiento de un ala, las llevó a profundizar su cripsis. La que lo había logrado lo comunicó a otra en su lenguaje de perfumes y vuelos, en su torsión de antenas y parpadeos aéreos.

—Una hoja jamás es perfecta—dijo—. Tienen hongos, pequeños nudos, líquenes minúsculos en los que se agrisa la tarde.

La que había oído ese mensaje, a su vez, y tras probar en carne propia su efectividad, difundió el modo de vestir una mota, asumir una raya irregular o elevar, incluso, una pequeña protuberancia. ¡Cuántas hojas hay que mirar en el otoño de su adiós, en su sequedad anterior al desprendimiento para salvar la vida! ¡De cuántas quietudes y fijezas están hechas serenidad y salvación! Cada perfección natural se construye, entonces, sobre cien imperfecciones estudiadas, extraídas con paciencia de la rectitud de la rama y del limbo que al estrecharse se engarza al árbol, porque también de eso saben los pájaros, de la porción laminar de la hoja, sostén de su oscilación y danza, de ahí que, al

posarse, las patas de la mariposa se estrechen tanto que mimen el tallo.

—¿Estoy bien así?—preguntó en la penumbra del bosque una Kallima recién nacida a una mayor.

—Hoy—le respondió aquella a la que ya había amado y se disponía a sembrar sus huevos—, ahora mismo, tus alas pueden mostrar un borde roto, una mancha negra, un punto gris. Pero como el ojo depredador aprende pronto, mañana deben revelar una breve claridad mechada de franjas oscuras. Nuestras alas se salvan variando su aspecto, borrando lo previo y absorbiendo lo distinto.

—¿Existe, acaso, un número para culminar lo variable así como hay cifra exacta para la paridad de nuestras antenas, o bien nunca terminaremos de aprender?

—Detente en el hallazgo—agregó la madre inminente—, y tus enemigos no tardarán en descubrir la comodidad de tus hábitos. Recompone una y otra vez tu destino, y pasarán sin molestarte delante de tus talentos y debilidades para alegría y silencio de tus horas.

HIJAS DEL FUEGO

En Madagascar cuentan la siguiente leyenda.

—Daré—dijo el fuego—un regalo a cada una de mis cuatro hijas, Tea, Chispa, Brasa y Lllamarada—la única de las cuatro que, transformada en mariposa nocturna, transmitió la historia a un viejo que se llamaba Tanana.

Tanana fumaba en pipa. Era pescador, viudo y amante de los veranos de color violeta en los que se abren suavemente las orquídeas.

—Daré, dijo entonces el fuego—evocaba el viejo pescador—, un obsequio a cada una si descubren mis tres virtudes y mis tres defectos.

El fuego habla más o menos en voz alta según sea su comida, escucha mejor cuando se está apagando y protesta irritado cuando lo extingue la lluvia.

—Tus tres virtudes son—le respondió Tea—el calor que brindas al friolero, la luz que abres en el oscuro pulmón de la noche y la persuasión con que ablandas el hierro.

Chispa, Brasa y Lllamarada estaban calladas. La primera volaba alrededor de su padre, la segunda meditaba al rojo vivo entre dos trozos de carbón y la tercera danzaba sobre sus lenguas pensando cuáles serían sus respuestas.

—Los defectos de esas virtudes—agregó Chispa, mirando con displicencia a su hermana Tea—son que demasiado calor quema, la mucha luz impide dormir y el hierro acaba por fundirse si no se lo retira del fuego.

El padre no decía nada. Continuaba consumiéndose y consumiéndose, seguro de que, entre hijas tan perspicaces, la herencia de su vivacidad no se perdería.

—Ya sé—comentó Brasa—, tus tres virtudes son que transformas todo cuerpo en el tuyo, eres rápido al principio y lento al final, y siempre subes, nunca bajas.

El padre de Tea, Chispa, Brasa y Lllamarada crepitó feliz. Los comentarios de sus hijas corroboraban su propia inteligencia.

—Pero los defectos de esas virtudes—dijo Lllamarada—son que tanta claridad, brillo y resplandor concluyen en el más opaco de los negros, la agilidad del principio es una fuga y la lentitud del final una agonía, para no hablar de que no poder bajar lo que se ha subido es más una vergüenza que un orgullo.

Lllamarada fue la única, sostenía Tanana, en decirle a su padre que jamás regresaría por donde había pasado.

Las respuestas y los comentarios se explayaron durante varios días, contaba el pescador. Todas las hijas del fuego tenían algo de razón, pero sólo una de ellas lo había vuelto consciente de su poder destructivo señalándole la esterilidad que dejaban las huellas de sus estallidos: bosques quemados, casas destruidas, cosechas convertidas en ceniza. Lllamarada recibió por ello, agregó el viejo pescador, el mejor de los regalos del fuego: un traje de mariposa nocturna para visitar los lindes del bosque y las proximidades del mar.

Al fuego no le gusta que le mientan, pensaba Tanana, pero tampoco que le oculten los peligros de su fuerza.

Chispa hizo del hilo invisible que le tocó en suerte una escalera altísima para visitar las estrellas, Tea recibió el don de convivir con los seres humanos apagándose y encendiéndose según desearan sus huéspedes, y Brasa recibió de su padre contención y el arte de regular los asados. En cuanto a Lllamarada, unos dicen que es la única de las hijas del fuego que podemos tocar en la forma de la mariposa *Epicausis mithii*, y otros que, con el fin de renovar el encanto de sus mechones abdominales, ondea sus llamas de perfume cerca de los amantes para que éstos no olviden nunca el ígneo sello del amor. Su incipiente fervor y su final tibieza.

EL ABANDONO DEL PARAÍSO

No todos los paraísos de los que se tiene memoria son creación de un dios único, omnipotente y omnipresente. En Papúa, en Nueva Guinea y en las islas Fiyi circula una fábula que dice que cientos o tal vez miles de espíritus contribuyeron a la formación de ese espacio de maravillas en medio de un océano de terrores que suele ser el paraíso. Cada uno de los espíritus hizo lo suyo, un helecho arborescente, aves multicolores y frutas que se desmayan al madurar. Los espíritus del fuego pintaron las flores, los del viento afilaron hojas, los del sueño dividieron las horas y los cantos. Y en medio de todo ese esplendor, rodeado de cascadas que cantan su alegría al pie de las rocas, el ser humano, incansable, curioso, impulsado a ir de acá para allá por las oscilaciones de un corazón transgresor, se dijo: «Para qué quedarme donde estoy si mis ojos ven dónde podría estar».

De modo que buscó la salida como una hormiga abandona su hormiguero o una ola deja, exánime, el mar que la alzó para escurrirse entre los poros de una arena deslumbrante, pues la quietud es, para los hombres, la última de sus resignaciones, el límite que se percibe tras la fuga de las fuerzas. A menos que no exista otra opción, no se la convoca. Así pues el hombre dejó el paraíso, convencido de que le resultaría fácil, cuando quisiera, retornar a él. Lo siguieron el mango y el bambú, el árbol del pan y las tortugas, la paloma y el canguro arborícola, el cocodrilo y el halcón imitador, la lechuza dorada, el hibiscus y el petrel de las tormentas. Poco a poco, el mundo conocido se llenó de progenies diversas, tribus, familias y linajes. Los huesos de las frutas viajaron en el vientre de los loros, los ríos alejaron a los peces de las grutas de su nacimiento y el paraíso se perdió de vista. La última en salir de él fue la mariposa que llaman *Milionia paradisea*, una pequeña geométrida azul, roja, negra y naranja, que se quedó a ver la puesta de sol sobre los árboles.

Como tiene unos pequeños espejos celestes a ambos lados del cuerpo, reflejos metálicos que nacen de sus escamas prismáticas, el sol que se iba proyectó sobre ellos el plano del paraíso reduciéndolo a dos o tres destellos evocadores. Ni que decir tiene que nadie, y mucho menos el ser humano, halló jamás el camino de regreso al paraíso. A medida que transcurrían los milenios, a medida que la tierra giraba sobre sus ejes y la luna abría y cerraba su abanico, la desmemoria obligaba a las especies que habían abandonado el lugar original a nuevas y más distantes migraciones. Flotando sobre cocos, semillas y huevos minúsculos colonizaban islas cercanas, las mareas llevaban y traían canoas, los tornados lavaban el cielo y las estrellas volvían a pintarlo.

Cada cierto tiempo, empero, hombres, animales y plantas tenían un ataque de nostalgia, dulcemente les mordía el atrás. Se acordaban con placer de algo, pero no sabían de qué, degustaban un sabor espléndido en la punta de sus lenguas y pistilos sin poder identificar la fuente de esa delicia y bienestar.

—Tal vez el paraíso fue un aroma—dijo el hombre.

—Quizá fuera nuestra manera de verlo la que le concedía sus virtudes—dijo la lechuza dorada, que tenía el mapa completo de la noche en sus pupilas.

—A lo mejor—rumió el canguro—era el equilibrio de su clima lo que lo hacía inolvidable.

—Seguramente nuestra serenidad creaba su hermosura—dijeron al unísono dos grajillas.

Tantas eran las conjeturas, suposiciones y criterios, que el aire se llenó de enigmas convergentes. La última en abandonar el paraíso fue la primera en afirmar que conservaba sus reflejos.

—Miradme bien—exclamó la mariposa—. Gracias al sol conservo destellos de nuestra común morada.

Un lagarto que no la creyó intentó comerse a la geométrida. Los ojos de un cerdo salvaje no vieron bajo las patas del insecto otra cosa que una baya podrida. La tortuga asomó su melancólica cabeza y confesó que para ella lo perdido sería siempre menor que lo hallado.

El hombre vio a la mariposa y la mariposa vio al hombre.

—Quizá el cruce de nuestras miradas lo reencuentre—dijo el ser humano.

—Siempre y cuando no le pidamos quietud a las ráfagas de su atmósfera—respondió la mariposa—, pues lo que una vez rechazaste por demasiado manido no regresa a ti una segunda vez como novedad.

El hombre vio los reflejos del paraíso en las alas de la geométrica y sonrió sin más.

La mariposa vio la sonrisa del hombre y comprendió que también esa curvatura formaba parte de la antigua belleza abandonada.

DESPUÉS DEL TERREMOTO

En Muroran, en el norte de Japón, frente al océano Pacífico, tras un terrible terremoto que derrumbó casas, obturó pozos y arruinó almacenes y caminos, huyeron los colores. Hombres, enseres y animales se tornaron grises de día y negros de noche. Resquebrajada, la tierra tenía hambre de niños y de luces. Exhibía la voracidad de sus profundidades sin piedad, con ruidos de rabia y toses de azufre que asustaban aún más a los supervivientes.

Una mujer llamada Shin, Aguja, decidió internarse en las montañas para buscar allí los colores. No tenía más familia que un hijo pequeño que dejó al cuidado de amigos. Vivir sin los colores le parecía, a ella y a los de su pueblo, más duro que pasar hambre o carecer de instrumentos musicales para calmar el malhumor del tiempo. Pronto llegó ayuda del sur. Sacos de arroz, bidones de agua potable, calabazas y puerros y algas secas. Los que tenían ánimo para pescar salieron a la mar, quienes conservaban algo de energía reconstruían sus viviendas. La tierra de labranza era gris, los arcos de los templos también. Y cuando no eran grises las cosas, eran grises las expresiones de los rostros que las observaban.

Shin subió a las montañas con unas pocas provisiones y un viejo calidoscopio de bronce, el ruido de cuyos cristales hacía y deshacía flores de colores que le recordaban, en todo momento, aquello que había desaparecido. Como otros un bastón para ayudar a sus piernas, Shin empleaba el calidoscopio para apoyar en él su voluntad y para tener presente, a través de sus imágenes, cuál era su objetivo. Le parecía milagroso que el terremoto, tal vez por no verlos, le hubiese dejado al calidoscopio el rosa, el azul, el verde, el rojo y el amarillo en líneas y formas que se armaban y desarmaban más fácilmente de lo que se levanta un pueblo que ha caído.

El gris de día y el negro de noche continuaban, le pareció, más allá de las

montañas, lo que daba idea del vasto alcance del terremoto, que no sería el último en aquellos parajes que la furia del océano solía visitar en compañía de tornados y de lluvias.

¿Dónde encontraría Shin los colores y cómo convencerlos de que volvieran al pueblo?

Interrogó al ruiseñor, al río y a las cuevas. Lloró y suplicó al cielo, esgrimiendo, en ocasiones, el calidoscopio como una espada y gritando al alba su dolor.

El ruiseñor dijo:

—Para la próxima primavera todo habrá vuelto a su cauce.

El río dijo:

—Que los jóvenes diluyan acuarelas con sus lágrimas y pinten con ellas el color de su deseo.

Las cuevas dijeron:

—Si por el momento no hay remedio a vuestro mal, aprended de nosotras: la humedad consuela nuestra constante sombra, refugio del débil y protectora de sueños.

Cuando había pasado una luna desde que Shin se pusiera en marcha, el clima mejoró, tanto que la mujer decidió bañarse en un lago. Dejó sus pertenencias sobre unas piedras y entró desnuda en el agua. Espiró e inspiró, enhebrándose a la hora como un gota de lluvia a una rama florida.

Shin había dejado una ciruela pasa al aire libre, comida tentadora para la mariposa que los sabios llaman *Cerise xanthocosma* y en cuyas alas superiores pequeñísimas estrellas quietas son envidia de las móviles. La mujer se acercó con cuidado, tratando de no espantar a su visitante. En sus alas inferiores un oro opaco rodeaba manchas y puntos negros. Sus antenas eran dos inquietos estambres.

—Veo que te gustan mis ciruelas—le dijo.

—Una delicia—respondió con voz casi inaudible la mariposa que, aunque era nocturna, solía volar al caer la tarde en pos de néctar y polen.

—Tengo bastante más en mi casa—se atrevió a decir Shin.

—¿En serio?—revoloteó el insecto.

Con los años, nadie recordaría si el inicio de esa conversación había tenido lugar junto al lago o en algún momento del último de los tres días que

Shin, acompañada por su minúscula amiga, tardó en regresar a Muroran. Al llegar, sobrevolando el desastre, la mariposa ya sabía que a cambio de las dulces ciruelas tenía que dejar caer el fino polvo de sus alas sobre la gris huella del terremoto.

Para convencerla, la mujer le dijo que no sería la única en contribuir a devolver los colores al pueblo. Las cuevas les habían sugerido que la húmeda sombra puede ser un consuelo y lo aceptaron; el ruiseñor había cantado las bondades de la próxima primavera y agradecieron su consejo, y el río había señalado el valor de las lágrimas y ningún joven se quedó sin pintar con ellas su deseo.

Primero volvió el verde, de la mano del musgo y las gramíneas; después el amarillo de las caléndulas, y por fin el rojo de las amapolas. Más tarde llegaron el violeta, el añil y el naranja.

Shin, es decir Aguja, volvió a casarse con un hombre más joven que ella cuyo deseo pintado había llegado hasta su puerta, y tuvo con él un hijo al que llamaron Zoku, que quiere decir ‘continuar’, pues ¿quién, en sus justos cabales, no desea seguir vivo cuando colores y matices vuelven a visitar sus ojos? ¿Quién, ante la infinita variedad del mundo, puede abstenerse de celebrar la gradación de tus tonos?

COMPAÑERO DEL ALIENTO

Cincuenta años después de la muerte del poeta Nizami, quien en su *Khamsa* o «Quinteto» contó la extraordinaria historia de Shirin y Cosroes, Omar Waqti retomó el tema en su *Ham-nafas*, «Compañero del aliento», un breve relato en el que una mariposa cuenta la aventura de los enamorados desde una perspectiva insólita, en clave sufi. Omar Waqti ya había descrito antes, en su *Firas e-sér*, «El tapiz secreto», cómo puede uno viajar en meditación y en trance sin moverse de su cuarto, y hasta qué punto el diseño de una alfombra induce al alma a salir de su laberinto de carne para ingresar en su cuerpo de luz. Quiso, por tanto, narrar el viaje desde el punto de vista del amor entre el hombre y la mujer.

La mariposa que cuenta la historia se llama Talab. Omar Waqti la describe pequeña, muy semejante a la criatura nocturna que en español llaman esfinge moro o esfinge colibrí, cuyo color pardo y ceniza sobrevuela las regiones paleárticas, India e Indochina. Puesto que Talab dice de sí misma que es la única entre las de su especie que vuela hacia atrás, su semejanza con el colibrí es obvia. Confiesa, al principio del relato, amar los arbustos bajos, la madreselva y los jazmines del atardecer. A veces, cuando la luz le acaricia el tórax, sus alas posteriores adquieren un brillo leonado.

Talab habla en primera persona. Su estilo es piadoso y sensible, como el de una viejita de voz delicada pero firme. Volar hacia atrás significa, para ella, que puede desandar el camino de sus personajes y verlos de niños en sus respectivos hogares.

Cosroes era un príncipe persa hijo del rey Hurmuzd, mientras que Shirin era la sobrina de la reina de Armenia, así que al comienzo de la historia la distancia entre ambos parece insalvable, cosa que, y para el amor, más que un impedimento es un estímulo. El relato sostiene que Cosroes se enamoró de un

sueño. Se vio a sí mismo cabalgando el caballo más veloz del mundo, *Shabdiz*, y constató que como premio a su carrera obtenía la mano de Shirin. Dos días después de ese regalo onírico, su amigo Shapur regresa de Armenia y le cuenta que, en efecto, allí vive una princesa llamada Shirin. El sueño y la realidad se enfrentan y gimen en el pecho de Cosroes, quien, casi al borde del desmayo, piensa que no habrá para él ningún amor como ése. Descendido de la estrella polar a su pobre cabeza.

Por compasión para con su amigo, cuenta Talab la mariposa esfinge, Shapur regresa a Armenia con un plan irresistible: paga a los servidores de la reina para que cuelguen retratos del príncipe Cosroes aquí y allá hasta rodear por completo el palacio de la bella muchacha, haciéndose presentar más tarde a Shirin para confiarle cómo puede llegar hasta Cosroes, el dueño de aquel rostro espléndido. La fuerza de las imágenes es la lengua de Alá, dice Talab, el poder de las palabras su música y el encanto de las sílabas el mejor de los señuelos para las almas que buscan.

La princesa huye de noche, sin ser vista, prosigue Talab, pero ése no es un acto para la mujer común ni para el hombre de a pie. A menos que el amor te arranque el corazón y vuelva a ponerlo en su sitio pero al revés, a menos que el amor te empape la lengua de miel y pulse las cuerdas de tus tendones con una música irresistible, no vayas en su búsqueda. No salgas, no corras, ni saltes, ni preguntes. Quédate donde estás. El gran amor es para los seres grandes, el pequeño para los pequeños, dice Talab. En el grande, el riesgo va de la desposesión a la entrega; en el pequeño, de la alianza al interés. Shirin montó el caballo más veloz que pudo encontrar en los establos de su tía la reina y, siguiendo las indicaciones de Shapur, cabalgó y cabalgó. Después de catorce días de marcha, exhausta, llegó a una charca de aguas límpidas, se desnudó y destrenzó los cabellos, cuyo color era el de una noche sin luna ni estrellas. Creyó que el contacto con el agua fresca renovaría sus fuerzas, que un masaje líquido le concedería unos instantes de olvido y que viajar era, en cierto modo, haber llegado.

Entretanto, dice Talab la mariposa, Cosroes, compelido a abandonar Persia por razones políticas, se dirigía a Armenia cuando se topó en su ruta con una visión extraordinaria: la de una mujer joven bañándose en una charca. En sus curvas temblaban gotas de luz, y entre sus senos nacía la aurora. Atónito, Cosroes se acercó a ella tan silenciosamente como pudo.

Sobresaltada Shirin por aquella presencia, se cubrió con sus cabellos, se vistió de prisa y huyó al galope. Tan ardiente era su deseo, que Cosroes hubiese poseído allí mismo a esa hermosa mujer. Jamás habría creído que se trataba de Shirin, ni Shirin, por su parte, hubiera podido imaginar que huía de quien amaba.

¡Si todo fuera tan sencillo, exclama Talab la mariposa esfinge, no habría leyenda, ni parábola de amor, ni incitación a proseguir su búsqueda! Pues ¿de qué modo se puede hallar el centro si antes no se recorren los extremos? Ella llegó a Persia para descubrir que él había ido a buscarla, él alcanzó Armenia para constatar que ella había partido tras su imagen. Y es aquí, oh, buscadores, oh, hijos del tiempo, oh, sorprendidos míos, dice Talab, cuando al volver sobre sus pasos y redescubrirse—ya que eso es el auténtico amor, un redescubrirse—, yo los rocé con mis antenas en el momento del abrazo y les transmití esta enseñanza:

—Dos son las alas pero uno el vuelo, evidente el reconocimiento pero invisible la constatación.

Tan completo fue entonces el abrazo que se dieron Shirin y Cosroes, que ni el yo, ni el tú, ni los demás pronombres hallaron lugar entre sus pechos, pues el mar del amor no tiene costas, islas ni exacta cartografía. Creeréis, oh, peregrinos, que la bondad del diálogo es superior al silencio compartido, pero es en la profundidad del pozo callado donde la oscuridad aclara el agua. Escuchad lo que dice Talab:

—Un ala sola es sacudida y ruido; dos y al unísono, ascenso en los rayos del sol al fruto de la identidad.

Omar Waqti, el autor de *Ham-nafas*, «Compañero del aliento», murió en el año 1281 creyendo ver en la auténtica mariposa esfinge que visitó su jardín unos días antes los cuerpos sutiles de Shirin y de Cosroes enlazados desde siempre hasta siempre. Su último pensamiento fue: «Tú crees abrirles la boca a tus palabras, pero es Alá quien distribuye los acentos».

CONTIENDA DE AMOR

El papel que los venenos han jugado en la historia de los hombres enlaza dos de sus tendencias más nefastas: la de matar lo que se interpone en su ambicioso camino, y el hacerlo de modo tan sutil que sea casi imposible señalar al culpable del crimen. Por eso en las dinastías chinas, indias o persas, y desde niños, los príncipes solían recibir un pequeño pote con una mezcla que incluía las pócimas más peligrosas cuya gradual ingestión les confería inmunidad. Se vacunaban, de ese modo, contra la furia de las cobras y la ira de los escorpiones, el mal de la cicuta o la leche de las euforbias. La figura del copero se agregó más tarde, con el fin de aumentar la seguridad de los reyes cuyas posesiones y fronteras habían crecido tanto que por ellas se filtraban, en medio de lejanas maquinaciones y turbias alianzas, venenos desconocidos.

Polvo o líquido, el veneno fue y aún es, en algunas latitudes, un agente del cambio político. Pero también un escollo a superar en las contiendas de amor.

Ocurrió en cierta ocasión, de esto hace casi siete siglos y en la región del Altai, cuando los señores mongoles extendían sus rebaños de caballos hasta Ulan Bator y plantaban sus tiendas junto al ventoso umbral del Gobi, que un joven halconero y un príncipe se enamoraron de la misma mujer, llamada Borte.

Generoso, el príncipe aceptó dirimir el asunto con justicia en una contienda, pues el halconero Tarqut era amigo suyo desde la infancia, y Borte nunca amaría, según dejó claro, a nadie por la fuerza. Cedería su corazón a la destreza, nunca a la violencia. En sus ojos oblicuos no se reflejaba la predilección que sentía por el halconero, ni sus contenidos modales daban a entender al príncipe que no era de su agrado. De un lado estaba el gusto, y del otro el deber, tal y como registran los tiernos y tenebrosos anales del amor.

Por el humilde aleteaba, empero, la nariz de Borte acusando su elección, y hacia el noble dirigía los hombros de su indiferencia.

Tarqut el halconero amaba la sonrisa lunar de Borte, y estaba decidido a hacer cualquier cosa por tenerla a su lado para siempre. Pero Sorqan el príncipe la amaba aún más, y quería poseer la oscilación de sus caderas. Se nombraron tres jueces y propusieron tres pruebas: una lucha contra el viento en pleno desierto, una cabalgata montando al revés y con las crines por riendas, y por fin la ingestión de insectos venenosos, zigenas azules, grises y rojas en cuyas alas el cianuro cedido por las plantas duplicaba su fuerza corrosiva. Quien venciera en dos de las tres pruebas se llevaría a Borte a su tienda; el que cayera al suelo vencido por el viento, tirado por el caballo o descompuesto por el veneno, y tocara con sus manos la tierra, ése perdería.

La abuela de Tarqut, a quien la coza de un caballo había concedido el don de adivinar y ver más allá de las apariencias, herborista, partera y amante despechada por el bisabuelo del príncipe Sorqan, intuyó el peligro que corría su nieto halconero si ingería la zigena azul, gris y roja equivocada. Como su primo Chinguis era el chamán que proveería los caballos, señalaría la zona del desierto en la que se lucharía contra el viento, e iría en pos de las zigenas, le sugirió que podía ayudarle en esta última tarea pues sabía dónde, en qué arbustos o hierbas palustres moraba la mariposa.

Se cantó y bailó en torno al fuego, anunciando que al día siguiente comenzaría la contienda. Borte temía más por la vida del halconero que por el eventual triunfo del príncipe Sorqan. Los músculos de éste eran más fuertes y sólidos que los de su favorito, pero por eso mismo su cuerpo era menos flexible. Así que en la lucha contra el viento ganó Tarqut, y en la carrera con las crines por riendas Sorqan. El que en la tercera de las pruebas resistiese en pie los efectos del cianuro en las alas de la zigena, ése sería, al fin, el esposo de Borte.

La abuela de Tarqut sabía que hay zigenas parecidas pero distintas, unas con más y otras con menos cianuro en sus alas, de modo que obtuvo para su primo el chamán ejemplares de las dos clases. También sabía que el príncipe escogería el insecto más pequeño, y que la vieja costumbre de lamer su mezcla preventiva actuaría, tal vez, en su favor.

La noche previa a la prueba final llamó aparte a su nieto el halconero y le dijo:

—Escoge, entre todas, las mariposas más grandes. El amante que más arriesga es aquél a quien el amor prefiere.

A la hora indicada, rodeados por hombres, mujeres y niños excitados, el príncipe y el halconero se acercaron a la jaula de pelos de elefante en la que revoloteaban siete ejemplares de zigenas. Gentil, Sorqan ofreció al halconero escoger primero. Alto, seguro de su inmunidad, buscaba con esa deferencia demostrarle a Borte la corrección de su carácter. La atenta mirada de la abuela de Tarqut percibió, en el orgullo de las cejas del príncipe, un rasgo que recordaba con amargura. El del hombre que la convirtió en una amante desechada. Su bisnieto merecía perder.

Tarqut se llevó el primer ejemplar a la boca y mordió el insecto que no tenía, supo más tarde, veneno. Por su parte, el príncipe Sorqan escogió las mariposas más pequeñas, el veneno de las cuales, y para su desdicha, no figuraba en la mezcla a la que estaba habituado.

Tarqut comió las tres más grandes y Sorqan tres zigenas de las pequeñas, y al final fue el príncipe quien, tambaleante y pálido, cayó al suelo y tocó en el polvo frío la pérdida de Borte.

Los jueces confirmaron el triunfo de Tarqut el halconero y reanimaron con suero y leche de cabras al aturdido príncipe. Por fortuna, más fuerte que el cianuro, su sangre acabó venciendo los nocivos efectos, pero después de acusar las náuseas y mareos que lo derrumbaron.

Por la noche, en la tienda de la abuela, en compañía de la mujer que amaba, Tarqut le preguntó:

—¿Cómo sabías que resistiría el veneno de las mariposas más grandes?

—Eran las inocuas—explicó la adivina y herborista.

Borte sonrió: una vez más, la astucia femenina superaba a la fuerza masculina.

—Además—prosiguió con un ademán de triunfo la abuela del halconero—, el amante que más arriesga es aquel a quien el amor prefiere.

Sucedió en el Año de la Rata, hacia fines de la primavera, cuando los lirios azules del desierto evocan las fuentes de agua del cielo.

HERMANAS DE LAS FLORES

«Son hermanas—se dijo Vincent la mañana de mayo de 1890 en que las iba a pintar—, las mariposas y las flores son hermanas».

A esa hora, en Auvers, las calles y los pueblos olían a pan y a café. En los campos cercanos, la flor de la lavanda y las hojas del melocotonero eran visitadas por el negro abejorro del dolor. Le molestaba un poco el hombro derecho de cargar el caballete y le picaba la barba rojiza. ¿Para qué seguir pintando si nadie tenía interés real en su trabajo? Eso, ¿para qué seguir si apenas era un cromático fantasma de cuyo carácter todos desconfiaban? El largo camino recorrido desde los días de las granjas en Hoogeveen, las campesinas que trabajan la tierra, su torpe martín pescador, los oscuros mineros, las patatas y los humildes zapatos, el tortuoso camino hasta llegar al Mediodía francés que no había conseguido apartarlo del todo de la melancolía, se le antojó vano e inútil. El verdadero arte era una cosa de pocos para pocos, áspero y arduo, pues la belleza que el mundo supura grita lo que jamás será oído: ¡miradme despacio!

El afán de la época eran el número y la máquina, la prisa, el negocio y la explotación. El genio de la cantidad ahondando las heridas de la pobreza.

—Son hermanas e hijas de la primavera—suspiró Vincent van Gogh, plantando su caballete entre las amapolas todavía húmedas. Las lágrimas del rocío pendían de tallos y corolas.

Las mariposas, dos blanquísimas piérides, iban y venían sobre el campo de mayo. El color de la escena, como siempre, le hirió los ojos, porque cuanto más lo miraba más misterioso le parecía. Tenía que contárselo a su hermano Theo, debía escribirle esa misma tarde acerca del cremoso, roto blanco de las mariposas despertando en medio de las adormideras. Lejos de allí, siglos atrás, los griegos de Eleusis habían venerado la dulce y secreta relación entre

el trigo y la amapola, ignorantes, tal vez, de la complementariedad del rojo y del verde, el fuego y el agua, padre y madre de la naturaleza entera.

Pasó un carro por el camino, lento. Saludó al conductor, pero no recibió respuesta.

Las chinchas arlequines y las caléndulas silvestres mezclaban, para el amor, sus cálidos tonos.

Vincent apretó los pomos con fuerza. Trazaría los rasgos principales y luego completaría el trabajo a cubierto, esa misma noche o al día siguiente. Como él, los hombres que peregrinaban a Eleusis buscaban morir y luego renacer; ellos a la vida cósmica de Deméter, él al universo entero del color. ¡Cuánta razón había tenido Goethe al decir que los colores eran los actos y sufrimientos de la luz! Ninguno de sus actos estaba exento de sufrimiento y su propio peregrinaje había sido del negro, el marrón y el gris de Holanda a los verdes, azules y oros del paisaje provenzal, de la fe en la redención por Cristo a la redención por la fe en el arte. Blanco y negro eran los extremos morales de la luz, su afirmación o su negación, pero lo que había entre ambos era el auténtico, el verdadero tesoro de la vida que sólo la ciencia del matiz podía celebrar. Habiéndose demostrado que no servía para predicar, constatando que la vía del amor humano le era difícil cuando no inaccesible, sólo le quedaba el oficio de recoger alegrías y esperanzas para otros. Espiar almendros, lirios, rostros y resurrecciones.

—Volved—suspiró Vincent hablando a las mariposas—a la altiva fragilidad de vuestras hermanas amapolas. El hijo del hombre está aquí para expresar vuestro encanto. El hijo del hombre todavía está aquí. Entregado a la pasión de pintar lo que no debe morir.

EL ALFABETO ALADO

Una mañana de hace muchísimo tiempo, mientras el naturalista y fotógrafo Kjell Sandved miraba por el microscopio una mariposa nocturna tropical, descubrió en una de sus pequeñas alas la letra F. Ese hallazgo le produjo primero euforia y luego intriga. Quizá, pensó, fuera posible hallar entre todas las mariposas del mundo el resto del alfabeto, escrito con escamas y líneas, curvas y puntos en la fragilidad de las alas. Estampado allí por alguna deidad calígrafa mucho antes de que el ser humano se pusiera en pie en la tierra que llegaría a dominar. ¿No reconocían los antiguos chinos el origen de su escritura ideográfica en las huellas dejadas por los pájaros en la arena o el polvo, y no veían en el *wen*, el carácter o sello de lo hablado, una extensión de las vetas de las maderas y de los polígonos impresos en el caparazón de las tortugas? Fu Xi, el emperador mítico, vio surgir una yegua del mar, y sobre su lomo las rayas, óvalos y líneas de las ideas que quería expresar.

Nada se inventa, todo se descubre. Ninguna forma, por minúscula que sea, es ajena a la madre de todas, la naturaleza.

Veinticinco años después de su primer descubrimiento, Kjell Sandved completó, tras visitar más de treinta países y hacer miles de fotografías, el resto del alfabeto. Como si de coordinar un vasto y críptico puzzle se tratara, atravesó las pluvisilvas de Centroamérica, África y Asia, se detuvo en los trópicos, acampó en los desiertos y observó, extasiado, floraciones de almendros y amapolas hasta hallar aquí una X, allí una R, más lejos una P, signos, muescas de un poema que se abría y cerraba al compás errático de las alas que los transportaban sin saber, quizá, que algún día el ojo del hombre podría leerlos. Más aún: también encontró las diez primeras cifras, del cero al uno en las alas, dando así con un tesoro que dispuso su intriga e incrementó su euforia. Si el alfabeto preexistía antes de su invención, y si de ala en ala

contribuía a la polinización cruzada así como la escritura cruza fronteras para escribir lenguas distintas con idénticos signos, ¿cómo no evocar a Platón y su anamnesis o reminiscencia? Todos nuestros conocimientos—dijo el filósofo—, no son sino reconocimientos. La telaraña precede a la red y los cristales a la geometría. Por más que la cultura parezca alejarse de la naturaleza, no es sino una de sus posibles extensiones. Aristóteles, que fue el primero en establecer un nexo formal entre nuestra psique y la mariposa, ¿pensó en la fantasía de su vuelo o simplemente constató que, y en el cráneo humano, el hueso esfenoideas tenía precisamente esa forma?

En una negra y amarilla *Papilio* de Nueva Guinea, Kjell Sandved halló la letra A. En Ghana, cerca del Atlas, una satúrnida, al caer la tarde, le reveló la letra B. Otra papiliónida del África occidental llamada cola de golondrina le regaló la C. Su labor de espía de las polillas y las mariposas se fue perfeccionando día a día, viaje a viaje, al punto tal que Kjell Sandved comenzó a preguntarse si no había algo de eterno en esa búsqueda, pues cada hallazgo era un experiencia mística y cada experiencia mística era, a la manera antigua, un veloz pasaje entre el *Liber Dei* y el *Liber Mundi*, un fulgurante desliz entre el tipo y el arquetipo, entre el original y su modelo. Una pequeña apolo de Suiza le ofreció la letra D. Para entonces, cuando encontraba objeciones a sus hallazgos, el fotógrafo se defendía diciendo que había que observar con atención, desenfocando de cuando en cuando la mirada, esforzándose «en contemplar la realidad como lo hacen las mismas mariposas, con sus múltiples y sensibles ojos compuestos». Las letras no estaban siempre en el mismo sitio. Algunas preferían los bordes, otras la cercanía del tórax.

En Venezuela, una noctuida gris y negra le mostró la E. Había llovido, y el aire olía a selva y almizcle, fermentos y hojarasca. En una catagrama de Brasil, Kjell Sandved encontró la F bajo el pulido cristal de su lupa suiza, al borde de un camino de montaña. En las lluviosas florestas de Bolivia y en las alas azul metálico de una riodinida, al alba, junto a un arroyo, posada entre hojas grises, la letra H. Tras ese encuentro comprendió que el mismo alfabeto tenía un orden aleatorio, cuyo origen era difícil de rastrear. Aunque las vocales eran menos que las consonantes y en algunas lenguas, como las semíticas, a veces se escriben y a veces no, su sitio en el collar fonético no es simétrico, ni mucho menos lógico. El azar tuvo, sin duda, su papel en el asunto. La creciente curiosidad lo llevó a consultar el libro de Robert

Claiborne *The Birth of Writing* y el clásico de Pope *The Story of Decipherment*, constatando que, en efecto, un cambio en la posición de las tablillas cuneiformes o el paso del soporte de madera al papiro egipcio determinaban diferencias en el diseño de las letras, a semejanza de cómo, entre las mariposas, un desplazamiento de hábitat puede hacer, con el tiempo, variar sus dibujos.

En las largas escamas negras y azules de una metálica de las Guayanas apareció la I.

¡Cuán minúsculos eran, a veces, esos trofeos alfabéticos! Requerían, para ser descubiertos, que Kjell Sandved desplegara todos sus artilugios, lámparas y microscopios. Una vez hallados, había que anotar con exactitud en qué ángulo era preciso buscar las letras ocultas. Junto a las descripciones del lugar, el clima y la hora, el fotógrafo empezó a jugar con frases que contuvieran los signos hallados, de manera que cada mariposa pasó a ser la inicial de una sentencia que recordaba a la rosa que florece en el poema de Huidobro y la peonía que crece en los versos de Wang Wei.

Los hallazgos traían felicidad, la felicidad de estar incrementando el sentido del mundo. No mediante la dilatación de su perfil taxonómico, sino esbozando una trama lúdica que iba de las letras a las alas y volvía de las alas a las letras mientras dibujaba, en la mente del observador, una guirnalda de alegres sinapsis. Esa felicidad bien valía su paga en fiebres y picaduras de mosquitos, caminos abruptos y abismos de sonoras cascadas. Kjell Sandved dormía en lugares de mala muerte y comía lo que le ponían sobre la mesa con tal de estar cerca de los puestos de caza y observación en el instante justo. Sus jóvenes guías reían su torpeza, pero acababan por admirar su tozudez. En las alas azules y negras de una *Papilio* de las Célebes, en Indonesia, el fotógrafo descubrió dos letras J, inversión especular una de la otra. En un segundo cuaderno de campo, Kjell fue dibujando las mariposas con las letras ya encontradas a un mismo tamaño, poniéndolas por orden alfabético con el fin de componer más tarde sentencias alusivas según fuera la inspiración del momento.

A veces transcurrían meses entre viaje y viaje. Cientos de fotos hubieron de ser descartadas porque lo que había entrevisto bajo un cielo nublado en Corea podía revelarse muy distinto en la oficina del Smithsonian en la que el fotógrafo tenía su guarida de decodificador. Cuando el alfabeto había llegado

casi a su mitad, niños, adolescentes y mujeres comenzaron a compartir con Sandved sus descubrimientos, confirmando así que su punto de vista no era único ni intransferible. Las críticas y objeciones más duras procedían del campo de los científicos y biólogos, que ironizaban sobre el hecho de que el alfabeto encontrado fuese el latino y no el sánscrito o el griego, a lo que el fotógrafo respondía que muy probablemente, y en el futuro, alguien hallaría otras escrituras en las semillas o en las distintas hojas de los árboles, ¿por qué no?

En una bajá de tres colas, una ninfálida de África, que busca su alimento en las frutas podridas con la misma avidez que las moscas, y entre rostros y corazones, el fotógrafo halló la letra K. Junto a un río de la selva peruana y en una metálica, Kjell leyó la letra L. Ese mismo día, al atardecer, el cazador de imágenes escribió que la existencia sutil de los seres alados inspira amor por las pequeñas cosas volátiles: hojas, granos de polen, amentos y sámaras. El Buda y Jesús habían amado el grano de mostaza, Heráclito las breves chispas de un fuego que nunca se extingue, Al Kindi las semillas de la adormidera y Feng Li una miosotis cortada por el filo de la lluvia. En Colombia, y al observar con detenimiento una geométrida verde, en los bordes de cuyas alas la astucia dibujó hojas secas para confundir a los pájaros, apareció la letra M; por cierto, una de las más frecuentes de hallar junto con la O de los ocelos. Que al comenzar su viaje iniciático Kjell Sandved viera más mariposas que veinticinco años después, cuando estaba a punto de culminarlo, era un motivo para preocuparse. Guerras, deforestación, sequías y venenos atacaban a los seres más frágiles de los ecosistemas. En algunos casos, tal vez estuviera fotografiando los últimos ejemplares de una especie. Sus sueños se llenaron de alas rotas y vuelos truncos, de aullidos y parpadeos de dolor.

Cuanto más fácil resultaba llegar a un sitio, en peor estado lo encontraba el fotógrafo.

Avanzaba en pos de un tesoro que se desvanecía, maldiciendo las lluvias ácidas y la desmedida ambición de los hombres, sus congéneres. Cuantas más letras en las alas de las mariposas hallaba, más muda se volvía su boca. Kjell escribió a sus amigos que la forma más elevada de elocuencia era el silencio, ese silencio que él debía hacer cuando se acercaba, arrastrándose, a un bebedero de ninfálidas o a la oscura rama en donde, abierta como un pequeño libro de cortezas, una polilla entraba a su descanso. Fue en Ecuador, ante una

itomino llamada tigre que llevaba impresa la letra N, que el fotógrafo pensó por vez primera en que las larvas comen sólido y las mariposas adultas sólo beben agua y néctar. La etapa del amor requiere poco peso, un girar liviano, agilidad de patas y palpos dispuestos al roce del beso.

En una hermosa pavo real de Estados Unidos, Kjell Sandved encontró la más común de las letras que las mariposas llevan tatuadas en sus alas, la O. Fue hacia finales de marzo, cuando se abren, como estuches de minúsculos violines, las crisálidas, y la mostaza silvestre rompe con su amarillo la verde uniformidad de la hierba. En una geométrida de Sri Lanka el fotógrafo halló, disimulada en sus alas verde pálido, la letra P. Había visto, años atrás, una larva de esa especie, una pequeña agrimensora de pasos flexibles tan hermosa como llena de veneno. En la velluda *Parnassius clodius* de Canadá, Sandved descubrió la Q, y al ir a tomar notas sobre su hallazgo, tras verla aletear muy alto, recordó que la mariposa es la única criatura que puede volar de modo imprevisible. El peso del abejorro determina sus giros, las esfinges vuelan hacia atrás pero siempre en zigzag. Sólo las mariposas pueden detenerse en seco y bajar o subir, recursos imprescindibles para despistar a sus perseguidores. En una tigre nocturna de la familia de las ártidas apareció la letra R. Para verla, Kjell recorrió, tras la puesta de sol, con un casco minero los bordes de un bosque en las afueras de Boston.

Allí, como en tantas otras ocasiones, le mordió la belleza. ¿Por qué esa profusión de colores, líneas y diseños, únicamente superados por los pájaros y los peces de los trópicos? ¿Por qué tanta maravilla en tanta fragilidad? Había, ciertamente, libertad en el matiz, pero también una energía inagotable. A su cabeza acudieron polillas y demás insectos enamorados de la luz, ángeles caídos para los antiguos teólogos y desorientadas criaturas para los entomólogos. Hubiese podido sacar más fotos, pero el cansancio tras un día de largas marchas y la satisfacción de haber captado a la tigre en toda su magnificencia le bastaron. A la altura del hallazgo de la R, y cuando faltaban pocas letras para completar el alfabeto, comenzaron a llegar a su oficina noticias de las que no tenía idea: algunas mariposas olían a canela, otras a piña, algunas a tabaco, muchas a humus y detritos. Formuló teorías sinestésicas caras a los poetas simbolistas, y eso sin que hubiera una relación directa entre la planta de la que la larva comía y su posterior aroma en el estadio alado. Un ala cercana huele a una fruta lejana, ¿con qué fin?

Aquél era un nuevo misterio a sumar a los cientos que rodean la fantástica vida de los lepidópteros. Un colega japonés de Osaka, Kioyi Namura, le envió a Kjell una antología de versos japoneses dedicados a las mariposas, diciéndole que ningún otro pueblo las había amado tanto, ni siquiera los chinos discípulos de Chuang Tzu. Abanicos, kimonos y máscaras lo probaban. Una mañana fría de Cachemira, cerca de la aldea en la que cientos de artesanos la reproducían en sus cajas de papel maché, una cola de golondrina marrón, blanca y roja, le brindó al esforzado fotógrafo la letra S, junto a las ya encontradas I, O y L. Más tarde, comentando con una etóloga inglesa el tema, y cuando ésta, con ironía, le dijo que *era él quien escogía* las letras que quería ver, Sandved le contestó que las más recientes teorías físicas avalaban su percepción, pues el observador modifica lo mirado, o por lo menos lo condiciona. Salvando las enormes y naturales distancias, nadie antes de Jesús había pensado que los pájaros no hilan ni tejen, nadie antes de Sócrates había observado que la escritura atenta contra la memoria, nadie antes de Confucio que la música revela el estado emocional de una sociedad, y nadie antes de Arquímedes había establecido que allí donde el vaso tiene vino no cabe la misma medida de leche. No obstante lo cual, también era cierto que el primero en expresar una verdad no es, necesariamente, el primero en constatarla.

En una pequeña marrón de Guatemala, de la familia de las ninfálidas, una tarde de domingo, Kjell leyó la letra T. Fue un chico de doce años, su guía, quien la vio entre las hojas caídas, disimulándose entre ellas. La foto fue difícil de tomar. Hubo que despejar parte de la hojarasca para evitar el ruido alrededor de la mariposa. Por suerte la halló antes de que el frío la hiciera migrar hacia el sur. Su nombre popular, zapatera, procede de la forma de un mocasín en los dibujos de las alas inferiores. Un mes más tarde, en Argentina, cerca de las cataratas de Iguazú, en una Agrias de color escarlata, azul y negro, el fotógrafo detectó, tras la captura y por mediación de su lupa, la U. Ese hallazgo fue complejo, porque cuanto más oscuro es el ejemplar, más ardua es la detección. ¿Qué poema, qué leyenda anotaría bajo la suntuosidad de su imagen? ¿Uno de su cosecha o uno de algún maestro japonés? El hallazgo de la letra V en una gigantesca *Morpho* hizo pensar a Kjell en los tejedores de tapices de Persia y Turquía, que logran efectos y mezclas de colores tras años de esfuerzos y dedicación, mientras que las mariposas nacen con el código que hereda su eventual despliegue. Cuando llegó a Tailandia, en

su tercer viaje, no sabía que aparecería allí la geométrica con la letra W, semejante a una corteza alada. También aquí se le hizo necesario el casco de minero para explorar los bordes de la selva por la noche.

El hecho de que hubiera más mariposas nocturnas que diurnas y de que las primeras fueran más hermosas que las segundas honraba a las estrellas, a la par que explicaba que las amenazas sufridas por las segundas eran menores que las padecidas por las primeras. Cuántos de los soles que vemos a medianoche no avergonzarían, en tamaño y esplendor, al que los seres humanos observamos casi todos los días.

La letra X, confirmando su símbolo de incógnita, apareció por sorpresa en una uránide del centro de México, oscura y de vuelo muy silencioso. Aunque nocturna por su especie, el atardecer en el que la descubrió le reveló a Kjell lo que buscaba en las alas inferiores. De un verde casi iridiscente, no dos sino cuatro eran los signos claramente visibles. La India del Norte y el Nepal brindaron al fotógrafo la ocasión de hallar la letra Y en una zigánida de brillantes colores rojos, naranjas y negros, tonos habituales del veneno del que es portadora. Por último, la Z surgió de las alas inferiores de una ninfálida de Brasil con el claro celeste de sus mejores mediodías.

Una vez completado el alfabeto, terminado el febril período de cotejo, revelado y pulido de las imágenes, y cuando acababa de seleccionar las mejores, Kjell Sandved recibió por correo la siguiente cita de un poeta romántico alemán que confería a su viaje un premio adicional. Era de Novalis y decía: «El paraíso está como disperso sobre la tierra. Es por eso que se ha vuelto imposible de reconocer. Sus vagos trazos deben ser reunidos, y su esqueleto vestirse de su carne».

HOJA DE CEREZO Y EL HOMBRE MARIPOSA

Un soleado día de 1940, cuando el hermano Bruno se dirigía a hacer algunas compras en el pueblo, cerca del monte St. Benedict, en la isla de Trinidad, vio una anciana tendida en el suelo. Había sufrido un infarto y agonizaba. Se llamaba Margaret Elizabeth Fountaine y era una famosa cazadora de mariposas de casi ochenta años. A su lado, la red estaba vacía.

¿Qué has aprendido, qué has aprendido?

Los ojos de la anciana mostraban un breve nistagmo, el temblor de toda una vida consagrada a ese alado y tenue amor lepidóptero que ahora le devolvía ráfagas cinematográficas del pasado, un desfile de rostros y paisajes. Supo que se iba morir y no sintió miedo. De las veintidós mil mariposas que había logrado reunir en el castillo de Norwich, sólo percibió el brillo de las cajas de caoba que las contenían, no vio su orden ni los colores que tanto la habían deleitado. Había conocido la malaria, las incertidumbres del amor humano y los adioses punzantes como espinas de rosa salvaje; había escalado las abruptas montañas del Nepal y visitado los valles más sombríos de Indonesia. En África había protegido a un niño de una estampida de elefantes; en un río sudamericano le habían mordido las pirañas; en las islas Fidji había sido feliz capturando ninfálicas; en Cuba había superado un terremoto, y en Beirut había conocido a su ángel de la guarda, Khalil Neimy. Le quedaban por vivir exactamente veintitrés minutos.

¿Por qué no estaba él allí ahora? Se le acerca un hombre, parece amable. Le toma el pulso. Lo oye muy débilmente. Ella le sonrío.

—Cuando te vi por primera vez en Beirut con tus instrumentos de cazadora —oyó que decía un joven y sonriente Khalil—, me acordé de una historia que

leí en América.

La película de su vida y de su inminente muerte ralentiza su curso.

¿Qué has aprendido, qué has aprendido?

—Hoja de Cerezo—prosiguió Khalil—tenía un hijo llamado Gamo Blanco. Un día fueron a las colinas a recoger semillas y raíces.

El hombre que intenta socorrerla le toma el pulso, pero ella percibe en ese gesto el tacto de otra mano, la de Khalil, su esclavo, su amante, su esposo, su mayordomo. El pequeño y oscuro libanés que el cielo le destinó. La dama inglesa y su acólito, pensaban todos. La señora obsesionada por las mariposas y su ayudante, decían los mejor intencionados. Fue su Sherezade, un más que notable narrador que en las *bes* que reemplazaban *pes* acentuaba con rostro infantil el encanto de su voz.

Le habla desde algún rincón del cráneo moribundo. La mente es un reloj de díscolas células, piensa Margaret Fountaine, una colmena de vagos pensamientos.

—El día iba aclarando sus propósitos—había dicho Khalil—. La madre y su hijo se acercaban a las colinas. De vez en cuando la mujer se detenía, hurgaba la tierra, recogía una semilla aquí y alguna raíz tierna allá.

Ella se muere de día, pero el relato original lo oyó por primera vez de noche, en un balcón de Alejandría, frente al mar. En el pebetero ardía un incienso japonés. Delicioso, el té frío con limón refrescaba sus labios.

¿Qué has aprendido, qué has aprendido?

—Mientras Hoja de Cerezo—continuó Khalil—descansaba recostada contra un árbol, ocurrió algo notable: una mariposa se posó en una rama cercana y la observó con un casi imperceptible movimiento de antenas. El niño estiró la mano para cogerla pero la mariposa se escapó, frotando con sus alas la cabeza de Gamo Blanco y aleteando con gracia ante el rostro de su madre.

Se la está inventando a medida que la narra, pensó ella, Khalil es un cuentista oriental, al fin y al cabo un conversador infatigable. ¿No le había dicho que quería ser su esclavo antes de serlo, y que la amaría como ningún amante lo había hecho? Cuando lo conoció, ella tenía treinta y siete años y él veinticuatro. Entonces no supo que había estado casado antes con una prostituta, ni que había perdido dos hijos cuyas muertes aún lloraba.

—Hoja de Cerezo y su hijo, Gamo Blanco, se rieron al unísono. La mujer

intentó atrapar a la mariposa con su recogedor de semillas, pero la mariposa se escapó.

El hermano Bruno, ayudado por otra persona, trasladó a la moribunda a una posada cercana. Con delicadeza le abrió la parte superior de la blusa y la abanicó con un periódico. Le oyó mencionar el nombre de Khalil, y pensó que debía tratarse de un hijo o un amigo.

—La mujer se incorporó—dijo Khalil—, aguzó la mirada y se acercó con cuidado a la rama con una mano extendida, pero la mariposa volvió a escapársele, esta vez más lejos.

¿Qué has aprendido, qué has aprendido?

Margaret Fountaine jadeaba y sentía frío, además de un punzante dolor en el pecho. El mundo externo le pareció más lejano y remoto que aquella escena imperecedera en la que él le contó la historia de Hoja de Cerezo y del Hombre Mariposa. Oh, no te detengas, por favor, no te detengas, Khalil, pensó. Crisálida a punto de salir de su cuerpo.

—Ella la siguió, corrió, saltó y manoteó, pero la alada criatura se le escabullía una y otra vez. Hoja de Cerezo miró hacia donde estaba su hijo y, viéndolo dormido en el corazón de la sombra, envidió su pacífica respiración. Jadeaba.

Margaret también jadeaba.

—Tenía el pecho, el cuello y las axilas empapados. Gamo Blanco no le echaría de menos si se ausentaba unos minutos. Cogería la mariposa para él.

¡Cuántas piérides había capturado Khalil para ella y con qué alegría infantil descifraban ambos su género y su edad!

—Hoja de Cerezo—dijo el libanés—se arrojó sobre la mariposa y otra vez se le escapó. La pequeña criatura no quería ser atrapada, y la cazadora no quería renunciar a la persecución. Tanto interés puso Hoja de Cerezo en la empresa que se olvidó de su hijo, de su cabaña, de su esposo y del sendero que había recorrido para llegar a donde estaba.

De modo que está hablando indirectamente de mí, pensó Margaret con sus últimas fuerzas. A su lado, el hermano Bruno y dos personas más dudaban si llamar o no al médico. Considerando dónde vivía, no llegaría a tiempo para salvarla.

También yo me alejé una y otra vez de mi casa, pensó la anciana, apartándome de los posibles hijos y de los imposibles maridos para correr por

prados y jardines en pos de la obra más bella de la creación. Yo, una anciana que va a morir, yo, Margaret Elizabeth Fountaine, la fuente de su dicha como solía llamarme Khalil; yo, incansable, altiva, orgullosa, tímida, sensual, irascible, meticulosa, romántica a mi pesar. Voy a morir como he vivido, pensó, en medio del camino, tras haber acariciado la idea de que la última captura es más hermosa que la que le precedió.

—Toda la tarde la mujer siguió a la mariposa—dijo Khalil—, pero el insecto parecía burlarse de ella con giros inesperados, posándose en el suelo y haciéndole creer que pillarla por sorpresa era fácil. Por fin, llegado el crepúsculo, la mujer se dejó caer agotada. Tenía las piernas y los brazos llenos de arañazos, y las ropas sucias.

¿Qué has aprendido, qué has aprendido?

¡Pero si yo estoy limpia, Khalil!, quiso decirle, pero no lo hizo al hombre que la socorría. A diez minutos de su último suspiro le pareció que ya había vivido esa experiencia, que nada desconocido le esperaba del otro lado de las sombras, en el frondoso valle de los muertos.

—Hoja de Cerezo cerró los ojos—dijo Khalil—. Aun así, ¡seguía viendo a la mariposa bailando delante de ella! Se durmió, cansada, pidiéndole al sueño que le facilitase la captura. Unos golpes en el hombro derecho la despertaron. El alba había llegado con su rocío y sus trinos. Había un hombre joven arrodillado a su lado. Le dijo: «Soy la mariposa que perseguiste ayer. ¿Querías perseguirme siempre?». Y Hoja de Cerezo gritó: «¡Sí!, ¡sí!».

Accedió a casarse con Khalil sabiendo que no tendría descendencia y que iba a defenderlo incontables veces de ironías y desprecios. ¿Qué mejor recompensa hay, para quien adora, que ser a su vez adorado?

—Entonces seguiremos juntos—continuó Khalil—. En un día de viaje llegaremos a mi país y allí nos estableceremos. El camino es arduo y largo. Encontraremos muchas mariposas que intentarán apartarte de mí. Debes caminar siempre detrás, sin mirar a los costados, observando mis pasos. Hoja de Cerezo asintió y partieron. El Hombre Mariposa iba delante, seguro de la tierra que pisaba sin dejar huellas. Después de unas horas, el Hombre Mariposa dijo: «Detrás de esa montaña está mi casa, pero ahora viene la parte más peligrosa del viaje. Estamos entrando en el Valle de las Mariposas, y hasta hoy ningún ser humano ha entrado vivo en el otro lado. Estarás a salvo si mantienes los ojos fijos en el suelo y no miras a ninguna mariposa. Aférrate a

mi cintura y no me sueltes».

El hermano Bruno vio palidecer su rostro. El nistagmo había pasado ya, pero los ojos seguían fijos en algún punto de su anciana memoria. Alguien la reconoció como la vieja y excéntrica inglesa que cazaba mariposas. Moriría lejos de su país, pensaron, sin saber que para ella toda la tierra era su tierra.

¿Qué has aprendido, qué has aprendido?

—Hoja de Cerezo—dijo el bueno de Khalil.

Sí, era su voz, surgiendo de los brumosos archivos del pasado y delimitando en el espacio acústico interior la escena en la que contó ese cuento.

—Hoja de Cerezo clavó sus ojos en el suelo. Al entrar en el valle, miles, millares de mariposas los rodearon. La mujer sintió el suave roce de sus alas en todo el cuerpo, como si la acariciaran incontables manos infantiles. A pesar de las advertencias del Hombre Mariposa, levantó la vista y quedó estupefacta ante aquella variedad de colores y de alas, pétalos desprendidos del tallo de la luz. Una mariposa negra como una golondrina le rozó la frente. Había allí tantas especies distintas, tantos rojos, amarillos y azules, tantos violetas, grises y marrones, que Hoja de Cerezo quería atrapar todo ese tesoro y llevárselo consigo. De pronto, el Hombre Mariposa se detuvo, y con él el mundo. En seco. Todas las mariposas fueron hacia él como limaduras de hierro a un imán. Un instante después se alejó y ella intentó seguirlo, pero la distancia entre ambos crecía y crecía.

¿Qué has aprendido, qué has aprendido?

He aprendido que la belleza no se acumula.

Una mañana la hallaron muerta. Una mañana, había dicho Khalil Neimy, su lacayo, su amante, su discípulo, su guía, su compañero, hallaron a Hoja de Cerezo muerta al borde de un camino.

Margaret Elizabeth Fountaine dijo adiós con los ojos. Al cazador cazado siempre le sorprende no haber ido más lejos. Hasta tal punto ignora lo que sabe. Hasta tal punto morir es un secreto que se revela.